

De la autora de «El destino de Mariánela» y «En el otro bando»

MARGARITA B. SAINZ

La estrella
MÁS BRILLANTE
DEL
firmamento

La estrella más brillante
del firmamento

MARGARITA B. SAINZ

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © 2024 Margarita B. Sainz

Título: La estrella más brillante del firmamento

Edición publicada en mayo de 2024

Diseño de cubierta: Alexia Jorques

Maquetación: Alexia Jorques

MARGARITA B. SAINZ

La estrella
MÁS BRILLANTE
DEL
firmamento

ÍNDICE

PARTE I

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO II](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO IV](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO VI](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO VIII](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO X](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO XIII](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO XVI](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO XIX](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO XXI](#)

[CAPÍTULO 22](#)

PARTE II

[CAPÍTULO XXIII](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

Parte I



CAPÍTULO 1



Samanta observaba el movimiento de las manecillas del reloj. A cada rato se levantaba, ante el menor ruido proveniente de la calle, para vigilar el camino de entrada a su casa. A pesar de sus esfuerzos por concentrarse en preparar el examen que tendría al día siguiente en el colegio, llevaba toda la tarde inmersa en ensoñaciones. Esperaba impaciente el momento en que su madre se marchara a impartir clases de piano a los hijos de los Moreno, como hacía todos los martes por la tarde.

Una vez más, retiró con cuidado el visillo que cubría el cristal de la ventana, comprobó que todo se hallaba tranquilo y volvió a sentarse, resignada a no encontrar la ansiada concentración para el estudio.

—Sam, voy a salir. —Samanta pegó un brinco. La voz de su madre se oyó clara desde el piso de abajo—. Estate pendiente para abrirle la puerta a tu hermana.

—Sí, mamá —contestó.

Se situó en su puesto de vigilancia y observó a su madre atravesar los arriates de flores frente a la fachada; a continuación, esta caminó por la acera. Samanta esperó un rato más cuando la vio detenerse a conversar con una vecina, y siguió sus movimientos hasta estar segura de que la figura desaparecía tras doblar la esquina.

Al fin estaba sola.

El resto de la familia se hallaba fuera. Su padre, Tomás Montoya, guitarrista flamenco de profesión, se encontraba en un ensayo con el Chato de Jerez, preparando la gira de espectáculos que tendría lugar durante la primavera, mientras que su hermana menor, Silvia, a esa hora entrenaba voleibol con el equipo de su clase.

Con el corazón golpeándole el pecho debido a la emoción, Samanta se lanzó a la carrera escaleras abajo. Ya en el salón, sacó de un pequeño arcón, situado enfrente de la butaca donde solía coser su madre, el mantón de Manila que había pertenecido a su abuela, así como un pañuelo de seda burdeos y un abanico. Emocionada, se envolvió el primero alrededor de la cintura y anudó los picos a la altura del ombligo. Extendió el pañuelo sobre los hombros y, con unas horquillas, sujetó el abanico abierto a modo de peineta encima de la cola de caballo que le recogía la melena.

Se dirigió al espejo del recibidor para comprobar el resultado y su mente recreó la imagen de una adolescente vestida con una bonita bata de cola y una peineta en la cabeza. Satisfecha, lanzó una sonrisa y se encaminó al equipo de música. Eligió un CD de Rocío Jurado, la más grande entre las grandes, y pulsó el botón de inicio antes de apresurarse a salir del salón.

Cuando los primeros acordes llenaron la estancia, una sensación difícil de explicar le recorrió el cuerpo, y la adrenalina comenzó a fluir, potente, a través del torrente sanguíneo. Cerró los párpados para concentrarse y se acercó a la puerta. Giró el picaporte y entró; la sala se desplegó ante ella transformada en un escenario. La lámpara del techo se convirtió en un potente foco que

derramaba haces de luz sobre su figura mientras el público la ovacionaba. Estremecida, comenzó a entonar las canciones que sus oyentes ya se sabían de memoria.

Alzaba al aire los fibrosos brazos de piel canela, resultado del cruce de genes entre su padre, de etnia gitana, y su madre, paya. «Entreverá», así la llamaban. Giraba las muñecas, moviéndolas con una gracia y un arte de los que solo quienes poseían sangre gitana gozaban, mientras doblaba las piernas para sacudir y apartar la larga bata a su paso.

Cuando el silencio se impuso, la realidad la fue embargando lentamente. Su vista enfocó el familiar entorno y dejó en ella el ya conocido poso de la decepción. Alarmada, comprobó la hora en el reloj de pared y se dio cuenta de que pronto llegarían los demás miembros de la familia. Sin embargo, todavía disponía de algo de tiempo, así que guardó todos los accesorios apresuradamente y se sentó ante el piano de su madre. Con una agilidad sorprendente para una jovencita de su edad, comenzó a ejecutar las escalas que llevaba practicando desde su más tierna infancia, y luego tocó *Everybody*, de Madonna, su última cantante preferida.

La voz de la adolescente, grave y enronquecida, resonó en la estancia.



Gertrudis Cansino había conocido a su marido cuando era aún una joven maestra de música. Un día, acudió a una corrala y, en el momento en que escuchó el rasgueo de la guitarra de Tomás, «el Pescaó», y lo miró a los ojos, su destino estuvo sellado. A los seis meses, y en contra de todos los convencionalismos, se casaron, y de esa feliz unión habían nacido sus dos hijas.

Oyó la voz de su primogénita desde que enfiló la calle, y la angustia anidó en su pecho. Se detuvo ante la puerta de la casa, en el número quince de la calle Larga, en el barrio de Santiago, uno de los más populares de Jerez de la Frontera, y apoyó la cabeza en la hoja mientras sentía cómo el corazón se le desangraba.

«Su ejecución es impecable», pensó con pena.

Tomás y ella ya sabían desde hacía tiempo que por las venas de su hija corría sangre de artista, y sufrían por ello porque, a pesar de los esfuerzos que habían realizado para que tanto ella como su hermana estudiaran, no habían conseguido detener el ansia que invadía a la mayor como un veneno. No querían que sufriera penalidades por dedicarse a una profesión tan dura y desagradecida, en ese mundo descarnado y salvaje que tan bien conocían.

Su esposo y ella lo habían hablado mil veces, y aunque el padre la apoyaba, habían alcanzado un acuerdo con respecto a su educación y a mostrarle otro tipo de vida para que, con el tiempo, pudiera elegir.

Respiró hondo y abrió la puerta de la casa.

—Hola, Samanta. Ya estoy en casa. —La música cesó de golpe.

—Hola, mamá. Has llegado antes de lo esperado. —Su hija la recibió con un cálido abrazo—. Papá y Silvia todavía no han vuelto.

—Espero que hayas estudiado —no pudo evitar recriminarle—. Deja de tocar el piano y ayúdame a preparar la cena. —El comentario le salió mucho más brusco de lo que pretendía.

—No le hago daño a nadie tocando el piano. —A Samanta, el corazón se le encogía cada vez que percibía la desaprobación de sus padres—. Estoy cansada de sentirme culpable cada vez que me vuelco en la música. Me haces parecer una ladrona en mi propia casa —protestó.

—Hija, ya hemos hablado de esto muchas veces —dijo Gertrudis, con voz agotada. No quería iniciar una discusión, pero ya era demasiado tarde para retractarse. El daño estaba hecho.

—Vosotros os dedicáis a la música, y jamás nadie os ha puesto algún impedimento. No entiendo ese afán por hacerme la vida imposible. —Los ojos de Samanta se cuajaron de lágrimas. Esa manía de su madre de impedirle cantar y bailar la hacía muy desgraciada.

—No sabes de lo que hablas. Tú quieres ser artista, y eso conlleva viajar a lugares lejanos y tratar con personas muy variopintas. Nosotros solo deseamos que estudies para prepararte mejor y que poseas las herramientas para llevar una vida más estable. —Le agarró la mano, intentando mostrarse conciliadora.

—¡Déjame en paz! Lo que pasa es que sois unos controladores. Cumpliré con mi palabra y estudiaré una carrera, pero luego me marcharé. De eso podéis estar seguros. —Samanta subió las escaleras y se encerró en su dormitorio dando un portazo. A continuación, se oyó un llanto desgarrador.

Gertrudis se quitó el abrigo para colgarlo en el perchero, cogió la bolsa de la compra y se dirigió a la cocina con paso exhausto. No había nada que la alterara más que los anhelos de su hija, porque sabía que ese día del que Samanta hablaba llegaría sin remedio. El temor la paralizaba cada vez que pensaba en ello, pero cruzaría ese puente cuando llegara a él. Por el momento, no podía hacer nada.

CAPÍTULO II



Escondido entre unos viejos maderos, Misha observaba cómo unos marineros arrojaban a la basura el contenido de las bandejas del pesquero que había atracado hacía apenas unas horas en el puerto de Petropávlovsk, en la bahía de Avacha.

Aprovechando que lo peor del invierno había pasado y que cerca del mediodía la actividad en el muelle menguaba, se acercó a los contenedores, silencioso como un zorro, y comenzó a rebuscar antes de que algún otro lo hiciera. Ignoró el olor nauseabundo que despedían y removi6 las vísceras de pescado con la esperanza de encontrar algo que llevarse a la boca. Su corazón latió emocionado cuando distinguió una cola rosada entre los restos de lo que había debido de ser un buen ejemplar de salmón. Siguió buscando contento, pues aquel hallazgo significaba que su madre y él comerían. La suerte lo acompañó cuando el tesoro se incrementó con varias patas de cangrejo que, seguro, habrían desechado por incompletas.

Feliz, corrió para llevar su preciada carga a casa, si es que se podía llamar así a la construcción de chapa que, en otro tiempo, había estado pintada de blanco. En la actualidad presentaba un aspecto descuidado: los desconchones dejaban ver el metal, oxidado debido a las inclemencias del tiempo. Se ubicaba en las afueras de la ciudad, casi al límite del bosque, en una calle cuyo suelo era de barro mezclado con nieve sucia.

El muchacho empujó la puerta, que carecía de cerradura. El olor a v6mito y alcohol le golpeó las fosas nasales, pero ya estaba tan acostumbrado a ello que apenas le importó. Por sus pensamientos discurrían escenas amables, y ya casi podía paladear la rica comida que había conseguido. El est6mago llevaba rugiéndole de hambre toda la mañana, y al fin tendrían algo con lo que llenarlo.

Se detuvo para asegurarse de que en la estancia no había nadie aparte de su madre, que yacía inconsciente sobre un mugriento colch6n rodeado de botellas. Penetró en la estancia, donde apenas cabían una estufa de hierro, una silla y una caja que hacía las veces de mesa, además del jerg6n de su madre. El suyo propio, Misha tenía la precaución de enrollarlo y esconderlo para que no lo utilizara ninguno de los desalmados que acudían a visitar a su progenitora para ofrecerle alcohol a cambio de sexo.

—Mikhail Petrovich Sokolov, te he repetido mil veces que no dejes la puerta abierta. —Su madre se incorporó, apoyando el peso del cuerpo sobre un codo. Con la otra mano se tapaba los ojos.

Hacía tiempo que su madre no se dirigía a él empleando su nombre completo, excepto cuando quería reñirlo o pedirle algo.

—Aquí dentro huele como un basurero. El aire necesita renovarse.

Ella se volvió a tumbar. Se ocultó el abotargado rostro con un trapo, a través del cual masculló palabras sin sentido.

Mientras, Misha comenzó a ordenar el estrecho habitáculo. Recordó lo bonita que era su madre cuando él era aún un niño: una belleza autóctona, perteneciente a la etnia chukchi, los pobladores originarios de Kamchatka. De ojos rasgados y espesa melena negra que le cubría la espalda hasta la cintura, Katia Chabanova había trabajado en una pequeña tienda de ultramarinos, donde conoció a un joven militar de Alemania del Este destinado a la enorme base anfibia rusa situada en la península.

La ciudad de Petropávlovsk estaba situada sobre altas colinas y rodeada de volcanes. El terreno circundante era lo suficientemente montañoso como para que el horizonte no se percibiera con nitidez desde ningún punto de la ciudad. La cumbre más impresionante era la del volcán Kronosky, cuyo cono perfecto lo convertía, para muchos, en el más bonito del planeta. Al otro lado de la bahía, en la ciudad de Vilyuchinsk, se ubicaba la base de submarinos nucleares más grande de Rusia, la Rybachiy, utilizada por la armada, y en la que había trabajado el padre de Misha.

Los dos se habían enamorado a primera vista, y habían permanecido unidos hasta que a él le ordenaron volver a su patria. El pequeño no recordaba el rostro de su padre, pero sí recordaba el día en que habían ido a despedirlo: su madre agitaba la mano, y las lágrimas rodaron por su rostro inmóvil hasta que el enorme submarino se fundió con el horizonte gris. Él había jurado que regresaría a buscarla y los llevaría a su país, donde se casarían y formarían una familia, pero aquella promesa nunca se cumplió, y los sueños de su madre desaparecieron para siempre. Cada año, Katia había acudido con el niño, vestido con sus mejores prendas, a la base naval para preguntar por su amor, pero este nunca volvió. Cuando, con el corazón roto, ella perdió la esperanza de volver a verlo, comenzó a beber hasta dejar a Misha abandonado a su destino.

Echó en el único cazo que poseían, desportillado y comido por el óxido, los trozos de salmón, las patas de cangrejo y unos nabos que había conseguido, para que se cocinaran sobre el chubesqui, el cual servía para calentar también los rigurosos inviernos de aquellos lares. Sin mediar palabra, aupó a su madre entre sus brazos y la sentó sobre el único asiento de la estancia. Con un trapo, le retiró del cuerpo y del cabello los restos adheridos del sexo y el alcohol. Todos los días la aseaba mientras ella lo insultaba por importunarla y sacarla de su habitual sopor. Cambió las sábanas por unas limpias y la volvió a tumbar. Con cariño, le acercó un plato con el guiso que había preparado. Sabía que no lo comería de inmediato, por lo que lo situó cerca de ella.

Salió de la casa y se dirigió al bosque con pasos silenciosos. Los enormes abedules lo envolvieron conforme se adentraba, y la espesa hierba le cubría los tobillos y formaba extensas praderas cuando los árboles se despejaban. Misha era un cazador y recolector experimentado, puesto que desde pequeño había asumido la responsabilidad de alimentar a su madre. Cada vez que salía a revisar las trampas, la sangre le corría ligera por las venas, produciéndole un zumbido de anticipación. Enseguida divisó una, donde forcejeaba una liebre que había quedado atrapada. Cuanto más se revolvía, con más fuerza la apretaba el lazo y más daño se hacía.

Misha se acercó despacio, comprobando que no había ningún depredador al acecho para hacerse con ella. A veces caía un zorro, alguna comadreja, incluso un glotón, los días en que lo acompañaba la suerte. Aquel era un lugar de extremos, donde los animales se movían en la

cuerda floja. La lava fluía desde los volcanes, pero cuando el frío llegaba, se apoderaba también de las gigantescas montañas. Era difícil creer que los animales pudieran soportar temperaturas tan hostiles; sin embargo, muchos lo conseguían. Solo los más fuertes sobrevivían. Los ciento sesenta volcanes y los glaciares moldeaban el peculiar clima de Kamchatka, y las aguas termales habían mantenido vivas a decenas de especies.

El animal permaneció quieto cuando lo oyó acercarse. Temblaba de miedo y lo miraba con ojos lastimeros, previendo su destino. A Misha lo invadió una momentánea piedad hacia la liebre; observó que tenía una pata rota debido al violento forcejeo. Se acercó y, con un movimiento certero, le rompió el cuello. No tenía elección, era ella o él.

Volvió a preparar con cuidado el lazo, ocultándolo entre la hojarasca, y se ató la presa al cinturón de cuero. Siguió andando y el vapor de agua comenzó a reptar por entre sus pies, señal de que se acercaba a un punto caliente; eran frecuentes en la zona y funcionaban como calefacciones subterráneas. Localizó un árbol de gran envergadura y levantó la piedra que cubría un agujero hecho en el tronco, del que extrajo una pastilla de jabón. Se desvistió, guardó todos sus enseres a buen recaudo en aquel escondite y se introdujo en el agua caliente. Suspiró emocionado cuando el líquido cubrió su aterido cuerpo.

Una vez que se lavó, se tumbó en el agua a contemplar las estrellas y soñó con salir de allí y conocer tierras lejanas, vivir otra vida que no fuera la suya. Una intensa sacudida debajo de él lo distrajo, no obstante, de sus pensamientos, y aguardó hasta que se aplacara. Eran habituales allí, a consecuencia del escarpado relieve y la intensa actividad volcánica al noroeste del océano Pacífico.

Pronto tuvo que dejar de soñar despierto al sentir que la piel comenzaba a arrugársele. Salió del agua con esfuerzo debido a la laxitud de los músculos, y echó a andar por el camino de vuelta, igual que un reo que vuelve a la prisión. Mientras su madre viviera, él permanecería junto a ella para cuidarla. Nunca la abandonaría.

CAPÍTULO 3



El día de la graduación transcurría como correspondía a una mañana soleada y de temperaturas agradables. Los estudiantes, acompañados por sus familiares, tomaban asiento en el magnífico patio manierista de la Escuela de Artes y Oficios de Jerez, construido en el siglo xvi. En su centro, una fuente vertía sus aguas, silenciadas por el barullo reinante. Samanta se hallaba en la quinta fila, junto a los compañeros de promoción cuyos apellidos quedaban próximos al suyo en el alfabeto. Nerviosa, se alisó la falda del vestido, aguardando su turno para subir al estrado.

Intuyó que sería una jornada aún más especial cuando volvió la cabeza hacia la derecha y su mirada tropezó con la del chico rubio que estaba sentado cuatro sillas más allá; sus sonrisas se cruzaron, y la de ella dejó entrever los hoyuelos de sus mejillas. Samanta contuvo la respiración cuando él le guiñó un ojo. Creyó desmayarse. Retiró con rapidez la vista, azorada, sin terminar de creerse que Cristian González, el chico más popular de la universidad, alto, atlético y el capitán del equipo de fútbol, se hubiera fijado en ella.

Las palmas de las manos le sudaban a causa de la expectación. El decano iba nombrando a los alumnos en tandas de diez, y la letra de su apellido estaba cada vez más cerca.

—Samanta Montoya Cansino.

Se levantó como una autómatas y subió al estrado, donde le impusieron la beca y le entregaron el diploma en Magisterio.

Mientras aguardaba de pie al resto de su grupo, echó una ojeada al público. El corazón le dio un vuelco de alegría cuando localizó a sus padres y a su hermana pequeña, Silvia, que agitaba la mano para llamar su atención. También distinguió las figuras de sus abuelos. Leonardo Montoya se había engalanado con un traje de chaqueta color café que resaltaba la gruesa cadena de oro que portaba en el pecho, y sujetaba entre sus piernas la empuñadura de plata del bastón que le acreditaba el patriarcado de la familia. La abuela Manolita estaba junto a él, con los labios pintados de escarlata y el pelo cano recogido en un apretado rodete en la coronilla. Ambos seguían, henchidos de orgullo y con los ojos húmedos, el transcurso de la ceremonia que proclamaría a su nieta como el primer miembro de la familia Montoya en poseer un título universitario. Nada más, y nada menos, que una diplomatura en Magisterio.

A continuación, todos escucharon los discursos de los profesores y el del representante de los alumnos que había conseguido la mejor calificación, y que era, casualmente, el amor platónico de Samanta.

Cristian era oriundo de Jerez y pertenecía a una familia de testigos de Jehová, culto muy extendido entre la población gitana. Desde el momento en que ella lo conoció, su corazón palpitaba con fuerza en su presencia, y aunque él no le había declarado sus sentimientos, sus gestos le decían que también sentía algo por ella.

Finalizada la ceremonia, todos se levantaron entre risas y abrazos, en un ambiente festivo. Al divisar a sus padres, su hermana y sus abuelos, Samanta se acercó a ellos para recibir su abrazo.

—¡Papá! —exclamó, arrojándose en sus brazos—; mamá —Gertrudis la envolvió y la besó—; abuelos, gracias por estar conmigo en un día tan importante.

—No nos lo hubiéramos perdido por nada del mundo —le aseguró su abuela, llorando.

—Abuela, no llores, que entonces me emociono yo también. —Se secó las lágrimas con cuidado para que no se le corriera el rímel.

—Por fin has cumplido tus sueños, hermana. —Las jóvenes se fundieron en un abrazo.

—Basta de lágrimas —manifestó Samanta—. Hoy debe ser un día alegre para todos. No olvidéis que estamos de celebración.

—¿Estáis preparadas para la fiesta? —Lila, la mejor amiga de Samanta, se acercó a Silvia y juntas comenzaron a saltar de alegría al pensar en la celebración que los flamantes graduados habían organizado para ese mismo día, más tarde—. Hola, señores Montoya, perdonen por no haberme acercado antes, pero todo esto me tiene muy ajetreada.

Tanto los padres como los abuelos la disculparon sonrientes. Esa chica era una integrante más de la familia para ellos. Comentaron durante un rato las anécdotas de la ceremonia mientras los adultos saludaban a varias familias conocidas, que habían acudido a acompañar a sus respectivos hijos.

—Silvia, tú también vendrás a la fiesta, ¿verdad? —le preguntó Samanta.

—Será el acontecimiento del año —añadió Lila, con ojos soñadores. Le dio un codazo a su amiga a la vez que señalaba con la cabeza a Cristian, que se hallaba cerca, rodeado de sus seres queridos, y que no dejaba de dirigirle miradas cómplices.

Samanta se sonrojó. Sus padres se percataron de los gestos que ambos jóvenes intercambiaban y sonrieron satisfechos. Les gustaba ese chico, y veían con muy buenos ojos una posible relación entre ellos. Además, un noviazgo ayudaría a Samanta a sentar aún más la cabeza.

—Claro que voy a ir —contestó Silvia—. No me la perdería por nada del mundo. Me han dicho que habéis alquilado un chalet con piscina y todo.

—Sí. Es una casa con un jardín precioso. Al final, entre todos conseguimos reunir el dinero suficiente para organizar una fiesta por todo lo alto. —Su amiga se refería a las rifas, tómbolas y ferias gracias a las que habían recaudado fondos.

Cuando ellas se alejaron para sacarse fotos con sus compañeros, los parientes se quedaron un rato más departiendo. Al cabo de un rato, los padres de las muchachas acompañaron a don Leonardo y doña Manolita a coger un taxi, ya que los dos estaban mayores y sus piernas se resentían.

Una vez que el vehículo se alejó, Tomás pasó un brazo por los hombros de su mujer.

—Estoy muy orgulloso de mis hijas, Gertrudis. Creo que hemos hecho un buen trabajo con ellas.

—Somos afortunados. Son chicas listas y nobles. Y lo importante es que sean felices — agregó Gertrudis—. Todavía me acuerdo de aquellos tiempos en los que temíamos que Samanta fuera artista. Aún se me encoge el corazón ante tal posibilidad.

—Todos idealizamos ciertas profesiones cuando somos pequeños. Recuerdo que yo deseaba ser vaquero. Teníamos un vecino que criaba vacas en el campo y me encantaba ir a cuidarlas, hasta que mi padre, conchabado con él, me mandó un verano a trabajar en la vaquería, como ayudante. Debía levantarme antes del alba para ordeñar a los animales, limpiar las cuadras y darles de comer y beber, y sin descansar ni un solo día de las vacaciones. Me di cuenta entonces del trabajo tan duro que hacen los ganaderos y aquello me disuadió de mis sueños, aunque no consiguió hacerme más estudioso, como era el propósito de mi padre. Siempre he llevado la música en la sangre.

Las carcajadas del matrimonio llenaron el aire.



Al salir, Silvia, Lila y Samanta dejaron la habitación plagada de ropa que se habían probado y desechado durante el transcurso de la tarde. La puerta del armario y los cajones abiertos, con el interior revuelto, daban cuenta de lo mucho que les había costado quedar satisfechas con la imagen que les devolvía el espejo. De las tres jóvenes, Samanta sobresalía en estatura, subida como iba a unas altas plataformas doradas; el cabello ahora le lucía liso y brillante gracias al planchado con el que había domesticado sus rizos. Los ojos, castaños, resaltaban con el abundante maquillaje, a juego con el traje de lentejuelas que se ajustaba a su curvilíneo cuerpo como una segunda piel. Desde pequeña le habían gustado los excesos en el vestir, por lo que no solía dejar indiferente a nadie que la contemplara.

Llegaron cuando la juerga ya había comenzado. En ese momento sonaban sevillanas, y las parejas llenaban la pista. Enseguida unos compañeros se acercaron a ellas y las sacaron a bailar. Y a pesar de haber crecido todos en la cuna del flamenco, era Samanta quien más destacaba en el baile: le corría por dentro. Poco a poco se fue formando un pequeño círculo a su alrededor, desde el que todos la observaban y animaban tocando las palmas.

De madrugada, cuando el alcohol y la marihuana habían hecho mella en la mayoría, Cristian se acercó a Samanta y la besó; sus amigos aprovecharon para empujarlos al agua de la piscina entre risas y silbidos. Cuando las cabezas de ambos emergieron a la superficie, lejos de enfriarse los ánimos, continuaron besándose, con la piel enardecida por el deseo, mientras los jaleaban.

—¿Nos vamos a algún lugar donde podamos tener más privacidad? —propuso él—. Llevo toda la noche reuniendo valor para pedírtelo.

Ella lo contempló extasiada de amor.

—Yo también lo estoy deseando.

Nadaron hacia la escalera y buscaron algún sitio donde secarse. Cristian abría el camino, llevándola de la mano. Subieron a la planta superior, donde se hallaban los dormitorios, y comenzaron a llamar cuarto por cuarto. Cuando parecía que fracasarían en el intento de buscar intimidad, una puerta se abrió violentamente.

—¡¡Imbécil!! ¿Quién te ha dicho que me iba a acostar contigo? —Maca, una compañera a la que conocían de vista, salió de una de las estancias ajustándose el vestido.

—Vuelve, por favor. Ha sido todo un malentendido. —Un apurado joven corrió detrás de ella.

Cristian tiró de su chica y se introdujeron en la habitación. Enganchó una silla al picaporte para bloquear la puerta mientras Samanta abría la ventana para despejar el pesado olor a sexo que flotaba en el interior. Cristian la abrazó por detrás y comenzó a besarla en el cuello. Le bajó con lentitud la cremallera del vestido y ella se volvió para quitarle la chaqueta.

Se amaron con la intensidad de dos almas a las que lleva el diablo y con la pasión de la juventud. Pronto los cuerpos mojados se calentaron bajo las ardorosas caricias mientras la propia naturaleza los guiaba. Aún no entendían bien los entresijos de la pasión y el sexo, pero juntos alcanzaron cimas de placer con sus cuerpos entrelazados durante horas, hasta que el amanecer los sorprendió.

Samanta sintió los rayos acariciando su cara y despertó. Observó la luz solar y pegó un respingo. Los recuerdos se agolparon en su memoria y una inmensa felicidad la embargó. Al girarse, descubrió los ojos de Cristian fijos en ella, examinando sus reacciones.

—Buenos días, preciosa. —La saludó con un beso.

—Hola —contestó ella, con timidez. En ese momento se preguntó dónde demonios estarían Silvia y Lila. La alarma se disparó en su mente, sustituyendo el hechizo por pánico—. ¿Sabes a qué hora terminó la fiesta? —preguntó, inquieta.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —Él la agarró por el brazo, impidiendo que se levantara de la cama.

—Como mis padres se den cuenta de que no he dormido en casa, me matan. —Se incorporó y comenzó a buscar su ropa con la mirada.

—No quiero que te metas en problemas, pero aguarda un momento, por favor.

Cristian se levantó y se dirigió desnudo hacia su chaqueta, que aún estaba en el suelo. Sacó un objeto, que guardó en la palma de su mano. Se acercó al lado de la cama donde estaba ella e, hincando una rodilla en el suelo, preguntó:

—Samanta Montoya, ¿quieres ser mi novia?

Ella abrió los ojos de puro asombro.

—Claro que quiero, tonto. Estaba deseando que me lo pidieras. —Lo abrazó y besó, emocionada.

Cristian abrió la cajita y le mostró un fino aro dorado con un diminuto corazón esmaltado en rojo. Ella le ofreció el dedo anular de la mano derecha, donde encajó a la perfección.

—¡Oh! —exclamó, admirando la joya—. Es precioso. No veo el momento de gritarlo a los cuatro vientos. ¡Soy tan feliz!

—Yo también, Sam. Me has hecho el hombre más afortunado del mundo.

CAPÍTULO IV



Era pleno invierno y a las cuatro de la tarde ya había oscurecido en la península de Kamchatka. Las gélidas temperaturas marcaban muchos grados bajo cero, pero las inclemencias no impedían a Misha merodear todos los días por los alrededores de los locales en busca de cartones o cualquier otro tipo de combustible con el que alimentar la estufa de su casa. Vestido con una gruesa parka, se cubría la cabeza y las manos con pieles para no sentir el viento helador azotándole el rostro.

Los inviernos eran largos y duros, pero, a pesar de ello, él acudía a las cinco de la tarde en punto a escuchar la música que lo hacía olvidar su miserable vida. Las notas quedaban grabadas en su cabeza y luego danzaban en ella durante horas, consiguiendo durante ese espacio de tiempo que su mundo fuera más liviano, se podría decir que incluso feliz, aunque él nunca estuviera muy seguro de en qué consistía ese sentimiento.

El Café La Habana era un hostel construido con recia madera, que brindaba a los huéspedes un buen techo bajo el que resguardarse del frío y del hielo. Situado cerca de la zona portuaria, ofrecía buen alcohol y un ambiente agradable para los marineros que quisieran gastarse la paga después de tantos meses embarcados. Desde el exterior, Misha escuchó las notas del piano y la sangre bulló en sus venas. Cada vez que se acercaba a aquel establecimiento, una tremenda anticipación lo invadía. Nervioso, se acurrucó hecho un ovillo, pegado a la pared para absorber parte del calor que emanaba del interior. A través de la ventana llegaba el bullicio de las conversaciones y el transitar de los camareros, que servían succulentas cenas.

Misha reconoció los acordes de su canción preferida: *Non, je ne regrette rien*, de Édith Piaf. La vetusta melodía, en un idioma desconocido para él, conseguía conmovir su corazón. La voz sensual de la intérprete, acompañada del piano, insuflaba en su interior una ternura y una calidez que ninguna otra cosa había sido capaz de despertarle. Cuando cerraba los ojos, podía repetirla nota a nota y dejar de percibir el hielo y la nieve que lo rodeaban. Era tal su concentración que aguantaba allí quieto, desafiando a la cruda naturaleza, consciente de que no podría permanecer a la intemperie demasiado tiempo, pero siempre intentando resistir todo lo posible antes de marcharse.

La música se detuvo abruptamente y Misha salió de su ensoñación. Alarmado, esperó con paciencia a que el sonido se reanudara, pero, pasados cinco minutos, no ocurrió nada. Se incorporó indeciso y decidió dirigirse a la entrada de la cocina para investigar. No quería marcharse sin haber disfrutado de aquella música aunque fuera unos minutos más.

Giró el picaporte de la puerta y esta se abrió sin dificultad. En la cocina, la sopa hervía en la cazuela, y el agradable aroma hizo rugir sus tripas. No recordaba haber estado nunca en un ambiente tan acogedor como el que lo envolvió allí. Haciendo uso de la cautela que lo

caracterizaba, se adentró en silencio y atravesó otro umbral hacia un amplio salón, donde toscas mesas y sillas de madera se dispersaban por la estancia, vacía de clientes. De inmediato divisó la pieza principal del mobiliario: estaba adosada a la pared, con una pequeña banqueta delante, invitándolo a sentarse. Lo atrajo como un imán y, sin que nadie se lo dijera, supo que de allí brotaban las canciones que tanto le gustaban.

Tomó asiento y, con temor reverencial, admiró durante un rato las relucientes teclas de color marfil y negro. Posó las manos encima y el sonido que emitió lo sobresaltó. Sin arredrarse, y sin conocer tampoco la razón, sus ágiles dedos comenzaron a moverse. Al principio el sonido era titubeante, pero en cuanto se familiarizó con las notas, las melodías más maravillosas comenzaron a aflorar entre sus manos.

Su alma quedó atrapada y comenzó a dar vida a la música que rugía salvaje en su mente.



Sonja Kuznetsova, «la Grande», como era anunciada en el Café La Habana, se ganaba la vida como cantante. A pesar de que sus años de juventud habían quedado atrás, aún conservaba el atractivo que la había llevado a trabajar en teatros de Moscú y San Petersburgo. Ejecutaba al piano el repertorio de las artistas más famosas, como Carol King o Édith Piaf, siguiendo una disciplina férrea que la impelía a jamás tirar la toalla. Cada día se sentaba frente al teclado, vestida y peinada como si fuera a actuar en el mismísimo Bolshói, y daba lo mejor de ella al público. Y también cada día, a medida que desgranaba las notas que tanto esfuerzo le costaba tocar debido a la artritis que le deformaba las articulaciones, se preguntaba cómo había ido a parar a aquel tugurio olvidado de Dios.

Pertenecía por nacimiento a una familia burguesa, hecho que le había valido una educación muy esmerada. La música siempre fue su pasión, por lo que había estudiado la carrera de piano y la de canto gracias a que poseía una poderosa voz. Su padre era cirujano, y toda su vida había ejercido entre la alta sociedad rusa, hasta que comenzó a perder la vista debido a una enfermedad degenerativa. Cuando fue apartado de la profesión, ella comenzó a cantar para ganarse la vida y mantener a sus progenitores, que nunca habían ahorrado lo suficiente.

Gozó de éxito actuando en salones exclusivos, pero la desgracia le sobrevino cuando se enamoró de un alto funcionario del régimen soviético, Pieter. Disfrutaron durante un tiempo de una apasionada historia de amor, hasta que una noche, durante la madrugada, la policía irrumpió en su casa cuando estaban durmiendo y se lo llevaron acusado de espionaje.

Nunca más volvió a verlo, ni a él ni a sus padres.

Sonja fue denunciada de colaboración con el enemigo, y, aunque nunca pudieron probar nada, la desterraron a aquella salvaje península en el extremo más oriental y olvidado del mundo. La mayoría de la población estaba formada por marineros y cazadores que mercadeaban con las pieles de los animales, por lo que el nivel de vida no era alto, pero a ella la contrataron en el café y allí estaba, decidida a acabar sus días poniendo el corazón en la música.

Aquella tarde, el dolor en las articulaciones resultaba más insoportable que otras veces. Detuvo su ensayo, con el que acostumbraba a calentar, y puso rumbo a su alcoba, situada en el

desván, para frotarse con una pomada que la ayudaba a desinflamar los miembros. Luego se vendaría las manos con una toalla caliente que le aliviaba el dolor. Si su situación no mejoraba, dudaba de ser capaz de seguir tocando el piano.

Subió con esfuerzo los desgastados peldaños de madera y se introdujo en la estancia. Cansada, se sentó en la butaca tapizada en cretona con estampado de flores desvaídas que en otro tiempo, quizás, habían sido de colores vivos. Se aplicó el tratamiento y, cuando terminó, cerró los ojos, esperando que las molestias remitieran, pero los volvió a abrir de golpe cuando desde el piso de abajo le llegaron las notas de una melodía interpretada casi a la perfección. Se acercó a la sala y, con más asombro que intriga, espió el salón. No conocía en aquel lugar aislado a nadie capaz de tocar el piano de semejante forma.

Sentado frente al instrumento había un joven que le resultó desconocido, apenas un adolescente de trece o catorce años, replicando parte del repertorio que Sonja solía usar para entretener a los clientes. Se acercó a él con sigilo para no asustarlo, por si salía corriendo como un cervatillo, y luego se quedó parada, escuchando con verdadero deleite.

Plas, plas, plas.

Las palmadas lo hicieron dar un brinco. La música terminó tan repentinamente como había empezado, y la magia que reinaba en el ambiente se rompió.

Misha distinguió a una elegante mujer de pie tras él, sonriéndole. Contuvo el impulso de volver la cabeza en busca del destinatario de aquel reconocimiento, pero no lo hizo porque sabía que era a él a quien ella aplaudía, si bien desconocía el motivo.

—No te vayas. —La señora dio unos pasos en su dirección cuando él hizo amago de levantarse—. Mi nombre es Sonja. ¿Cómo te llamas?

—Misha. —El muchacho permaneció alerta, preparado para salir corriendo en cuanto fuera necesario.

—No había escuchado a nadie tocar tan bien el piano desde hace muchos años. ¿Has recibido clases? —Intentó que su voz sonara amable para no asustarlo.

—No, señora. Es la primera vez que lo hago.

El desconcierto se reflejaba en los ojos del muchacho, a pesar de que su expresión permanecía inalterada. Sonja se afanó en que los suyos no delataran su sorpresa.

—Pues bien, Misha. Me temo que tengo ante mí a una persona excepcionalmente dotada para la música. ¿Te gustaría que te enseñara los secretos del solfeo?

—No entiendo lo que dice.

—Es la técnica que te ayuda a componer melodías. Si la aprendes, podrás transcribir la música que suena en tu mente. Te ayudará a conservarla, y también a que los demás puedan leerla para repetirla.

Esta vez, la mandíbula de Misha se desencajó antes de que pudiera controlarla. Dudó un segundo qué contestar, y cómo hacerlo. No estaba acostumbrado a mantener conversaciones tan largas.

—Me gustaría mucho —respondió al fin.

—Entonces, te propongo un trato. Vendrás todos los días y yo te enseñaré todo lo que sé. A

cambio, tú te sentarás en el piano y me acompañarás durante las actuaciones. Las manos me duelen y cada día me resulta más difícil tocar. —Le mostró las nudosas articulaciones inflamadas de los dedos. Misha guardó silencio y la observó durante unos minutos que a ella se le antojaron eternos. Ese chico había aparecido como un milagro que solucionaría sus problemas.

—Acepto con una condición. Tengo que cuidar a mi madre, que está enferma. Yo le indicaré la hora en la que podré venir.

—Tenemos un trato. —Sonja le extendió la mano.

Misha la estrechó y un ramalazo de júbilo se abrió paso en su pecho. Una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Mañana estaré aquí a las cuatro.

Desapareció de súbito, sin darle a la cantante ocasión de contestar.

CAPÍTULO 5



El timbre sonó en los pasillos del colegio privado Santa María, señalando el final de las clases. Era viernes y comenzaba el ansiado fin de semana. Enseguida se originó un gran revuelo. Algunos de los alumnos de Samanta casi habían alcanzado la puerta cuando ella les dijo:

—Antes de marcharos, os recuerdo que cada uno de vosotros debe depositar en el cajón el instrumento que ha estado usando.

El ajetreo menguó y uno a uno fueron acercándose a la gran cesta colocada en una esquina del aula.

Samanta, al igual que ellos, estaba cansada después de la larga semana de trabajo. Aunque le gustaran los niños, impartir clases de música a los de seis años resultaba agotador porque le costaba retener su atención durante mucho tiempo. Con un suspiro, borró las anotaciones que había realizado en la pizarra y, al darse la vuelta, se dio cuenta de que uno de los pequeños permanecía sentado aún en su sitio, con los platillos entre las manitas. Gruesos lagrimones le rodaban por el rostro.

—¿Qué te sucede, Quique? —Samanta se agachó junto a él.

—Quiero llevármelos a mi casa —sollozó el niño—. No quiero dejarlos aquí.

La profesora lo miró con ternura.

—Eso no es posible, cariño. Está prohibido porque son instrumentos muy costosos y ya os he explicado que hay que cuidarlos para que no se estropeen. Son propiedad del colegio.

—Yo los voy a cuidar y no se los voy a prestar a mis hermanos —afirmó con expresión tozuda.

—Vamos a hacer una cosa: si me prometes que vas a esforzarte mucho este trimestre, yo te regalaré otros solo para ti —le aseguró, aflojando con ternura las gomas que los sujetaban a sus dedos regordetes. Al niño se le iluminó la mirada.

—¿De verdad?

—Tenemos un trato. —Le tendió la palma de la mano y el pequeño se la apretó—. Ahora ve a casa a jugar, pero no te olvides de hacer las tareas.

—Se lo prometo. —Con un brinco, salió corriendo, dando muestras del arrollador ímpetu de los críos.

—¡Espera! —Samanta sacó un paquete de clínex del bolsillo y le sonó los mocos—. Buen finde —le deseó al concluir.

—Hasta el lunes.

Quique echó a correr en tromba, abandonando los platillos encima de la mesa. La profesora los cogió y los depositó junto a los demás. A continuación, recogió sus cosas y salió al amplio pasillo, por el que aún caminaba algún alumno demorado.

—¡Samanta! —la llamaron.

Carmen Pulido era la directora del colegio. Presumía de haber contratado a la joven profesora nada más terminar esta la carrera de Magisterio, hacía ya más de un año. Desde entonces, Samanta se había convertido en la maestra más popular del centro debido a sus métodos de enseñanza. Había logrado inculcar en sus alumnos el amor por la música, incluso entre aquellos que carecían de aptitudes para ella. Valiéndose de juegos y retos, había formado con los pequeños una banda musical que hacía las delicias de quienes los escuchaban durante las fiestas escolares.

—Hola, doña Carmen. ¿En qué puedo ayudarla?

—Quería recordarte que el lunes por la tarde tenemos claustro para elegir al jefe de estudios de primaria.

—No se preocupe, que allí estaré. Lo tengo anotado en mi agenda.

—Estupendo, querida. Que disfrutes de un buen fin de semana.

—Igualmente. Que descanse usted también.

Samanta salió a la calle y se detuvo un segundo, deslumbrada por la intensa luz del sol. Enseguida localizó el Volkswagen Polo de color rojo aparcado junto a la acera de enfrente, y donde la esperaba Cristian. Cruzó la calle y se subió al automóvil; lanzó sus cosas al asiento trasero.

—Hola, cariño. —Se besaron, sedientos el uno del otro—. ¿Cómo te ha ido el día? —se interesó su novio mientras se incorporaba al tráfico.

—Muy bien, aunque estoy cansada. ¿Y a ti?

—Ya sabes que no me agrada mucho lo que hago. —Un rictus de amargura desfiguró su boca—. Pero digamos que la jornada ha sido aceptable. —Le dedicó una sonrisa.

Cristian no había tenido tanta suerte como ella a la hora de encontrar empleo. Ella lo había conseguido tras entregar solo tres currículums. Él, sin embargo, había tardado casi un año en conseguir un puesto de administrativo en una gestoría que se encargaba de las cuentas de empresas, trabajo que odiaba, pero con el que cobraba un sueldo a final del mes.

Samanta se retorció sobre sí misma en el asiento para alcanzar una pequeña nevera colocada detrás del piloto. La abrió y en su interior encontró dos bocadillos envueltos en papel de aluminio, así como unas latas de refresco bien frías. Cada uno de los bocadillos tenía un nombre escrito con la primorosa letra de la madre de Cristian. Con dedos hábiles abrió el suyo y constató que era de tortilla francesa con queso. Le dio un mordisco.

—¡Esto está de muerte! —exclamó, saboreando con los ojos cerrados. Curioseó el contenido del otro—. ¡Un pepito! Tu preferido.

—El tuyo también es el que más te gusta. Ya sabes lo detallista que es mi madre.

—Verdad. Es un encanto. —Lanzó un suspiro.

Era cierto lo que Cristian había dicho, pero Samanta no podía dejar de pensar que la familia de él era demasiado estricta para su forma de ver las cosas. Eran personas muy chapadas a la

antigua; algo malo tenían que tener. «Mientras no se metan en mi vida...», pensaba a menudo.

Enseguida llegaron al trastero insonorizado donde ensayaba el grupo. Aparcaron y dieron buena cuenta del almuerzo para entrar juntos. Cuando lo hicieron, el resto de los miembros de Los Elegantes ya se encontraban allí, tan concentrados en afinar los instrumentos que apenas los saludaron. Cristian se colocó en la batería y Samanta se colgó la guitarra del hombro; Pete se encargaba del bajo y Salva, del teclado.

Durante unos minutos, reinó un auténtico guirigay debido al ajuste del sonido de los instrumentos. Una vez que estos estuvieron listos, la vocalista encendió el micrófono y se lo acercó a la boca.

—Police —les indicó a sus compañeros, y aguardó a que se hiciera el silencio—. Un, dos, tres... —Y comenzaron a tocar en perfecta sintonía.



Permanecieron toda la tarde ensayando la selección de canciones que tocarían durante las bodas para las que habían sido contratados. El tiempo parecía detenerse alrededor de Samanta cada vez que cantaba. La música conseguía embrujarla de una forma misteriosa.

Varias horas después, se despidieron hasta el día siguiente, a la misma hora. Cuando salieron del trastero, ya había anochecido. Decidieron relajarse en un local pintoresco, una pizzería con mesas cubiertas por manteles de cuadros rojos y blancos, adornadas con pequeños jarrones con flores en el centro.

—Estás guapísima. —Su novio sacó un clavel del jarrón y se lo prendió entre los bucles.

—Gracias. Debo de estar hecha un desastre. —Comenzó a arreglarse el cabello con las manos.

—Siempre estás guapa —replicó él, haciendo gala de la lisonjera andaluza.

Después de degustar unas humeantes pizzas, pagaron la cuenta y se dirigieron al coche.

—¿Te apetece que vayamos a nuestro lugar especial a contemplar la luna? —propuso Cristian, con sonrisa pícaro. Así denominaban al descampado a las afueras de la ciudad, al que se accedía a través de oscuros caminos rurales.

—Sí. Vayamos. Hace mucho que no pasamos tiempo juntos. —Aunque se sentía cansada, las ganas de estar con él tiraban del corazón de Samanta con fuerza.

Al llegar a su destino, sacaron una manta del maletero y la extendieron sobre el trigo recién sembrado, salpicado de pequeñas flores naturales que crecían cerca del linde. Samanta sonrió y decidió tomar la iniciativa. Con la sangre galopando por sus venas, se colocó encima de él, besándolo con ardor. Él le subió la falda y le agarró los glúteos con las palmas de las manos, para acercarla a sus caderas y sentirla mejor. Cuando el deseo los venció, se tumbaron, desnudándose con prisas. Samanta exhaló un jadeo y comenzó a moverse, danzando junto a él.

El cálido anochecer olía a almizcle mezclado con el sudor de sus cuerpos. Al acabar, se cubrieron con la ropa y guardaron silencio, contemplando el firmamento.

—¿En qué piensas? —preguntó él, frente al rostro serio de Samanta.

—Cuando observo el cielo, siempre recuerdo los tiempos en que deseaba ser artista por encima de todo y brillar como una estrella.

Él lanzó una carcajada, divertido por su ocurrencia, sin sospechar la seriedad de su afirmación. Ella lo dejó pasar porque sabía que no escondía mala intención.

—Todos hemos tenido alguna vez grandes sueños, pero ahora que somos adultos, esos planes se han transformado en objetivos más terrenales.

—¿Y cuáles son esos sueños tuyos? —preguntó, con curiosidad.

—Mis planes pasan porque vivamos juntos. En realidad, hace tiempo que deseaba hablar de ello contigo.

Lo miró sorprendida. Hasta ese momento, jamás habían hablado sobre su futuro. Se suponía que llegaría la hora en la que dieran ese paso, pero ella siempre lo había considerado algo lejano.

—¿No te parece un poco prematuro? Antes deberíamos asentarnos en nuestros trabajos. Además, me gustaría que Los Elegantes adquirieran mayor relevancia; entre lo que cobramos por las actuaciones y nuestros sueldos fijos, podríamos viajar para tocar en otros sitios.

Cristian se incorporó con la preocupación reflejada en el rostro.

—Sabes que antes de vivir juntos deberíamos formalizar nuestro matrimonio. Mi familia no aceptaría otra forma de hacer las cosas. Además, una vez que estemos casados, lo que esperan es que dejes de tocar y te dediques a la familia.

—¿Ah, sí? —preguntó, sarcástica—. ¿Y crees que ellos verán con buenos ojos que siga trabajando en el colegio dando clases?

—Tienes que comprender que nunca han entendido nuestra afición por la música. —Su tono era conciliador, sin percatarse del daño que le estaba infligiendo con sus palabras—. Como aún somos novios, nos ven como una pareja con ciertas... extravagancias. Yo trabajaré para mantener la familia y seré el que toque en el grupo para traer dinero extra.

Algo dentro de ella se rompió al escucharlo. Los sueños que había creído dormidos regresaron a ella con una vehemencia inusitada, y se aferró a ellos como a un tesoro al que nunca podría renunciar.

—Eso que dices no va a suceder jamás. No me importa lo que piensen los tuyos, ya que de ningún modo me quedaré ejerciendo de ama de casa.

—Entonces, ¿no quieres tener hijos? —le preguntó él, alarmado.

—No lo sé. Me gustan los niños, pero siempre pensé que, cuando formara una familia, viajaríamos todos juntos a tocar fuera de casa.

—Opinamos lo mismo. No entiendo dónde está el problema. —Su voz sonaba cada vez más airada.

—El problema está —comenzó a alzar la voz, de pura rabia concentrada— en que no voy a tolerar que ni tú ni tu familia dirijáis mi futuro. Al final, eres como ellos solo por pensar que algo así sería posible. ¡Qué tonta he sido por no ver la realidad que siempre ha estado delante de mis ojos! —exclamó, furiosa—. Llévame a casa. —Se levantó con brusquedad y se introdujo en el coche.

Recorrieron el camino de vuelta en profundo silencio, y cuando ella bajó del coche, no se

dirigieron la palabra. Al traspasar el umbral de su domicilio, corrió escaleras arriba y se encerró en su habitación, dando rienda al llanto.

CAPÍTULO VI



El público escuchaba en silencio la suave melodía del piano que inundaba la estancia, ya que tenía el don de sanar las almas. Daba igual la condición o el dinero: desde el trampero más humilde hasta el comerciante más próspero, hombres y mujeres contenían una profunda emoción. El adolescente rubio, de altos pómulos y ojos grises como las aguas plata de la bahía de Avacha, había sabido ganarse la popularidad en la comarca y era mucha la gente que acudía al local a escucharlo. A los buenos rusos, la música les corría por la sangre y sabían apreciarla.

Ya habían transcurrido dos años desde que trabajaba en el Café La Habana junto a Sonja. Su madre había fallecido tan solo unos meses atrás, y Misha, a pesar de las condiciones de vida que había llevado esta, lamentaba en su fuero interno no haber podido ayudarla mejor, ya que la fortuna le había sonreído demasiado tarde. Un terrible resfriado se había apoderado de sus pulmones, dejándola extenuada y sin fuerzas para hacerle frente.

La vida, no obstante, había mejorado de forma considerable para el muchacho. Todo ese tiempo había estado recibiendo las lecciones que le impartía su benefactora, y ejecutaba fluidamente partituras que un virtuoso solo lograba tras años de estudios. Su maestra compartía con él el salario que le pagaban, y además, Misha recibía comida caliente todos los días en el café, como parte que era del personal. Con el dinero, se había dedicado a mejorar el aislamiento de su casa, la había pintado y arreglado, por lo que en la actualidad presentaba un aspecto más favorable. El interior lucía siempre limpio y ordenado, a pesar de que seguía imperando la austeridad. Tantos años de miseria lo habían vuelto riguroso, y no volvería a vivir rodeado de suciedad y desorden.

Su aspecto físico también había cambiado, ya que, al ganar peso, no se le marcaban tanto los huesos, y el bienestar del que gozaba lo había vuelto un poco más sociable, a pesar de que su carácter seguía siendo retraído. Sin duda, el pacto que había hecho con la señora Sonja, como él la llamaba, les había reportado grandes beneficios a los dos.



Al fondo de la sala, amparadas por las sombras, en la penumbra, un par de oscuras pupilas se achicaron al contemplar al pianista por entre las volutas de humo que ascendían de la punta incandescente de un puro.

Alexei comprobó sorprendido que, pese a todo, poseía un corazón, y que este era capaz de albergar sentimientos. Hacía años que creía que aquel órgano estaba marchito y que permanecería podrido para siempre. Sin embargo, había sentido un aguijonazo de emoción

mientras escuchaba la música proveniente de las manos de aquel chico. Alexei rememoró cuando no era más que un crío y vagaba por las calles de San Petersburgo en busca de alimento. Aquel muchacho le recordaba, sin saber la causa, a sí mismo durante su infancia y adolescencia. El cuerpo espigado y fibroso delataba horas de trabajo duro para ganarse el sustento. La ropa desgastada pero pulcra reflejaba un carácter puesto a prueba. El metal que era torneado al rojo vivo siempre sería más resistente.

Su curiosidad se acrecentó. Alexei percibía el talento innato en cuanto lo veía, y reconoció en el muchacho la sangre salvaje que corría por sus propias venas, y que no se rendiría jamás. Estaba seguro de que, si le daban la oportunidad, no cejaría en su afán por convertirse en un gran músico.

El *Nocturno n.º 6* de Chopin finalizó y la magia acabó de golpe.

—Traedlo —ladró a los rudos matones con aspecto de boxeadores que lo acompañaban.

Unos quince minutos después, más tarde de lo que había calculado, soltaron al joven delante de él. Luchaba como un tigre recién capturado, retorciéndose, lanzando patadas y puñetazos.

—Soltadlo —ordenó, molesto con sus escoltas por la resistencia que les oponía un adversario tan joven y enclenque.

Con la ropa desgarrada por el forcejeo, Misha se incorporó del suelo y miró a los ojos del hombre que lo había apresado. Aquella mirada fría y dura como el hielo agradó a su captor, pues no evidenciaba miedo. Su aprecio por el músico se incrementó. Por el rabillo del ojo observó que uno de sus guardias se sujetaba una mano, con los dedos quebrados por la lucha, y eso le produjo desdén. Debía recordar deshacerse de él cuando llegaran a casa.

Experimentó una punzada de admiración por aquel cachorro salvaje que apenas estaba enseñando las garras y se vio reflejado de nuevo en él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó sin preámbulos.

El chico aguantó el examen al que lo sometió. Alexei sabía que estaba sopesando si contestar o no. Estaba seguro de que alguien como él no pasaría por alto la calidad de las prendas que llevaba puestas, y que revelaban su posición económica. Sonrió sin poder controlarlo. No recordaba desde cuándo no se divertía tanto. Aquella situación le suscitaba emociones que creía olvidadas.

—Mikhail Petrovich Sokolov. Misha —respondió el chico al cabo de un rato.

—Misha, te voy a proponer un acuerdo que no repetiré. —Hizo una pausa para darle tiempo a asimilar las palabras que pronunciaría a continuación—: Me ha gustado escucharte y creo que posees talento. Soy el dueño de una gran fortuna y no tengo hijos —declaró, sin falsas modestias—. Esa es la razón por la que me gustaría patrocinar tus estudios de piano. Estoy seguro de que en el futuro podrás devolverme la inversión con creces. ¿Me has entendido? —El muchacho hizo un gesto afirmativo con la cabeza, atónito—. Si decides aceptar, preséntate mañana a las ocho en punto en el aeropuerto. —Le entregó una tarjeta de visita—. Cualquier empleado al que le muestres esta credencial te acompañará a mi avión. Recoge todas tus pertenencias, porque ya solo volverás de visita.

El hombre se levantó y, sin decir nada más, salió del local seguido de sus guardaespaldas.

Sonja se acercó a Misha, alarmada. Ella sí había reconocido a aquel sujeto.

Condujo con cuidado a su pupilo hasta su habitación para comprobar el alcance de sus heridas. Le indicó que tomara asiento mientras sacaba de un armario los utensilios para curarlo.

—¿Qué quería ese hombre? —preguntó, con miedo de averiguar la respuesta.

—Me ha propuesto pagarme los estudios de música si me voy con él. —Misha le enseñó la tarjeta que le había entregado.

Sonja la tomó con manos temblorosas y leyó el nombre escrito en ella. Comprendió que el día que tanto temía había llegado. A ese chico, por el que profesaba tanto cariño, se le acababa de presentar una oportunidad única, y ella lo alentaría para que no la dejara escapar. Misha debía emprender el vuelo, aunque solo Dios sabía lo mucho que lo echaría de menos.

CAPÍTULO 7



Una semana después de la discusión con Cristian, Samanta se hallaba sentada ante la mesa de la directora del colegio, a la que acababa de presentarle su renuncia.

—¿Estás segura del paso que vas a dar? —preguntó doña Carmen.

—Una nunca está cien por cien segura de los pasos que va a dar, pero sé que debo intentar cumplir mis sueños ahora que aún puedo. —Bajó la vista y retorció el pañuelo húmedo que sostenía entre las manos.

—Me imagino que así es, querida. —La directora estaba resignada. Había sabido desde el principio que esa escuela se quedaría pequeña para un talento como el de Samanta, pero nunca imaginó que sucediera tan pronto.

—No quiero ocasionar molestias ni retrasar los progresos de los alumnos, por eso me ofrezco a permanecer en mi puesto el tiempo necesario hasta que encuentren a alguien que me sustituya —dijo, de corazón. Lo último que pretendía era perjudicar a quienes se habían portado tan bien con ella.

—Debo reconocer —doña Carmen le dirigió una mirada pícara— que me encantaría retenerte con nosotros algún tiempo más bajo ese pretexto, pero lo cierto es que no hará falta. Almudena, la profesora que cubre las bajas, posee una diplomatura en Musicología. Aunque mucho me temo que con tu marcha perderemos a la mejor profesora que ha tenido este colegio. —Era una realidad que Samanta se había ganado la simpatía tanto de padres como de alumnos—. Sufriremos una gran pérdida con tu marcha —admitió, sin ambages.

A Samanta la invadieron de nuevo unas tremendas ganas de llorar. No podía parar desde que había tomado la decisión de marcharse, días atrás.

—Ya sabe que lamento en el alma haberla avisado con tan poca antelación, pero los acontecimientos se han precipitado sin que yo lo hubiera planificado. —Sacó del bolso un paquetito envuelto en papel con estampado de colores—. Si no le importa, me gustaría que le entregara esto a Quique. —Le extendió el regalo a la directora—. Dentro hay una nota para él. Díglele que lo prometido es deuda, y, por favor, despídase de los pequeños de mi parte. Los echaré de menos.

—Así lo haré, querida. —La directora se puso en pie y la besó—. Te deseo toda la suerte del mundo, y no olvides que, si cambias de opinión, siempre tendrás un hueco entre nosotros.

Samanta la abrazó y se alejó con los ojos cuajados de lágrimas, ya que entre esas paredes había pasado una época feliz. A pesar de tener claras las ideas, no le resultaba fácil dejar la vida segura que había llevado hasta entonces.



Entró en su casa con paso de anciana. Las piernas le pesaban como dos sacos de arena y anímicamente se sentía exhausta. Se encaminó a la salita y tomó asiento para recuperarse. Exhaló un largo suspiro.

—Hola, Sam. —Su hermana tomó asiento frente a ella—. ¿Cómo te ha ido?

—Mejor de lo que yo creía, pero me siento muy triste a pesar de estar haciendo lo que debo. Estoy agotada.

—No me extraña. Todo esto ha sido inesperado y muy fuerte, Samanta.

»Quiero que sepas que te voy a echar terriblemente de menos. Ojalá te quedaras con nosotros.

—Silvia se echó a sus brazos y ambas rompieron a llorar sin consuelo.

—Tú mejor que nadie conoce mis sueños. Esto era inevitable. El destino tira de mí como un hilo que no puedo ni quiero romper. Tengo que luchar por lo que quiero. —Entre hipidos, acarició la melena de su hermana.

Mientras que ella había heredado el cabello moreno y los ojos verdes de la familia de su madre, Silvia poseía los rasgos gitanos de la de su padre. Sin embargo, era por las venas de Samanta por las que corría la sangre de generaciones de artistas de su familia paterna, así como el gusto refinado de su madre por la música. A pesar de que su hermana y ella eran tan diferentes, siempre habían estado muy unidas.

Se vieron sorprendidas por el timbre de la puerta. Silvia se limpió la nariz y el rostro para ir a abrir mientras su hermana mayor se secaba las lágrimas.

—Hola. ¿Está Samanta? —La voz de Cristian le llegó desde la entrada.

Silvia, indecisa, miró de soslayo a la aludida, quien, con rostro fatigado, hizo un gesto afirmativo con la cabeza para que lo dejara entrar.

—Pasa, Cristian. ¿Te apetece tomar algo?

Él no contestó. En cuanto vio a su exnovia, se envaró. Si distinguió en ella muestras de llanto, no lo demostró.

—Hola, Samanta. Te agradezco que accedas a hablar conmigo.

Durante la semana transcurrida desde su discusión, había intentado razonar con ella de todas las formas posibles. Juntos, habían llorado cuando él comenzó a darse cuenta de que aquello era algo más que un enfado pasajero.

—Hola, Cris —lo saludó.

Al oír el apelativo, él elevó una mirada esperanzada. Su rostro evidenciaba las profundas huellas del disgusto, y a Samanta se le rompió el alma al observarlo.

Silvia se había esfumado sin que se dieran cuenta.

—¿Cuándo te marchas?

—Aún no he sacado los billetes, pero será dentro de unos días. —Se mostró vaga en las

respuestas, puesto que no quería hacerlo partícipe de sus planes. Ya había sufrido demasiado.

—En realidad, nunca me has querido, ¿verdad?

—Claro que te he querido, y mucho. De hecho, aún te quiero. El cariño no desaparece en un instante. —Se acercó a él e intentó cogerle la mano a modo de consuelo, pero él la retiró, ofendido.

—Entonces, ¿por qué me dejas? No lo entiendo. Teníamos tantos planes... y de la noche a la mañana lo mandas todo a paseo.

Samanta ya se sentía demasiado culpable como para que él echase más leña al fuego de su conciencia.

—He intentado explicártelo de mil maneras. He estado viviendo una vida que no es la que verdaderamente deseo. Yo siempre he querido ser artista, cantar y tocar para un gran público, y nuestra conversación del otro día me hizo abrir los ojos. Tú no tienes la culpa de nada de lo ocurrido, pero yo tampoco. Solo que... mi vocación es mayor que mi cariño por ti.

—Ya te pedí perdón por mis desafortunados comentarios, y le he asegurado a mi familia que no tendrá jamás poder sobre nuestras vidas, pero tú te niegas a ceder. Solo deseas castigarme, ¿verdad?

Samanta comprendió que estaba hablando con un ciego que no quería ver; con un sordo que no quería oír. Comprendió que no estaba en su mano hacer nada más por él y que tendría que alejarse con la carga de su sufrimiento en las espaldas.

Solo el tiempo curaría las heridas, y deseó con todo el corazón, debido al cariño que sentía hacia él, que las suyas sanaran pronto.

—Cristian, no voy a volver contigo. —Intentó mostrarse tajante, aunque sonara cruel—. Nuestros caminos se separan y no dudo de mi decisión. Aunque no me marchara, tampoco volvería contigo.

Una mirada de hondo dolor se clavó en ella. Sintió como si le hubiera hundido un puñal en el corazón. Ella resistió la herida que le produjeron sus propias palabras e intentó no manifestar la angustia que le producía su actitud.

Su exnovio dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Salió de su vida dando un portazo que hizo temblar las paredes. Silvia, que lo había escuchado todo, corrió a abrazar a su hermana para consolarla.



La tarde la empleó en empacar sus cosas eligiendo bien lo que se iba a llevar. Pretendía llevar solo una mochila grande, además de su guitarra, claro. Siempre habría tiempo para que le mandaran el resto de sus pertenencias cuando supiera dónde iba a residir. Consiguió aplacar sus nervios pensando en que sus sueños se harían realidad y planificando cada uno de sus siguientes pasos.

Cuando su madre la llamó para cenar, bajó los escalones con actitud pesadosa, sabiendo que aún le quedaba por llevar a cabo la tarea más difícil de todas. Ya se había preparado mentalmente

para ello, pero le gustaría que pasara lo antes posible.

La familia se encontraba sentada alrededor de la mesa, sumida en el silencio que presagiaba tormenta. Tan solo se oía el sonido de los cubiertos chocando contra los platos y el revuelo de las alas del ventilador, que agitaba sus aspas encima de la nevera.

—Mañana me voy en tren a Madrid. He decidido probar suerte para ser cantante. —Dejó el cubierto sobre el plato y alzó una mirada atemorizada hacia sus padres, que la observaban asombrados. Sin duda, la noticia les había caído como una bomba.

A continuación, todo sucedió a la vez. Su padre se llevó las manos a la cara en señal de disgusto, su hermana estalló en llanto y su madre... Gertrudis la miraba con tanto dolor en el rostro que la dejó paralizada.

—No puedes hablar en serio —exclamó Tomás.

—Esta mañana he presentado mi renuncia en el colegio —siguió—. Debéis entender que todo este tiempo he estado viviendo la vida de otra persona. En realidad, no quiero ser profesora, yo siempre he querido ser artista. —Su voz se fue debilitando. Intentaba mantenerse firme, pero su determinación decaía al ver así de afectada a toda la familia.

—Hay que comenzar por algo. Estás equivocada si piensas que existe una vida perfecta. —Gertrudis se agarró el pecho y lanzó un desgarrador sollozo, que la sobrecogió—. Si te marchas, me darás el disgusto más grande de mi vida. No lo hagas, por favor.

Silvia se levantó para intentar calmarla.

—Por favor, si me queréis, dejadme que lo intente. Necesito perseguir mis sueños, y debo hacerlo en este momento. Tengo veinticuatro años y he hecho a un lado todos mis compromisos. —Las lágrimas comenzaron a rodar por el rostro de Samanta. Se sentía tan desvalida por dentro como el madero que arrastra la marea. La actitud de su madre la dañaba en lo más profundo de su alma.

—No se hable más. —Su progenitor se puso en pie y habló con voz firme—. Ya está, Gertrudis. Mañana acompañaré a la niña a la estación. —Salió de la estancia con el rostro desencajado.

Samanta respiró aliviada, aunque era consciente del esfuerzo que le había costado a su padre pronunciar aquellas palabras.

Al día siguiente, se marchó a Madrid. Solo cargaba con las cosas que le cabían en una mochila que le colgaba de los hombros. Iba vestida con vaqueros, botas camperas, una chupa de cuero y un sombrero. Se llevó todos sus ahorros; aferrada a la guitarra, se subió al tren. La sonrisa que le lanzó a su padre desde la ventanilla era radiante como el sol de primavera. Agitó la mano y no pudo evitar pensar, mientras contemplaba la figura solitaria de Tomás Montoya cada vez más pequeña, que lo echaría terriblemente de menos.

Una vez en el asiento que le correspondía, su mente se pobló de imágenes alegres sobre el futuro. Había llegado la hora de poner en marcha sus planes, esos en los que no contemplaba ningún contratiempo, ni la más mínima fisura. Si no lo intentaba ahora, ¿cuándo lo haría?

Entonces, aún era una inocente muchacha de provincias, y no imaginaba el precio que tendría que pagar por conseguirlos.

CAPÍTULO VIII



Misha echó la vista atrás por última vez y contempló durante un minuto las siluetas de los volcanes contra el cielo claro de invierno. Luego clavó la mirada en el horizonte y se volvió para entrar en el aparato con forma de pájaro, que aguardaba para llevarlo a una vida mejor junto a un hombre del que no sabía nada.

Alexei Volkov había nacido en una familia humilde. Su padre, acusado de agitación antisoviética, había sido condenado a trabajos forzados en un gulag^[1]. Después, había trabajado como obrero en una fábrica de armas. Su madre había sido costurera.

A la corta edad de doce años, Alexei había comenzado sus estudios en el instituto, y posteriormente se había graduado en Ingeniería Civil. Durante su etapa universitaria se había apuntado al partido comunista, ocultando en su currículum que su abuelo había sido un *kulak*^[2] para que no lo perjudicara. Había hecho carrera como funcionario hasta que había abierto un bar y comenzado a traficar con alcohol adulterado, lo que le había dado pingües beneficios. Gracias a sus contactos, el gobierno había hecho la vista gorda, por lo que no solo había continuado con sus turbios negocios, sino que los había ampliado a otros ámbitos, siempre avalado por una intuición que raras veces le fallaba.

Para Alexei, la riqueza era algo emocional. Gastaba grandes cantidades de dinero para financiar su modo de vida porque la única manera que conocía de impresionar a los demás era comprando una gran mansión o un inmenso yate. No leía libros, no escuchaba música ni visitaba museos. No tenía tiempo para esas menudencias, y su interés por la justicia social era nulo.

Había acudido a la península de Kamchatka para adquirir terrenos donde explotar minas de componentes esenciales para fabricar el invento del futuro: el microchip, pero no sabía con certeza lo que lo había impulsado a recoger a ese muchacho. Nunca había deseado tener hijos ni formar una familia porque su mundo siempre había girado en torno al trabajo, pero los sentimientos que afloraron en su corazón cuando escuchó aquella música, unidos a los recuerdos que le inspiraba el muchacho, lo habían empujado a convertirse en su benefactor. Se decía a sí mismo que recuperaría la inversión con creces cuando Misha fuera adulto.



El mes de febrero en San Petersburgo era duro debido a las bajas temperaturas, e invitaba a los habitantes a permanecer a resguardo en el interior de las casas. A pesar de ello, una limusina de color negro circulaba por las solitarias calles hasta detenerse ante el imponente edificio que albergaba el prestigioso conservatorio de música de la ciudad, construido en 1896 sobre el solar

del antiguo Teatro Bolshói Kamenni.

Misha ascendió con piernas ligeras la enorme escalera que partía del vestíbulo. En el descansillo de la planta superior, esta desembocaba en dos anchas galerías. Sus pisadas quedaban silenciadas por la gruesa alfombra que cubría el mármol del suelo, y las ricas paredes, decoradas con pan de oro, envolvían las esculturas que llegaban hasta el techo. Aquella magnificencia dejaba a Misha sin aliento, aunque careciera de tiempo para detenerse y admirar el entorno con atención. El ritmo que imponía Alexei era rápido y él debía seguirlo.

Al llegar ante una majestuosa puerta, la abrieron sin necesidad de llamar y entraron en una amplia estancia rodeada por ventanales que daban a una extensa avenida. La atención de Misha enseguida se desvió hacia la pieza que había en el centro de la sala. Se trataba del piano más bonito que había visto nunca: era de cola, y tenía la tapa abierta. De inmediato se sintió atraído hacia él como si se tratara de un imán poderoso. Acarició con admiración la superficie pulida, que relucía como una noche sin luna, y leyó el nombre de Steinway & Sons encima del teclado.

Un hombrecillo, cuyos ojos quedaban semicultos por unas enormes gafas de grueso cristal se les acercó, esbozó una sonrisa en su dirección, y el bigote que lucía se alargó.

—Buenas tardes. —A Alexei parecía no impresionarle nada de aquello, y lo saludó con aire de superioridad. No en vano había tenido que desembolsar una ingente cantidad de dinero para que el director se tomara la molestia de escuchar a su protegido—. Usted debe de ser el profesor Andréi Ivanov. —El aludido respondió con una ligera inclinación de cabeza mientras le estrechaba la mano—. Este es el joven del que le he hablado.

El director lo observó sin que su expresión dejara entrever lo que pensaba.

—Mikhail Petrovich Sokolov. —Saludó respetuosamente, tal como le había indicado su patrocinador.

—Procedamos a iniciar la audición.

Misha se puso nervioso. El temor al fracaso lo invadió, consciente de la oportunidad que tenía ante sí. Tomó asiento en la banqueta, tapizada en un brillante turquesa, y las teclas le lanzaron un mensaje de tranquilidad. Un escalofrío de anticipación lo recorrió. Posó los dedos ligeramente sobre ellas, y el sonido que emitieron fue el más delicioso que había escuchado nunca.

—Si es tan amable, comenzaremos con esta partitura. —El director le abrió la partitura y señaló la *Sonata n.º 29 en Si Mayor Op. 106 «Hammerklavier»*, de Beethoven, una de las piezas más complicadas de interpretar al piano.

Misha comenzó a tocar con prudencia y concentrado, aislado del mundo exterior, sumido en su propio trance, sin permitir que la complicada ejecución lo arredrara y decidido a finalizarla con éxito. Las horas se fueron sucediendo y el sonido era interrumpido tan solo por los breves instantes que necesitaba el director para cambiarle la partitura por la de otra composición diferente. Misha siguió adelante sin flaquear, como si llevara entrenando para ello toda la vida.

Aquel chico maravilló a Andréi Ivanov, quien pronto fue consciente de las cualidades que poseía. Pensó que, si Alexei Volkov hubiera entendido algo de música, no le habría hecho falta desembolsar tal cantidad de dinero para gestionar su ingreso, pero las arcas del conservatorio habían salido ganando, y ahora podrían acometer muchas de las reformas que precisaba aquel

viejo edificio.

—Hemos acabado, joven. Puede retirarse y esperarnos fuera —le indicó el director, circunspecto, cuando lo consideró oportuno.

Misha sintió miedo del veredicto y se le hizo un nudo en la garganta. Miró de reojo a su patrocinador y este le dedicó un leve asentimiento con la cabeza para que obedeciera. Sus pasos resonaron sobre el reluciente mármol del aula.

En cuanto hubo salido, el director se dirigió al magnate:

—Sin duda, tenemos entre manos a un genio de la música. Sería un honor poder ejercitarlo en esta escuela.

Alexei compuso un gesto de satisfacción. Su olfato para las buenas inversiones no había decaído, y aquel chico era una de ellas.

—¿Cuándo le parece bien que empiece las clases? —preguntó, sin traslucir su orgullo. Las palabras del director lo habían hecho inflarse como un pavo real.

—El próximo lunes.

—Aquí estará. —Sin más rodeos, se levantó de su asiento y se dirigió al pasillo para reunirse con Misha.

CAPÍTULO 9



Habían transcurrido tres meses desde que Samanta llegó a la capital con la ilusión rebotándole en el pecho. Tuvo mucha suerte, porque encontró alojamiento en un hostel del centro, una casa antigua adaptada para huéspedes, cuya dueña, doña Elvira, la recibió con cariño.

Samanta, ingenua, se había hecho con un mapa, y entre el metro y el autobús recorrió todos los barrios visitando las discográficas, tiendas de música y los estudios de grabación que aparecían en la lista que había confeccionado consultando la guía telefónica. Buzoneó sin descanso por toda la ciudad, entregando unas tarjetas de presentación a las que había adherido un casete con una canción cantada por ella.

Todo fue en vano. Nadie se había puesto en contacto con ella, y la frustración comenzaba a hacer mella en su espíritu. Empezó a asumir que resultaba casi imposible conseguir una audición o que alguien se interesara en su música.

La angustia le cerraba la garganta, pero se obligó a desechar los funestos pensamientos. Necesitaba encontrar un trabajo con urgencia. Lo último que quería era regresar a su casa con el rabo entre las piernas después de la dolorosa partida. A sus padres los telefoneaba una vez a la semana y les mentía contándoles que todo marchaba bien.

Sentada en el borde de una jardinera de piedra situada en una calle no demasiado ancha del barrio de Salamanca, se limpió con la manga de la camisa el sudor que le surcaba la frente. En esa maldita ciudad hacía casi tanto calor como en su tierra. Rebuscó en la bolsa de lona que llevaba en bandolera y encontró la botella de plástico, que rellenaba con agua cada vez que llegaba a la pensión. Se la llevó a los labios y bebió con ansia mientras sentía el precioso líquido recorrerle la garganta, reseca. Al alzar la mirada, mientras cerraba el tapón de rosca, tropezó con una cafetería de aspecto coqueto llena de plantas colgantes y coloridas sillas de tijera. En el escaparate había pegada una hoja amarillo chillón con letras escritas a rotulador negro.

SE BUSCA CAMARERO **Los interesados, preguntar en la barra.**

El corazón le dio un brinco. Era justo lo que necesitaba; la oportunidad se hallaba delante de sus narices. Lo interpretó como una señal. Siempre había creído que la vida estaba llena de ellas. Una pequeña llama de esperanza prendió en su interior mientras cruzaba la calle.

Atravesó la puerta y accedió a un local amplio donde la luz entraba en abundancia por los ventanales. Diez pequeñas mesas cuadradas de mármol, casi todas ocupadas, salpicaban la sala; a ellas había que sumarles las que se emplazaban en la terraza exterior. Parecía un lugar próspero.

Se acercó a la barra, tras la que se encontraba un hombre de mediana edad con el pelo rasurado casi al cero, secando vasos. Su aspecto le pareció un tanto siniestro debido a la falta de expresión en la mirada que le clavó.

—Buenos días. —Samanta intentó mostrarse cordial. Alzó la voz para hacerse oír entre el barullo—. Estoy interesada en el puesto de camarera.

—Buenos días. ¿Cómo te llamas? —No fue descortés, pero su tono sonó tan brusco que imponía.

—Mi nombre es Samanta Montoya y busco trabajo. —Le echó agallas y decidió comenzar de nuevo dedicándole su mejor sonrisa.

—Koldo Aguirre. —Le extendió la palma de la mano por encima de la barra—. Soy el dueño del local. Mi mujer, Leyre, es la chef; está en la cocina.

—Tanto gusto. —Le estrechó la mano.

—¿Has trabajado antes en el oficio?

Samanta dudó un momento, pero optó por ser sincera. Al fin y al cabo, con las mentiras no se llegaba a ningún lado.

—No, pero estoy dispuesta a aprender. Necesito el trabajo para pagar mis gastos. —Le imploró con la mirada.

—Un cortado, un té verde y uno con leche acompañado de churros. —Una chica se acercó y posó la bandeja de aluminio sobre la barra.

—Oído. —El jefe dio media vuelta y comenzó a preparar el pedido.

—Hola, soy Cintia. —La camarera se giró hacia ella y se presentó con una sonrisa encantadora que dejaba al descubierto unos dientes blanquísimos. Era una auténtica belleza—. ¿Has venido por el anuncio?

Su cuerpo alto y delgado la hacía parecer una escultura. Llevaba la melena cobriza recogida en la nuca y el rostro perfectamente maquillado. Sus labios, pintados de rojo, se movían a medida que mascaba un chicle.

—¡Camarera, por favor! —llamó un cliente. La chica ni se inmutó. Parecía acostumbrada a los constantes requerimientos.

—Sí. Me llamo Samanta y soy de Jerez de la Frontera. He venido a Madrid para probar suerte en la música. —Se sinceró con ella a pesar de que era una desconocida. Aquella chica le había caído bien.

—Bienvenida. Yo soy de Palencia y modelo de profesión, pero trabajo aquí mientras me surge algo de lo mío.

—Aquí tienes. —Koldo le entregó el pedido con destreza—. Deja de parlotear y atiende las mesas.

Cintia, lejos de azorarse por la llamada de atención, les guiñó un ojo antes de alejarse.

—He pensado que te voy a dar un par de días de prueba y luego, si estamos conformes contigo, te haremos un contrato a media jornada. Aquí lo más duro son los desayunos y las comidas porque tenemos menú y vienen muchos funcionarios. Como ves, estamos a tope, y Cintia no da abasto para atender todas las mesas ella sola. Te pagaré el uniforme, que consiste en pantalón o falda de color negro y camisa blanca. Los zapatos te los traes tú, pero que sean cómodos, y nada de ropa ajustada. ¿Estás de acuerdo?

—Desde luego. ¿Cuándo empiezo? —le preguntó, excitada.

—Mañana.

A Samanta la abrumó tanta prontitud, pero se abstuvo de protestar. Aún no se podía creer la fortuna que había tenido.

—¿Le importa si me quedo un rato y les echo una mano? Así puedo hacerme a la idea de cómo será el trabajo —preguntó, con ganas de demostrarle que era merecedora de aquella oportunidad.

—Desde luego. Puedes comenzar a meter vajilla en el lavaplatos. —El tono del propietario se había suavizado, complacido por su buena disposición.

Cintia le hizo algunas recomendaciones cada vez que se acercaba a la barra con una nueva comanda. Cuando el local comenzó a vaciarse, le ofrecieron quedarse a comer, y Samanta degustó la exquisita comida de Leyre, que la saludó en cuanto pudo salir un momento de la cocina. Aquel parecía un negocio familiar regentado por personas agradables, que le causaron una buena impresión.

Al despedirse de ellos para volver al hostel, Cintia le hizo una seña para que la esperase fuera.

—Oye, se me ha ocurrido algo —le soltó de sopetón, una vez que se reunieron en la calle—. ¿Tienes asegurado un sitio donde quedarte?

—Sí, duermo en una pensión. Estoy muy contenta, aunque es un poco cara.

—He pensado que a lo mejor te apetece compartir apartamento conmigo. Me vendría muy bien una compañera que me ayudara con los gastos, porque esta ciudad es un infierno.

Samanta se la quedó mirando, pensativa. La proposición la había cogido por sorpresa y dudaba si aceptar; al fin y al cabo, era una auténtica desconocida. Muy amable, sí, pero una desconocida.

Cintia pareció percatarse de sus reticencias y le aclaró:

—Ya sé que es algo precipitado porque nos acabamos de conocer, pero la vida en la capital es dura y me has parecido buena gente. No es fácil encontrar a alguien que cumpla todos los requisitos para compartir piso. —Sonrió.

—Acepto —decidió, al darse cuenta de que ambas necesitaban apoyo para triunfar en sus respectivas profesiones. Su intuición le decía que podía confiar en aquella chica.

—¡Perfecto! —exclamó Cintia, y la abrazó con alegría—. Aquí tienes la dirección. Te espero allí a partir de las ocho. —garabateó algo apresuradamente en un papel y se lo entregó—. No debo entretenerme más. ¡Hasta luego!

Samanta cogió la dirección y emprendió el camino de vuelta. La excitación le burbujeaba en el pecho; era consciente de que a partir de ese instante su vida cambiaría para siempre.

En la pensión, recogió sus cosas y liquidó la cuenta. Doña Elvira le dio un fuerte abrazo, deseándole lo mejor, y ella prometió ir a visitarla de vez en cuando.

CAPÍTULO X



Misha levantó la vista del libro que sostenía entre sus manos para observar el exterior a través de la ventana. La calle donde se encontraba situado el palacete de Alexei permanecía solitaria, ya que la nieve la había cubierto con una gruesa capa. Los copos se posaban sobre el alféizar con suavidad, danzando al son de unos acordes cuyas notas sonaban exclusivamente en su cabeza.

Llevaba cinco años cursando estudios de piano y violín en el conservatorio de música y su vida había dado un vuelco drástico. Ya no quedaba rastro del muchacho humilde que había llegado a aquella ciudad sin apenas educación. Ahora gozaba de oportunidades con las que nunca había llegado siquiera a soñar. Vivía en una casa a todo confort, no pasaba hambre y dedicaba cada minuto del día a su pasión. A cambio, solo le pedían que diera algunos conciertos para agasajar a las amistades de su padre, como Alexei le había pedido que lo llamara, y que obtuviera las mejores notas para que este pudiera sentirse orgulloso.

Esa noche el oligarca ofrecía una cena para algunas autoridades, posiblemente con la intención de sobornar y comprar a todos aquellos que fueran proclives a ello. Alexei había contraído matrimonio cinco veces, y siempre le gustaba rodearse de mujeres espectaculares a las que pagaba con el objeto de impresionar a los hombres con los que negociaba. Misha conocía los turbios negocios en los que estaba metido y el ambiente mafioso en el que se movía, aunque a él nunca lo hubiera involucrado. Solamente participaba en las recepciones amenizando las veladas, ya que Alexei creía que eso aumentaba su prestigio. Mientras tanto, Misha no perdía el tiempo y se dedicaba a trabajar duro para finalizar los estudios en la mitad del tiempo requerido, ayudado por los profesores.

Un breve golpeteo sonó en la puerta.

—Adelante.

Grigori, su guardaespaldas, asomó la cabeza. Era un muchacho apenas unos años mayor que él, pero su gran envergadura y su rostro adusto lo hacían aparentar más edad de la que había cumplido. Alexei le había confiado la seguridad de su hijo desde que este llegó a la ciudad. A partir de entonces, se habían vuelto inseparables y se habían convertido en grandes amigos. En realidad, el único que tenía, ya que seguía haciendo gala de un carácter muy reservado.

—Te están esperando —anunció Grigori.

Misha se estiró los puños de la camisa y echó una última mirada al espejo para comprobar que se había anudado correctamente la corbata.

—Vamos. —Cruzó la puerta, seguido por el guardaespaldas.

Ambos bajaron la escalera con pasos marciales. Hacía ya tiempo que la majestuosidad y el

lujo del que estaba rodeado no lo impresionaban. Los enormes espejos, las lámparas de araña, las doradas molduras de los techos... Eran adornos de los que gustaba presumir al oligarca para constatar su poder económico e impresionar a los demás, pero Misha, que había pasado penurias, sabía que todo aquello eran simples oropeles; sin embargo, se había jurado a sí mismo que jamás volvería a experimentar la pobreza en sus carnes. No quería bajo ningún concepto revivir la miseria de aquellos tiempos.

Alexei lo esperaba en el espacioso salón, flanqueado por sus invitados. Al verlo entrar, detuvo la conversación y se acercó a él sujetando una copa de champán. Las burbujas se elevaban transparentes en el líquido dorado. Su esplendorosa sonrisa reflejaba el placer que le producía verlo.

—Estamos ansiosos de oírte tocar. —Dejó la copa en una mesa a su paso y lo abrazó con orgullo—. Os presento a mi hijo, Mikhail Alexeievich Volkov. —Lo nombró con el patronímico y el apellido que Misha había adquirido después de su adopción. Le constaba que lo trataba con el mismo cariño que le hubiera brindado a un hijo propio, a pesar de que era un hombre duro y frío que se había moldeado a sí mismo. Le ofrecía todo lo que poseía, y él, criado en la calle, no lo juzgaba por ello. Estaba acostumbrado a que lo exhibiera ante sus conocidos, pero no le desagradaba, sino que suponía tan solo una ligera incomodidad a cambio de todo lo que le había dado a cambio. Además, nunca había llegado a conocer realmente a su padre, por lo que no albergaba ningún cariño hacia la inexistente figura paterna.

Misha saludó a los congregados con una inclinación antes de tomar asiento delante del piano. Su compañera de conservatorio, la violinista Natalia Petrovna, ya se encontraba en su puesto. Ambos se miraron y ella le lanzó una dulce sonrisa; a él se le suavizó la mirada al contemplarla. Hacía algunos meses se habían hecho más que amigos, y desde entonces eran inseparables. Compartían la misma pasión por la música y se encontraban a gusto en la compañía del otro; los dos pasaban el escaso tiempo libre que les dejaban sus obligaciones compartiendo cama en el piso que ella tenía alquilado en la ciudad, a la que se había trasladado disfrutando de una beca del Estado.

Iniciaron el repertorio que habían ensayado con la *Sonata para piano y violín n.º 5 Kreutzer*, de Beethoven, y que, al finalizar, arrancó aplausos entre los presentes. Continuaron con la deliciosa *Sonatina n.º 1*, de Schubert, y la más potente la dejaron para el final: la *Sonata para piano y violín*, de Wolfgang Amadeus Mozart.

El público, formado por unas veinticinco personas, se puso en pie para aclamar la excelente ejecución. Fueron tan calurosos los aplausos que Misha los recompensó tocando la delicada *Suite orquestal n.º 3*, de Johann Sebastian Bach.

La velada fue todo un éxito. Hacía tiempo que el nombre de Misha había comenzado a correr de boca en boca en el mundillo musical de San Petersburgo, y desde ahí saltaría pronto al resto del país, donde actuaría en auditorios cada vez más grandes.

Un camarero se acercó para servirles a los jóvenes músicos una copa de champán, que ellos aceptaron con gusto. Una chica preciosa, de melena rubia peinada en un falso bob, y ojos y labios muy pintados, se acercó a ellos y lo besó en la boca. Se encontraba muy bebida, pero, a su pesar, Misha sintió un tirón en la entrepierna que lo obligó a controlarse.

Natalia, muy seria, se despidió con brusquedad de él y abandonó la sala.

—Parece que no le agrado a tu amiga —señaló la rubia, con malicia.

Alexei, haciéndose cargo de la situación, acudió en su ayuda y lo alejó de ella para presentarle, orgulloso, al primer ministro.

«Mañana hablaré con ella y le pediré disculpas por el comportamiento de esa mujer», pensó Misha. Debía explicarle que no deseaba tener sexo con las amigas contratadas por su padre, pero que se veía obligado a soportarlas como una molestia por el bien de su carrera.

Sin embargo, dudaba de que ella fuera a entenderlo. Es fácil juzgar cuando tu padre no pertenece a la oligarquía de San Petersburgo.

Vació la copa de champán y se marchó a conversar con los invitados.

CAPÍTULO 11



El apartamento de su compañera resultó ser un estudio de treinta metros cuadrados situado en el Madrid castizo. Las chicas se veían obligadas a compartir una cama de matrimonio, a subir varios tramos de escaleras y a soportar frío o calor según iban avanzando las estaciones, pero, por suerte, se llevaban muy bien y no les pesaba la mutua compañía.

Había transcurrido un año desde que se conocieron, y ambas se encontraban estancadas con respecto a sus carreras profesionales. Samanta acudía todas las mañanas a echar horas en la cafetería, a la que se había adaptado sin problemas y en la que acabaron contratándola a jornada completa. Los Aguirre eran jefes justos y honestos, para los que se trabajaba bien, pero su fracaso en lo musical le carcomía la sangre; sin embargo, no dejaba de componer cada vez que disponía de un rato, cuando Cintia quedaba con algún chico o si le salía algún trabajito para posar.

Todos los días, rompiendo el alba, los dueños del local comenzaban la jornada limpiando y cocinando las primeras elaboraciones del menú. Alrededor de las ocho, cuando el lugar comenzaba a llenarse de clientes que acudían a desayunar, Cintia y Samanta atendían las mesas mientras Koldo y Leyre se encargaban de preparar los pedidos. A media mañana, Cintia recogía todo, ya que la gente dejaba el espacio como si se hubiera producido una estampida de ganado, y Samanta ayudaba a la chef en la cocina para rematar las tareas necesarias. Todo se desenvolvía en perfecta armonía, y aquel día se presentaba como otro cualquiera.

—Pss, pss.

Cintia se asomó por el ventanuco por el que salían las comandas, reclamando la atención de su amiga.

—¿Qué necesitas? —le preguntó Leyre—. ¿No ves que Sam está ocupada aquí?

—¿Puede ayudarme Samanta a cambiar el barril de cerveza? Koldo ha salido a comprar algo.

Su compañera, que ya la conocía lo suficiente, notó en su voz un tono que le causó extrañeza. Al mirar a su amiga, reprimió una sonrisa: Cintia inflaba un enorme globo con el chicle y este le estalló en los labios mientras movía los ojos de un lado a otro. Sabía que estaba tramando algo.

—Vuelvo en un minuto, Leyre. —Sin darle opción a contestar, desapareció por la puerta abatible.

Al otro lado la esperaba su amiga, con los brazos en jarras y taconeando en señal de impaciencia.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —le espetó.

—Mira hacia allí. —La modelo ladeó la cabeza en dirección al único cliente que había sentado a una mesa. Samanta no vio nada anormal. Se trataba de un cuarentón moreno que se inclinaba sobre un periódico.

—Ya lo he hecho. ¿Y...? No entiendo a qué viene tanto jaleo.

—Mira con más detenimiento, por favor —le suplicó su compañera. Su rostro se asemejaba al de un gato relamiéndose frente a un tarro de miel.

—Te advierto que no estoy para juegos. Tengo mucho trabajo que hacer todavía —afirmó, malhumorada.

—¿No te suena de algo?

Samanta estaba a punto de perder los nervios. Su amiga era una persona estupenda, pero a veces, cuando daba tantos rodeos, podía llegar a resultar insufrible.

Hizo un esfuerzo y volvió a observarlo, pero seguía sin percibir nada reseñable en él. Se fijó en que llevaba la barba pulcramente recortada, y en que su apariencia era, en general, cuidada. Se notaba que vestía con prendas confortables y de buena calidad. Descartó que fuera diseñador, aunque eso nunca se sabía, ya que a veces iban vestidos de lo más normal, sin lucir ninguno de sus *looks* imposibles.

No tenía tiempo para juegos infantiles. Cabreada, se giró hacia su compañera, cuando esta le deslizó algo por encima del mostrador. Era una tarjeta de visita en la que había un nombre junto a un número de teléfono.

Miguel Aranda
A&R

El *artist and repertoire* de una compañía discográfica era la persona responsable de descubrir nuevos talentos y supervisar el desarrollo profesional de los artistas. También se encargaba de seleccionar los temas, por lo que era quien recibía las maquetas y *demos*. Además, el A&R determinaba qué lanzamientos entrarían en la radiofórmula, es decir, qué canciones emitirían las cadenas.

Samanta al fin comprendió lo que su amiga quería decirle y su rostro se iluminó como si lo hubieran encendido desde el interior. El corazón se le desbocó en el pecho.

—¡Oh, Cintia! ¡Eres la mejor amiga del mundo! —La envolvió con sus brazos, casi impidiéndole respirar—. ¿Cómo lo has logrado?

—Vale ya, tonta. Déjate de aspavientos y piensa en la mejor manera de utilizar esta información.

—La cuenta, por favor. —El cliente levantó el brazo en su dirección. Cintia asintió con la cabeza, haciéndole saber que lo había escuchado.

—¿Qué voy a hacer? —gimió Samanta, alarmada—. No puedo dejar que se marche.

—Tranquila, no te agobies. Suele venir por las tardes a tomar un café y leer el periódico. Desde que me contó a qué se dedicaba, no paré hasta camelármelo, hablándole de ti y tus ansias por ser cantante. Y por fin me ha pasado su tarjeta.

—Déjame que yo le lleve la cuenta —le suplicó—. Voy a arreglarme un poco.

—No te precipites, Sam. Mejor piensa bien lo que vas a hacer; ya sabes cómo es Koldo con este tema.

—Nunca encontraré un momento mejor que este. Koldo no está, y no pienso desaprovechar una ocasión que se presenta una vez en la vida. Imagínate que se tratara de un diseñador famoso.

El error de Samanta fue actuar sin pensar. Estaba tan nerviosa que se dejó llevar por el entusiasmo sin medir las consecuencias de sus actos. Fue al almacén donde se cambiaban de ropa y rebuscó en su bolso hasta hallar una tarjeta con el casete, al que había incorporado algunas de sus nuevas creaciones. Se pintó los labios, se recogió el pelo en un moño y roció la blusa con colonia. Se miró en el pequeño espejo de aspecto ruinoso que colgaba encima del lavabo y lamentó no poder ofrecer un aspecto mejor en ese momento. Salió a la sala, recogiendo la bandeja con la cuenta a su paso, sin presagiar el inminente desastre.

—Hola, buenas. Le traigo la cuenta. —Le dedicó a Miguel Aranda la mejor de sus sonrisas, intentando disimular los nervios. Agarró la bandeja con las dos manos para evitar que le temblaran.

—Gracias. —El hombre introdujo la mano en el bolsillo trasero del pantalón para buscar la cartera y ella pensó que ese era el momento ideal para sus propósitos.

—Mi nombre es Samanta Montoya y soy cantante. Por favor, cuando tenga un rato escuche esto y, si le gusta lo que oye, llámeme. —Le entregó la tarjeta junto con el casete, que quedó encima de la mesa.

El *artist and repertoire* posó en ella una mirada de sorpresa. El gesto de pagar quedó congelado durante solo un instante, hasta que Samanta subió la mirada y se encontró los ojos de su jefe fijos en ella. Su rostro furibundo presagiaba tormenta, y se echó a temblar. Sin esperar respuesta del hombre, se dirigió hacia la barra, donde Koldo la esperaba con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Estás despedida. —Las palabras la azotaron con fuerza—. Recoge tus cosas mientras te preparo la liquidación.

—Por favor, Koldo. No es lo que tú crees —balbuceó, consternada.

—He presenciado la escena desde la puerta. No lo empeores mintiendo.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—¿Me vas a echar sin más, después de todo el tiempo que llevo aquí sin dar una queja? Ese hombre puede ofrecerme la oportunidad que tanto he estado esperando.

—Ya conoces las reglas. No estoy dispuesto a que esto se convierta en una casa de citas. Haberlo abordado en otro lugar. Nunca me he metido en vuestra vida privada.

Los ruegos de las dos amigas no valieron para nada. El jefe se mantuvo inamovible, y Leyre tampoco intercedió por ella, por lo que, al cabo de unas horas, salió del local con sus cosas, llorando a lágrima viva.

Esa noche, más serena y con su amiga dormida en la cama, se asomó a la ventana y elevó la mirada al cielo tachonado de estrellas. Con el desánimo anidando en ella y el miedo al futuro desgarrándola por dentro, recordó los momentos despreocupados que había compartido con Cristian, tumbada en una manta contemplando la luna. Le pareció que había transcurrido toda una vida, en vez de apenas año y medio. Las lágrimas brotaron nuevamente debido a los recuerdos. Pero, en medio de su devastación, se le ocurrió una idea:

Había nacido Samy Moon, el que sería su nombre artístico.

CAPÍTULO 12



—¡¡¡Silencio!!!

Los golpes procedentes del piso de abajo eran ensordecedores.

—¡¡¡Como no te calles, llamo a la policía!!!

Samy fingió no escucharlos y continuó cantando cada vez más alto. Estaba harta de la falta de modales del viejo cascarrabias. No quería reconocer que su música podía molestar a los demás porque, si le quitaban aquello, no le quedaría nada.

En los tres meses que habían transcurrido desde el incidente que motivó que la despidieran no había conseguido ningún otro trabajo, y sus esperanzas se habían apagado como la llama de una vela que se queda sin mecha para arder. No tenía nada, solo desolación dentro de ella.

Se había marcado una rutina para no caer en la más absoluta desesperación, y esta representaba el único salvavidas al que agarrarse. Madrugaba todos los días, levantándose a la misma hora que antes, y Cintia y ella desayunaban juntas hasta que la primera se marchaba a trabajar, momento que Samy aprovechaba para limpiar el piso, el cual ahora siempre olía a fresco y resplandecía como los chorros del oro. A continuación, salía a comprar lo necesario para preparar una rica cena, que solían compartir las dos amigas, a no ser que Cintia hubiera quedado con alguien.

Su momento preferido de la jornada era a última hora, cuando, después de cenar, ambas miraban las estrellas mientras charlaban y compartían sueños con una cerveza en la mano. A su compañera la habían llamado para posar como modelo de catálogo, y eso favoreció que pudieran ahorrar algo; de lo contrario, no hubieran podido subsistir, ya que Samy se negaba a buscar un empleo que no estuviera relacionado con la música.

El resto del tiempo lo invertía en grabarse versionando canciones de artistas famosos con el objeto de controlar su voz. También componía melodías y escribía letras cuando le llegaba la inspiración. Había adquirido, en el mercado de segunda mano, unos auriculares que enchufaba a la guitarra y al teclado, y que permitían que se aislara el sonido; sin embargo, no ocurría lo mismo con su potente voz, que salía atronadora de su garganta, para descontento de sus vecinos.

Se descolgó la guitarra para consultar la hora en el reloj colgado de la pared. Se estaba haciendo tarde y no faltaba mucho para que llegara su amiga.

Bum, bum.

—¡Desgraciada! ¡Voy a subir y echar tu puerta abajo!

Ignorando los gritos, recogió los cables y la guitarra para colocarlos ordenadamente en un rincón del salón. Comenzó a preparar unos espaguetis a la carbonara para la cena.

Los timbrazos del teléfono se impusieron al ruido de la televisión del vecino, que veía a todas horas y al máximo volumen. Samy alcanzó el auricular dando una pequeña carrera y se tumbó en el sofá, dispuesta a tener una larga charla con su madre y su hermana, las únicas personas que la llamaban.

—Dígame.

—¿Puedo hablar con Samanta Montoya? —La voz desconocida la hizo ponerse en guardia. ¿Sería la policía? No le extrañaría que el viejo cascarrabias hubiera cumplido sus amenazas.

—Sí, soy yo. Dígame.

—La llamo desde los estudios Music and Sound.

Samanta pegó un respingo que la hizo incorporarse en el asiento.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó, temblorosa. Un ramalazo de excitación la recorrió.

—Mi nombre es Miguel Aranda. Usted me entregó hace un tiempo una maqueta.

Samy creyó que el corazón se le saldría por la garganta.

—Lo recuerdo. —Vaya si lo recordaba. No había pensado en otra cosa desde entonces.

—Estamos interesados en hacerle una audición. —La propuesta sonó en sus oídos como música celestial.

—Por supuesto, puede contar conmigo. Por favor, dígame la hora y la dirección y allí estaré sin falta.

Miguel le transmitió las indicaciones y poco después colgó el teléfono.

Samanta permaneció quieta durante un buen rato, envuelta en las sombras que avanzaban robando la luz del día. Solo se oía el ruido del informativo que se escuchaba desde abajo. Con los ojos llenos de lágrimas, pensó que todo había merecido la pena. La oportunidad que había estado esperando al fin había llegado.

Cintia llegó y lo festejaron a lo grande. Abrieron una botella de vino Don Simón y varias latas de conserva, ya que, al final, Samy se había olvidado de preparar los espaguetis. Cintia le propuso salir a tomar una copa, pero, aunque se moría de ganas, se negó, alegando que su voz tenía que sonar perfecta el día siguiente.



Entró en un pequeño vestíbulo decorado con pósteres y láminas de artistas famosos. Una chica muy pizpireta, con los labios bermellón y las uñas pintadas a juego, comprobó sus datos para identificarla y le pidió amablemente que esperara a que la llamasen. Samanta tomó asiento con el pulso latiéndole a mil por hora.

Por un pasillo a su izquierda apareció Miguel Aranda. Al reconocerlo, sintió que el corazón se

le subía a la garganta. Algo parecido a lo que hubiera sentido si hubiera visto ante ella al mismísimo Mick Jagger.

—Hola de nuevo. —Él le tendió la mano.

—Hola. ¿Cómo estás? —Fue la única frase que pudo articular. Estaba decidida a controlar los nervios para que no se apoderaran de ella.

—Bien, muchas gracias. ¿Vienes preparada para la audición?

—Sin duda. He esperado este momento desde hace mucho tiempo —confesó.

—Magnífico. Pasemos al estudio. Si no te importa, voy delante de ti para indicarte el camino.

Samanta consideró el gesto muy caballeroso. Llegaron a una estrecha habitación con las paredes insonorizadas. Miguel la hizo pasar a una especie de cabina y le rogó que se pusiera los cascos.

—Te voy a reproducir fragmentos de música de diferentes estilos. La letra aparecerá escrita en la pantalla que tienes delante de ti. Canta todas aquellas que te sepas, y las que no, hazme una señal con la mano y pasaremos a la siguiente. Esta prueba es para conocer tu voz, no se trata de que recuerdes muchas, sino de que las interpretes con calidad. ¿Entendido?

Samy estaba tan nerviosa que solo pudo asentir con la cabeza.

Al cabo de una hora, salió desbaratada de la habitación. Varias hebras de cabello se habían soltado de su coleta, antes tan bien peinada; tenía el rímel corrido a causa de las lágrimas y ya no llevaba pintura en los labios. Una vez que puso un pie en la calle, se echó a llorar para liberar la tensión a la que había estado sometida. Caminó como una sonámbula, sin saber bien la dirección que había tomado, hasta que se topó con una cabina de teléfono desocupada. Sin pensar, se introdujo en el interior, cerró la puerta y metió unas monedas.

Después de varios tonos, su madre descolgó el teléfono.

—Mamá, me han dado el trabajo —exclamó—. A partir de la semana que viene cantaré las canciones que sonarán en los anuncios publicitarios.

—¡Qué bien, hija! ¡Cuánto me alegro! —Doña Gertrudis sonaba realmente contenta por el éxito de su hija.

—No es lo que esperaba, pero por algo se empieza. Además, voy a ganar en un mes más de lo que ganaría trabajando como camarera —le contó exagerando—. ¡Soy muy feliz, mamá! Eres la primera persona a quien se lo cuento.

—Me alegro mucho, hija —oyó la voz de su padre—. Ahora que has conseguido tu objetivo, ya puedes volver a casa —le rogó su progenitor.

Samanta sintió como si le hubieran echado un jarro de agua fría.

—Papá —habló con dulzura—, precisamente este es el comienzo. Ahora que he dado este gran paso, no pienso volver. —Al otro lado del teléfono se hizo el silencio. Se dio cuenta de que sus padres habían conservado durante todo ese tiempo la esperanza de que su hija retornara al hogar.

—Hija, nos alegramos mucho. No te olvides de mantenernos informados. Queremos saber cómo te va en ese nuevo trabajo —intervino su madre, conciliadora.

—Así lo haré. Gracias a los dos. Cuidaos mucho.

Samanta colgó el auricular con un sabor amargo en la boca. El que tenía que haber sido el momento más feliz de su vida se había visto empañado por la actitud de sus padres, que no terminaban de aceptar que su hija quería ser artista.

CAPÍTULO XIII



Misha había dirigido la orquesta filarmónica de Milán en un concierto benéfico a favor de la infancia. Cada vez que le solicitaban colaborar en alguna iniciativa relacionada con los niños, no dudaba en hacer un hueco en sus compromisos. No olvidaba su niñez y quería aportar un grano de arena para ayudar a aliviar a las personas que lo necesitaban, en especial a los más desvalidos de la sociedad.

El repertorio había consistido en polcas y valeses, piezas escogidas con esmero entre las más populares, puesto que el evento buscaba entretener y captar a la mayor cantidad de asistentes para que compraran las entradas. La afluencia fue masiva y el concierto, todo un éxito. Los aplausos del público atronaron, hasta tal punto que tuvo que salir a saludar varias veces. El clamor fue premiado con dos canciones añadidas, para agradecérselo.

Misha se dirigió a la *suite* del hotel donde se alojaba antes de la cena que se celebraría a continuación. Era una estancia amplia, decorada en tonos marrones y negros, con un cuarto de baño y salón aparte. Se cambió de camisa y de traje, pues era normal que sudara durante los conciertos debido a la concentración que debía alcanzar para que cada instrumento fluyera, formando entre todos una perfecta cascada de sonidos que lo envolvían por entero. Cuando estuvo preparado, se detuvo delante del enorme ventanal que daba a la ciudad. Las luces del tráfico serpenteaban como estrellas fugaces a ras de suelo y se propagaban hacia el horizonte. El oscuro cielo, sin luna, anticipaba una noche de tormenta.

Se sentía satisfecho con su vida. Había cumplido treinta y un años y llevaba casi una década rodando por el mundo. Se había graduado en el conservatorio, el número uno de su promoción, y después había continuado sus estudios de director de orquesta en Moscú. Los continuos viajes nunca le habían pesado porque su existencia giraba en torno a la música y era su deseo que continuara siendo así. No imaginaba otro modo de vivir.

Misha hizo su entrada en la fiesta y muchas cabezas se volvieron para examinarlo. El esmoquin negro y la camisa blanca destacaban sobre la piel bronceada. Era alto y robusto, con el cabello rubio, casi plateado, que llevaba muy corto. Los pómulos, marcados, delataban su origen caucásico, y su atractivo no dejaba indiferente a casi ninguna fémina.

Por todos era conocido que el director era de costumbres austeras. Le gustaba levantarse temprano para desayunar tranquilo y leer la prensa antes de acudir a los ensayos, que se prolongaban toda la mañana. Por las tardes, si no surgía ningún imprevisto, gustaba de hacer deporte, como salir a correr, escuchar música mientras leía un libro o visitar museos para contemplar obras de arte. Sus vacaciones las repartía entre visitar a Alexei en San Petersburgo y viajar en verano a la casita que se había construido en Petropavlovskl, donde le gustaba navegar por la bahía y dar largos paseos. No era amante ni de saraos ni de fiestas, y solo acudía a aquellos

eventos que consideraba adecuados para la proyección de su carrera musical; además, tenía fama de no ser demasiado sociable. A pesar de ello, se desenvolvía con soltura en sociedad.

Los anfitriones de la cena lo recibieron con efusividad. Petro y Bianca Esturgo eran un matrimonio que había hecho fortuna gracias a las minas de estaño que poseían en Sudamérica. Conocidos por su filantropía, habían creado una fundación para luchar contra la explotación de menores. Petro, sofisticado sin parecerlo, desprendía la elegancia que solo las personas nacidas bajo una buena estrella exhibían con plena naturalidad. Bianca, por su parte, era la perfecta anfitriona: criada entre salones, distinguida y con un gusto exquisito, que hacía que sus invitados se sintieran tan cómodos como en su propia casa. Los dos componían un buen tándem y se hallaban muy implicados en ayudar a los más desfavorecidos, por eso a Misha le gustaba colaborar con ellos cada vez que se lo pedían.

Después de un rato conversando con la pareja, sus oídos captaron la risa de una mujer que sonó como agua deslizándose ligera por un riachuelo. Aquellas notas lo embriagaron, y su vista peinó la sala en busca de su origen hasta que se topó con un grupo de personas en cuyo centro se hallaba la chica más bonita que él había visto jamás. Su corazón comenzó a galopar en el pecho, y en aquel instante supo que haría lo que fuera para conocerla.

Dedicó un buen rato a merodear alrededor del grupo para observarla de cerca y admirar su belleza. Finalmente, se dirigió a los anfitriones para rogarles que se la presentaran, ya que le resultaba imposible apartar la vista de ella.

Pandora Jocelyn Wright era modelo profesional desde los dieciocho años, aunque llevaba trabajando como tal desde los dieciséis, edad en la que había finalizado sus estudios en una de las más afamadas escuelas para señoritas de Londres, su ciudad natal. Pertenecía a una familia acaudalada: sus padres, Richard y Anne, eran dos médicos muy prestigiosos, que nunca habían tenido suficiente tiempo para dedicarle a su única hija. Ella, criada entre lujos, siempre se había sentido abandonada y sola, y buscó en la calle el cariño que no recibía en casa. Así fue como lentamente, sin que ella misma se percatase, se había ido convirtiendo en un cascarón vacío, sin nada dentro.

Era una mujer menuda, con unos enormes ojos redondos que ocupaban gran parte de su pequeño rostro. El maquillaje ahumado que los enmarcaba le confería un aspecto misterioso. Era muy bella, ella lo sabía, y lo utilizaba para que las personas cayeran subyugadas a sus encantos. Sociable y bien educada, poseía el encanto de un jarrón de la más exquisita porcelana, de modo que estaba habituada a que todas las miradas se centraran en ella. Cuando tuvo delante al director de orquesta ruso y posó su mirada en aquellos ojos grises, sintió una atracción tan intensa que supo que no podría olvidarlo jamás.

Misha se enamoró de ella de inmediato, y esa noche fue la primera de muchas, ya que se casaron en apenas unos meses. Alimentaron su amor con deseo, pasión y anhelo; no entendían su relación más allá del sexo. Una adicción que, como tal, llegaría a destruirlos.

CAPÍTULO 14



Leonardo Morales, «Lenny», como todo el mundo lo conocía, ejercía de agente musical para la multinacional Coca Cola. En ese momento, se hallaba en el estudio e intentaba concentrarse en su trabajo en vano, debido al barullo que formaba un grupo de personas que charlaban animadamente en el pasillo a la espera de que comenzaran las grabaciones publicitarias. A pesar de haber estudiado Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid, su gran olfato comercial y el oído privilegiado que poseía lo habían llevado a desempeñar ese puesto de trabajo. Haciendo uso de una aguda intuición, seleccionaba las entradillas que mejor se adaptaban al público para que, de esta forma, las asociaran a los productos. Se había labrado la fama de ser uno de los mejores a nivel nacional.

Desde hacía unos meses, sin embargo, su trabajo ya no lo llenaba tanto como antes, y la rutina y el aburrimiento habían comenzado a dejar un poso en su espíritu. No sabía la causa, pero la música ya no le suponía ningún reto, y había transcurrido mucho tiempo desde que sintió por última vez el subidón de adrenalina que lo embargaba cuando algo o alguien lo impresionaban.

Tomó asiento, aguardando a que el pasillo se despejara, y comenzó a acariciar, distraído, el teclado con sus largos dedos de pianista. Su aspecto bohemio, acentuado por la larga melena rizada que descendía hasta los hombros, ejercía entre las féminas del mundo del espectáculo una fuerte atracción, y eso lo convertía en un hombre de éxito entre el sexo opuesto. Su cuerpo atlético y su rostro, de labios finos y ojos grises, le conferían un aspecto celestial que distaba mucho de su verdadera forma de ser, ya que, según se decía, era un duro hueso de roer, que jamás se dejaba influenciar por los productores si no estaba plenamente seguro de la idoneidad de una voz o una melodía.

Barajó trasladarse a algún lugar cerca del mar, donde retirarse en soledad para reflexionar seriamente sobre su futuro. No podía ser que, con solo treinta cuatro años, ya se hubiera cansado de su profesión. Dio por finalizada la jornada antes de tiempo, convencido de que nada más podría hacer allí. Sabía, por experiencia, que cuando se bloqueaba, debía darse tiempo. Cogió la bolsa de tela que colgaba del respaldo de la butaca e introdujo en ella su agenda, la cartera y el paquete de tabaco. Salió del despacho y, cuando apenas había recorrido unos pasos, la voz de una mujer que entonaba las primeras notas del último *hit* de ABBA, *The winner takes it all*, llegó hasta él y lo paralizó. La voz le puso los pelos de punta. Giró sobre sí mismo y desanduvo sus pasos, dirigiéndose hacia ella, que lo atraía como el canto de una sirena. Se introdujo en la cabina de sonido, donde se hallaba el técnico encargado de realizar las mezclas.

No estaba preparado para lo que encontró. Al otro lado del cristal, la chica más fascinante que había visto en su vida apareció delante de sus ojos. Vestía una falda vaquera, una sencilla blusa

de algodón blanca y unas botas de media caña. Su exótica piel cobriza resaltaba y le proporcionaba un aspecto aún más espectacular. La voz que emanaba de su garganta era aterciopelada y un tanto ronca, y lo envolvió por completo, despertando en él ese anhelo que hacía mucho había dejado de esperar. De inmediato, reconoció que tenía ante sí un diamante en bruto. Ella cantaba como si se le fuera a salir el alma del pecho; su timbre era capaz de estremecer la piel y llegar al corazón, como si estuvieran haciéndole el amor allí mismo.

Mientras él la observaba extasiado, el resto del grupo que se había dado cita ese día para grabar un *jingle* de Fanta, y que estaba formado por dos chicas y dos varones, se preparaba para comenzar su trabajo.

—¿Quién es la que está cantando? —preguntó Lenny a los compañeros de sonido. Le costó articular las palabras.

—Es buena, ¿verdad? Su nombre artístico es Sammy Moon.

La aludida continuaba cantando, ajena a todo.

—Diles que comiencen el ensayo, por favor —ordenó Lenny. Cuando aquella voz se silenció, fue como si se hubiera interrumpido un torrente de energía que lo abarcaba todo.

Todos tomaron posiciones frente a los micrófonos, atentos a la señal que daba comienzo. Ella sonrió con candidez a sus compañeros y se situó junto a ellos.

Durante un rato se dedicaron a hacer pruebas de sonido: les pedían que cantaran por turnos, que entonaran tal o cual canción sobre la marcha, que siguiera Sammy sola. En los rostros de los jóvenes se reflejaba el desconcierto, pero los técnicos alegaron algunas dificultades técnicas para acallar sus reparos, y todos se entregaron a la tarea.

Al terminar la grabación, todos denotaban cansancio. Lenny dio por finalizada la jornada.

—Pídele a Sammy Moon que acuda a mi despacho. —Sin añadir nada más, se alejó por el pasillo.

Permaneció sentado frente a su mesa, inmóvil; el único movimiento era el de sus dedos, que tamborileaban sobre la superficie de esta, invadidos por la expectación. A través de ellos liberaba la electricidad que lo recorría, aunque no dejaba que su expresión delatara su impaciencia.

Alguien llamó con suavidad a la puerta y, a continuación, la abrió.

—Adelante. Pasa y toma asiento, por favor. —Se incorporó para recibirla, agitado como un adolescente.

—Gracias. —En la cercanía, el rostro de ella parecía mucho más fresco y juvenil. Ganaba en belleza, y sus ojos de color verde turquesa derrochaban una sensualidad natural. La magnífica melena azabache brillaba detrás de los hombros.

—Mi nombre es Lenny Morales, agente musical de Coca Cola. —Extrajo una tarjeta de visita de la cartera y la depositó delante de ella. La chica la miró con cautela y la cogió con dedos temblorosos, que dejaban entrever lo nerviosa que se hallaba—. Te he invitado a venir porque he escuchado la grabación publicitaria en la que has participado y me ha impresionado tu voz. —Hizo una pausa para mirarla directamente a la cara y evaluar el impacto de sus palabras—. Me agrada lo que he oído y me gustaría proponerte ser tu mánager. Creo que juntos lograríamos grandes cosas. —Fue directo al grano, sin rodeos.

Observó, fascinado y con placer, cómo aquellos hermosos ojos se abrían desmesurados, sin dar crédito a lo que oían.

—¿Mi mánager? —Los labios de fresa se arquearon en una mueca de incredulidad—. ¿Está usted seguro?

Lo conmovió la cándida reacción. Ese mundo carecía de ella.

—Claro. —Le sonrió con más ternura de la que hubiera deseado, pero la inocencia de aquella chica lo enternecía—. Nunca me tomo los negocios a broma.

—Acepto. —Se apresuró a extenderle la mano por encima de la mesa, sonriendo para cerrar el trato. El gesto lo hizo lanzar una carcajada al aire.

—¿Vas a aceptar sin saber las condiciones del acuerdo? —No sabía cómo había ocurrido ni por qué, pero aquella chica lo hacía sentir vivo.

—¡Oh! —exclamó, azorada—. Lo siento. No había caído en ese detalle.

Lenny contuvo las ganas de seguir riendo por miedo a desconcertarla más aún.

—Mañana, cuando vengas, te presentaré un contrato para que lo estudies. Te adelanto que las condiciones serán las habituales en el gremio, ya que, en mi opinión, si un trato no satisface a ambas partes por igual, está abocado al fracaso. —No añadió que le disgustaría que eso sucediese porque creía con firmeza que ella triunfaría. Su olfato jamás le había fallado.

—Por supuesto, muchas gracias. Todo esto me ha pillado desprevenida. —Sus dedos jugueteaban con el asa del bolso.

—Léelo y consulta con quien creas conveniente. Si ves necesario que volvamos a hablar para tocar algún punto en concreto, estaré encantado de recibirte.

—Así lo haré. —Ella se esforzaba por aparentar profesionalidad, pero se la veía tan inexperta que Lenny experimentó un mal presentimiento al saber que la introduciría en un mundo tan despiadado y brutal como el de la música. Se quitó aquel pensamiento de la cabeza.

—Te aconsejo que, si llegamos a firmar, sigas con tu trabajo hasta que logre cerrar algún contrato ventajoso para ti. —Esa vez, fue él quien le tendió la mano.

—Me parece una excelente idea —afirmó con alegría—. Prometo no defraudarlo.

—Si vamos a trabajar juntos, será mejor que comiences a llamarme por mi nombre.

—Claro que sí. Hasta mañana, Lenny —se despidió pletórica.

—Hasta mañana.

Cuando ella salió, fue como si la luz del sol hubiera abandonado la estancia. Lenny se dio cuenta de que hacía mucho tiempo que no sentía aquel arrebató de emoción. Recogió sus cosas y se marchó contento.

CAPÍTULO 15



Por supuesto, firmaron el contrato según el cual Lenny ejercería de representante sin que ella pusiera reparo alguno, y para Samy fue el comienzo de la época más feliz de su vida. Los días transcurrieron deprisa hasta convertirse en meses. Ella continuó grabando anuncios, y él tomó por costumbre ir a recogerla. Cada vez que lo veía, el corazón de Samy daba un brinco, y, sin pretenderlo, se volvieron inseparables e iniciaron un tórrido romance en el que ella le aportaba a él su ingenuidad y ternura, y Lenny a ella, experiencia y madurez. Él fue la guía que necesitaba Samy Moon para dar sus primeros pasos en la complicada industria de la música.

—Parece mentira que hayan pasado más de dos años desde que nuestros destinos se cruzaron —comentó Cintia.

Las compañeras de apartamento se hallaban sentadas alrededor de la mesita sobre la que habían girado los momentos más importantes de su convivencia. Allí habían compartido alegrías y lágrimas, y esa noche cenaban juntas por última vez porque Samy partiría al día siguiente para realizar una serie de bolos en bares de diferentes ciudades de provincias, para así ir dándose a conocer. Lenny y ella habían elegido las mejores canciones del repertorio que Samy había compuesto.

—Esta cena no es una despedida; solo nos dejaremos de ver durante una temporada, pero nuestras vidas siempre permanecerán unidas —declaró Samy.

—Espero que Lenny sepa apreciar tus dotes culinarias, así como el orden y la limpieza de los que sueles hacer gala cuando te asalta la inspiración. —Ambas estallaron en carcajadas.

—Pues tú puedes probar a prepararle uno de tus platos cargado de proteínas a Andrés. —Se refería a la última conquista de su amiga, modelo de profesión, como ella—. Seguro que se relame los dedos. —Ambas volvieron a reír al imaginar la escena.

—Lo digo de verdad, amiga. —Cintia extendió el brazo para tomarle la mano—. No deseo que te marches. La vida me ha parecido menos inhóspita desde que estás a mi lado. —Las lágrimas recorrieron su rostro.

—Sé de lo que hablas porque a mí me sucede lo mismo. Los sentimientos se mezclan en mi interior: por un lado, deseo emprender un camino diferente junto a Lenny, pero, por otro, me atemoriza abandonar la seguridad que me proporciona estar contigo. —Samy le devolvió el apretón de manos reprimiendo el escozor que le producían las lágrimas al agolparse en sus ojos.

—Vamos a seguir probando las delicias que hemos preparado porque, como continuemos así, arruinaremos el momento. ¿Te apetece comenzar por los mejillones? —Le tendió el plato de papel donde habían volcado el contenido.

La mesa estaba llena de pequeñas raciones de jamón serrano, caña de lomo y queso, alimentos

con los que acompañarían las cervezas, que bebían directamente del morro de la botella.

—¿Has pensado en invitar a Andrés a compartir el apartamento contigo ahora que me marcho?

—Tengo que confesarte que sí. Desde que trabajo como modelo de catálogo, mi vida es mucho más estable y las jornadas no son tan exigentes.

»Estoy muy enamorada, pero es un chico muy guapo y todas las mujeres lo persiguen y él se deja querer. Es lo único que me genera dudas.

—Tú nunca has sido celosa. Quizás si sientes eso es porque tu intuición te manda un aviso. Aunque también te digo que la vida hay que vivirla, o luego te arrepentirás de que el temor te frenara.

—Te voy a echar de menos —le repitió su compañera—. Tú me conoces como nadie y siempre pareces comprenderme. —Permanecieron en silencio, cada una imbuida en sus propios pensamientos, mientras observaban la luna menguante que arrojaba rayos plateados sobre los tejados de la ciudad—. ¿Eres feliz junto a Lenny? Aunque no debería preguntar, porque ya te veo que lo eres.

—Sí. Nunca me he sentido mejor. Tengo claro que quiero estar con él. Además —añadió en tono de broma, para desdramatizar—, en su casa hay un cuarto insonorizado donde puedo componer y hacer mis grabaciones sin tener que soportar más gritos e insultos.

Las dos rieron al recordar aquellos meses en los que habían entablado una guerra abierta con los vecinos.

El timbre del telefonillo sonó insistente, similar al vuelo de un abejorro pero mucho más desagradable. Se miraron sorprendidas.

—¿Quién será? —preguntó Cintia, levantándose.

—No lo sé. ¿Esperas a alguien?

—Es Lenny. Dice que nos invita a una copa.

Samy se levantó y corrió al cuarto de baño para mirarse en el espejo y comprobar su aspecto.

El agente atravesó el umbral pertrechado con una botella de champán.

—Ha llegado mi chico preferido. —La modelo lo saludó zalamera con un beso en la mejilla.

—Quita de encima, pegajosa. —Samy le dio un suave empujón—. Hola, cariño. ¡Qué sorpresa! No te esperaba.

Ambos se fundieron en un apasionado beso sin fin.

—¡Qué asco de pareja! —protestó Cintia en voz alta, para que la oyeran—. Parece que no hay nadie más con ellos.

—¿Qué nos has traído? —Samy se separó de él con los labios hinchados por el beso y curioseó la bolsa que Lenny portaba en sus manos.

—Señoritas, por favor, pónganse cómodas. —Les acercó sendas sillas para que volvieran a tomar asiento.

—Habíamos quedado en que no vendrían chicos a la cena de hoy —los picó Cintia. Ambos gozaban de una relación magnífica y se divertían lanzándose pullas mutuamente.

—Da la casualidad de que este chico ha venido a festejar algo con vosotras. —El representante se adentró en la pequeña cocina—. ¿Dónde están los vasos?

—Típico de los tíos. Cuando parece que van a hacer algo por sí mismos, piden ayuda. — Cintia lanzó un resoplido.

—*Voilà!* —Lenny le enseñó unos que había encontrado.

—¿Queréis dejar de discutir como niños? Cuéntanos cuál es esa sorpresa. —Samy estaba intrigada. La paciencia nunca había sido uno de sus fuertes.

—Queridas, primero debo abrir la botella. No me aturulléis, que entonces resultará más difícil.

—Serás cretino —bufó Cintia, divertida por el teatro que estaba haciendo.

Los ojos traviesos de Lenny brillaban enigmáticos. Con gran parafernalia, la descorchó deliberadamente despacio. La espuma salió disparada a borbotones y él aprovechó para regar a ambas y mojarles la ropa. Las amigas se incorporaron entre gritos de sorpresa y él procedió a servir el líquido en los vasos.

—¡Brindemos! —exclamó, adelantando el brazo.

Ellas lo imitaron, expectantes.

—¡¡He conseguido que Samy realice una gira por el extranjero como corista de la gran estrella Rodri Dias!!

Samy se arrojó a sus brazos, chillando, y su amiga se unió a ellos. Los tres dieron vueltas saltando por el piso y lanzando exclamaciones de alegría.

—¡¡¡Silencio, gamberros!!!

El vecino de abajo empezó a aporrear el techo, pero eso solo derivó en una ristra de carcajadas de felicidad.

CAPÍTULO XVI



El ensayo había finalizado y Misha recogía sus cosas en silencio.

—¿Te apetece venir con nosotros a tomar algo? —le propuso Néstor, uno de los violinistas—. Iremos a la cafetería de aquí al lado para relajarnos un poco.

—No, gracias. —Con pesar, rechazó la oferta. A Misha le hubiera encantado responder de forma afirmativa; en realidad, le apetecía más el plan que le proponía que volver a su casa y encontrarse con Pandora.

Aún no entendía cómo había podido equivocarse tanto. Después de un año casados, su matrimonio había resultado un auténtico fracaso. Durante los primeros meses, ebrios de pasión, se habían dejado arrastrar por el frenesí del sexo, pero más tarde había ido descubriendo que no tenían nada en común. Ella era una fanática de los eventos sociales y las fiestas, mientras que él prefería evitarlos. Durante ese tiempo, su mujer había ido desechando ofertas de trabajo, una tras otra, hasta que estas dejaron de llegar; sin embargo, siguió yendo de sarao en sarao, rodeándose de malas amistades. Había comenzado a consumir estupefacientes con desenfreno, lo que había hecho que la distancia que ya los separaba se agrandara cada día más. Cada vez hacían vidas más independientes; él se había refugiado en la música, como en todos los momentos difíciles. Para ese momento, Pandora y él eran apenas dos extraños.

En silencio, abrió la cerradura de la casa que compartían. Era un bonito piso ubicado en una de las mejores zonas de Londres. La decoración era sencilla, aunque las paredes estuvieran repletas de obras de arte costosísimas. Su casa le gustaba mucho, y hubiera sido un verdadero hogar para él de no haber tenido que compartirla con su mujer.

No encendió ninguna luz y cuidó de no hacer mucho ruido, ya que, si la mala fortuna hacía que ella estuviera en casa, no descartaba volver a salir con el mismo sigilo con el que había entrado para no tener que aguantar ninguna de sus rabietas. Casi siempre estaba bebida o colocada, y en la última ocasión en que se enzarzaron en una disputa, Pandora había acabado arrojándole objetos con la finalidad de hacerle daño, reprochándole sus reiteradas ausencias y acusándolo de estar con otra mujer. Nada más lejos de la realidad, puesto que su matrimonio había actuado como una vacuna, haciéndolo inmune a los encantos de cualquier fémmina y sin ganas siquiera de mantener relaciones esporádicas con ellas. En sus actuales circunstancias, una aventura hubiera supuesto un esfuerzo mayúsculo, que no pensaba realizar.

La casa se hallaba sumida en la oscuridad y el silencio. Avanzó por el pasillo en penumbra hacia su habitación. Estaba deseando meterse debajo del chorro de la ducha. La jornada se le había hecho eterna. Al día siguiente tendrían el ensayo general previo al concierto, y esperaba que la música fluyera como a él le gustaba.

Iba tan abstraído en sus pensamientos que no se dio cuenta de que la luz del dormitorio estaba encendida. No le quedó más remedio que entrar.

Los músculos se le atrofiaron en cuanto traspasó el umbral. La habitación estaba envuelta en el desorden: las sábanas de la cama de matrimonio se encontraban revueltas, y la estancia olía a sexo y alcohol. Copas de vino y botellas de *whisky* estaban desparramadas por el suelo.

—¿Pandora? —la llamó, buscándola con la mirada. No había nadie. Una rabia ensordecedora le atravesó el pecho. ¿Desde cuándo lo había estado engañando con otro?

Con pasos enérgicos, se dirigió al balcón y abrió las puertas para dejar entrar el aire fresco de la tarde. Comprobó que su ropa estaba en el armario; no faltaba nada. El vestidor parecía intacto, e incluso las joyas estaban en su sitio.

La puerta del cuarto de baño se encontraba cerrada, pero había luz dentro. Del interior no salía ruido alguno. Empezó a inquietarse por primera vez; quizás le había ocurrido algún percance, aunque el olor de la habitación le indicara que lo que allí había ocurrido había sido más placentero que doloroso.

Empujó la manija y el mundo se derrumbó a su alrededor cuando se topó con los ojos sin vida de Pandora, que lo miraban sin verlo desde la bañera, donde yacía desnuda, como una muñeca desmadejada. Su cuello presentaba un intenso color morado.

—¡¡¡Pandora!!! —Exhaló un grito desgarrador. Corrió junto a ella para comprobar si aún seguía viva. Llorando, abrazó su cadáver. ¿Qué había pasado? ¿Cómo habían llegado a eso?

Cuando las lágrimas cesaron, se dirigió con pasos de anciano hacia el teléfono y llamó a la policía. Sentía que la vida le había abandonado el cuerpo. Nunca pensó que su matrimonio acabaría así. ¿Quién iba a pensar una cosa semejante?

Se cubrió el rostro con las manos. «Algo he debido de hacer tremendamente mal para que esto haya ocurrido», reflexionó.



La policía se personó en el domicilio, y con ella llegó Roger Baker, inspector de Scotland Yard, que comenzó a interrogarlo.

¿No comprendía aquel hombre que él no sabía nada?

Mucha gente acudió a su apartamento; el forense, junto con el juez, ordenaron el levantamiento del cadáver. Le comunicaron que se realizaría una autopsia, pero que, casi con toda seguridad, la causa de la muerte había sido el estrangulamiento.

Misha no volvió a derramar una lágrima porque todo transcurrió como en una película. Su frialdad podía confundirse con falta de sentimientos, pero lo cierto era que se encontraba en *shock*.

Fue trasladado a la comisaria para tomarle declaración. Tuvo la lucidez de llamar a Allan Smith, el abogado que gestionaba los asuntos de su padre en Inglaterra. También le dieron

permiso para telefonar a Alexei e informarlo de lo sucedido. En la voz de este notó una sincera preocupación cuando le aseguró que se haría cargo de todo y acudiría junto a Grigori para permanecer a su lado.

Cuando al fin pudo descansar, apenas faltaban un par de horas para que comenzara un nuevo día. Se encontraba destrozado; Allan, anticipándose a sus necesidades, le reservó una habitación en el Astor para que pudiera reponerse. Cada vez que cerraba los ojos, los últimos acontecimientos desfilaban ante él y lo destrozaban por dentro.

Al despuntar el alba, se duchó y se cambió de ropa con una muda limpia que el abogado se había encargado de proporcionarle. El cuerpo le dolía y la punzada que le oprimía el pecho le impedía llorar.

Pidió el desayuno en la habitación e, igual que un autómata, se marchó, pensando que si no fuera el último día de ensayo con la orquesta, no hubiera hallado las fuerzas y el espíritu necesarios para dirigirla. Sin embargo, era su responsabilidad y no podía fallarles en el último momento.

Como siempre, la música no lo defraudó y actuó como un bálsamo. Siempre había funcionado como terapia para su alma de niño abandonado, y esa vez no fue distinta.

Justo cuando iba a anunciar la pausa de media mañana, las puertas del auditorio se abrieron impetuosamente y varios agentes de la policía las atravesaron.

—¿El señor Mikhail Alexeievich Volkov? —Roger Baker encabezaba el grupo.

—Sí —logró balbucear, aturdido.

—Queda usted detenido por el asesinato de Pandora Jocelyn Wright, su esposa. A continuación le leeremos sus derechos. ¿Me ha comprendido?

Todos los miembros de la orquesta se pusieron en pie y lo observaron paralizados por la sorpresa. La mirada de algunos era de sospecha; la de otros, de tristeza. Enseguida se formaron corrillos para hablar entre sí.

—¿Qué sucede, Misha? ¿Es verdad lo que dicen estos hombres? —Néstor se acercó, nervioso.

—Yo no he hecho nada. Están equivocados. —Los policías lo esposaron y lo guiaron hacia la salida sin permitirle detenerse.

Unos días después, la prensa comentaría que el presunto asesino había tenido la sangre fría de acudir al ensayo general del concierto después de haber estado, apenas unas horas antes, junto al cadáver de su mujer muerta.

Esa misma noche, cuando las puertas de la celda se cerraron detrás de él, se vino abajo. Sin más fuerzas, se sentó en el banquillo interior y rompió en llanto. La vida que había conocido hasta el momento se había derrumbado en apenas veinticuatro horas. Fue entonces cuando comprendió que su corazón, que casi no conocía el cariño, se había dejado arrastrar por un amor enfermizo que lo poseyó hasta destruirlo bajo las llamas.

CAPÍTULO 17



La gira no le había reportado a Samy tantas satisfacciones profesionales como ella había esperado en un principio, excluyendo el goce que le producía conocer nuevos países y ciudades junto a Lenny, que iba y venía para cumplir sus compromisos laborales. Habían visitado Múnich, Viena, París y Londres antes de recalar en Milán, donde acababan de comenzar el ensayo para la actuación que tendría lugar al cabo de dos días.

Su trabajo como parte del coro que acompañaba al artista resultó mucho más duro de lo que había imaginado, a pesar de lo cercano que era Rodri Dias para con su equipo. Samy atribuía su éxito al hecho de que sus canciones tenían un ritmo muy pegadizo y las coreografías que realizaba junto a sus bailarines eran espectaculares. Su aspecto descuidado, aunque perfectamente estudiado, le daba un toque canalla que volvía locas a las mujeres de medio mundo, las cuales suspiraban por él. El musculoso cuerpo trabajado en el gimnasio, los labios generosos y el don de gentes, favorecido por su timbre de voz meloso, eran otras de las claves de su fama.

Habían dedicado horas a los ensayos, y aunque el sol declinaba, los rayos conservaban aún gran parte de su fuerza y los castigaban sin piedad. Entre todos, habían terminado de dar forma al *show* del que disfrutarían los miles de fans que seguían al cantante brasileño. Samanta, al igual que sus compañeras, iba ataviada con una minifalda de cuero y tacones muy altos. El sudor le perlaba la piel y la peluca de mala calidad que la obligaban a lucir le picaba en el cuero cabelludo. La falta de ventilación la hacía desfallecer. Notaba el maquillaje adherido al rostro, convertido en una grotesca máscara. Las plantas de los pies le dolían lo indecible y hasta le habían salido ampollas.

—¡Descanso! —La orden del jefe de sonido se escuchó con claridad a través de los potentes altavoces cuando la corista ya se creía incapaz de ejecutar un solo paso más del baile.

Su instinto la hizo inclinarse hacia delante para despojarse de la insufrible peluca. Siguiendo una corazonada, giró la cabeza y observó de reojo a Rodri, que conversaba con un hombre; ambos dirigían discretas miradas en dirección a sus compañeras y ella. Cuando cayó en la cuenta de quién era el acompañante de Rodri, el torrente sanguíneo se le aceleró.

Se trataba de Oswaldo Rodríguez, el representante de la mayor cantidad de famosos a nivel internacional. Su cartera incluía a los más grandes y aclamados artistas. La prensa le había puesto el sobrenombre de «Merlín» debido a que parecía obrar magia sobre las carreras de aquellos a los que decidía representar. Era un auténtico talismán para catapultarte a la fama.

Los latidos del corazón retumbaban en su pecho.

—Acércate un instante, por favor —la instó Rodri.

Ella intentó caminar con cierta gracia y sin que le flojearan los tobillos al andar.

—El ensayo ha ido muy bien. Tengo que felicitarte por tu fabulosa voz —la alabó el cantante, con el mismo tono seductor que le había oído emplear con el público, y por el que lo adoraban—. He pensado que te interesaría conocer a Oswaldo Rodríguez, mi representante.

Samy creyó desmayarse cuando él le tomó la mano para llevársela a los labios. Un gesto inusual y anticuado que, en aquel momento, a ella se le antojó arrebatador. En aquel momento, no reparó en los labios gruesos y pulposos del individuo, ni que estos eran húmedos, semejantes a los de un pez. Tampoco se fijó en su mirada oscura, carente de vida, ni en que su tez brillaba como el rocío de la mañana a consecuencia del sudor. La camisa, de la mejor seda, la llevaba entreabierta, exponiendo el pecho cargado de oro con el que le gustaba ostentar su poder.

En aquel instante, Samy fue incapaz de percibir la maldad que irradiaba gracias a que hasta entonces había tenido la suerte de permanecer apartada de personas como él, y no sospechaba que aquello estaba a punto de cambiar.

—¿Qué tenemos aquí? —Oswaldo lanzó la pregunta sin esperar que nadie contestara—. Una chica preciosa.

La emoción la embargó por el mero hecho de que se dirigiera a ella.

—Encantada. Mi nombre es Samy Moon. —Percibió avergonzada el temblor de su voz.

—Me han hablado muy bien de ti, por lo que Rodri y yo queremos ofrecerte participar en un dueto con él durante la actuación. Si sale bien, se te abrirían todas las puertas. —En el pecho de ella explotaron fuegos artificiales. No podía creer lo que oía. Al fin se le presentaba la oportunidad por la que tanto había luchado—. ¿Qué me dices, gatita?

—Por supuesto que acepto. Para mí es un honor que usted se haya fijado en mí.

Él sonrió, exhibiendo la dentadura blanca. Samy no pensó en que él nunca había aparecido por allí antes, de modo que era imposible que se hubiera percatado de su talento.

—Buena chica. Puedes tutearme —le concedió, henchido de satisfacción—. Si haces lo que te digo y no tengo que repetírtelo..., todo irá bien. Entonces, te garantizo que tus canciones entrarán en el top cien. —Se despidió acariciándole el cuello con levedad. Aquel gesto la desconcertó.

—Gracias. No lo defraudaré.

En cuanto se alejó, Rodri fue detrás, sin siquiera reparar en ella.

Se volvió hacia las gradas y descubrió unos ojos de hielo que la fulminaban desde el foso. Lenny acababa de llegar de Madrid, adonde había tenido que viajar para cerrar un suculento contrato para ella.

—¡¡¡Lenny!!! —exclamó, y corrió para rodearlo con los brazos. Estaba deseando compartir con él las buenas noticias; sin embargo, su frialdad la sorprendió—. ¿Qué te sucede? —lo interpeló, después del breve beso que intercambiaron.

Él la agarró del brazo, la introdujo en una caravana con brusquedad y echó el pestillo. Samy aprovechó para rascarse el cuero cabelludo como un mono.

—¿Se puede saber qué demonios te estaba diciendo Oswaldo?

—Cariño, ha sucedido algo maravilloso. Rodri nos ha presentado y me ha ofrecido que haga un dueto con él pasado mañana. —Sus ojos color turquesa chispeaban de alegría.

—No me da buena espina que hayan movido ficha sin hablar antes conmigo. No olvides que soy tu representante. —Su rostro se ensombreció.

—Este no es momento de mostrarse tan quisquilloso. —Ella no entendía el motivo de su enfado—. Me han abordado porque somos compañeros y deseaban darme una oportunidad.

Lenny la observó y la vio tan vulnerable e inocente que lo invadió un sentimiento de protección muy poderoso. Los tiburones infestaban aquellas aguas.

—Sospecho que Oswaldo se trae algo entre manos, ya que no suele comportarse de una manera tan poco profesional.

La mirada de Samy se oscureció cuando escuchó aquellas palabras.

—Lo que pasa es que eres un aguafiestas que ve el mal en todos lados. Te recuerdo que estabas de viaje y que no te encontrabas aquí en ese instante. —No pretendía reprochárselo, pero, a juzgar por sus palabras, lo pareció—. Estoy segura de que ahora que has regresado se pondrán en contacto contigo.

—Eres todavía muy ingenua. —Se acercó a ella, la estrechó entre sus brazos y acarició esa piel de terciopelo que tanto había echado de menos—. Probablemente te han ofrecido el dueto porque deben de estar haciendo campaña para acallar los rumores que sugieren que Rodri es homosexual. Te han elegido porque sin duda eres la más bonita de todas. Ellos venderán más, pero a ti te seguirán pagando lo mismo.

A Samy le molestó que la tratara como si fuera una niña sin mérito alguno y se revolvió, apartándose de su lado. Abrió la puerta y lo fulminó con la mirada.

—No te perdonaré jamás que me hayas arruinado esta noticia tan provechosa para mi carrera. —Temblaba de rabia—. Me han elegido porque canto mucho mejor que mis compañeras. —Y salió con un fuerte portazo.



El dueto fue todo un éxito y Samy pudo mostrarle al mundo su talento. Entretejió su voz con la de Rodri y ambos formaron una pareja artística perfecta. El público la ovacionó y la prensa comenzó a fijarse en ella. Además, le hicieron un pago extra por su actuación; él, propietario de los derechos de autor, recaudaría todo lo demás.

Lenny contempló impávido cómo a Samy comenzaron a lloverle invitaciones para fiestas a las que asistían actores, modelos, músicos y bailarines. El *show business* empezó a mostrar interés en ella, y Samy no rechazaba ninguna. Asistía a todos esos eventos, mientras Lenny comenzaba a sentirse un mero objeto inanimado. Cuando ella llegaba a un lugar, Oswaldo y su cohorte acaparaban su atención, envolviéndola en promesas y lisonjas a las que la joven correspondía.

feliz, dejándose llevar por el éxito.

Cada vez eran más frecuentes las borracheras, y su afición a las setas creció hasta probar todas las variedades disponibles en el mercado. Esa manera de comportarse la hacía sentir integrada en un mundo del que quería formar parte, antesala de un futuro prometedor. Actuaba convencida de que lo mejor para su carrera era darse a conocer y relacionarse con personas fuera del círculo en el que se movía su novio.

Las discusiones entre la pareja fueron aumentando, y se volvió frecuente que Lenny acabara dejándola rodeada de la nueva *troupe* que la flanqueaba.

Una noche de tantas, llegó al motel a las cuatro de la mañana, colocada, y tardó más de diez minutos en insertar la llave en la cerradura de la habitación que compartía con Lenny en San Antonio, California. Cuando finalmente pudo entrar, encontró a su novio aguardándola.

—Hola, cariño. ¿Por qué aún despierto? ¿Me esperabas? —Zalamera, se acercó dando tumbos y se colgó de su cuello.

Intentó besarla, pero él la apartó y la dejó caer, sentada, sobre la cama. Las piernas apenas la sostenían. Samy no era consciente del aspecto que lucía, con la pintura de labios corrida y el rímel emborronado en torno a los ojos.

—¿De dónde vienes? —La dureza en su voz no se diferenciaba de la de otros días similares a ese—. ¿Has estado con Oswaldo?

—Otra vez no, por favor —suplicó—. Estoy demasiado cansada para iniciar una discusión. —Arrastraba las palabras, incapaz de vocalizar con claridad.

—¿Cuándo te vas a dar cuenta de que ese tío es un depravado que solo quiere follar contigo? Tiene fama de ser un depredador sexual y un drogadicto. Me he fijado en que cada vez le cuesta más mantener las manos lejos de ti. No parará hasta convertirte en su furcia.

—¡¡¡Para ya!!! —gritó, descontrolada por la ira—. Estoy harta de tus celos enfermizos y tu afán de posesión. Te has convertido en un lastre para mi carrera. —Dominada por el efecto de las drogas, dejó que las palabras más hirientes salieran de su boca. Se arrepintió en el acto de haberlas pronunciado; así y todo, no puso remedio.

Lenny se la quedó mirando durante unos minutos. Tomó una decisión. Lágrimas incontenibles le surcaban las mejillas. Desolado, supo que la corriente de la vida la había distanciado de él de forma irreparable, absorbida por la fuerza de la marea.

Samy, aletargada y semiinconsciente, todavía contó con la lucidez suficiente durante un efímero momento para reconocer la verdad en lo dicho por Lenny. Igual que un relámpago, se le pasaron por la cabeza los roces de Oswaldo, los tocamientos. Al principio había sido muy simpático, y ella achacó sus primeros acercamientos a la casualidad, pero las caricias y apretones ya eran difíciles de obviar.

Lenny sacó del armario el macuto que ya tenía preparado y se lo echó al hombro. Abrió la puerta para salir de la habitación y de su vida.

—Adiós, Samy Moon. —Y con esas palabras, le rompió el corazón.

CAPÍTULO 18



Desde que Lenny la había abandonado, su vida personal parecía haberse convertido en un infierno. Los intentos por contactar con él durante los últimos seis meses habían resultado siempre infructuosos. Hacía tiempo que había perdido la esperanza de hablar con él, pero lo cierto es que lo echaba terriblemente de menos y sufría cada día por ello. Su único contacto con su anterior vida, como ella la llamaba, lo constituían las llamadas a su familia, a quienes seguía mintiendo, y a Cintia; ninguno de ellos podía imaginar en lo que había devenido su existencia.

Se negaba a pensar en lo que opinarían sobre ella si alguna vez lo averiguaban.

La sala de espera de Carlos Meléndez, reconocido abogado especializado en trabajar con artistas, le pareció angosta e intimidante, pero no se movió de su sitio, a la espera de que le dieran paso al despacho. Los tocamientos y palabras obscenas que le dirigía Oswaldo, así como la presión que ejercía sobre ella, eran ya insoportables. Cada vez se sentía más acorralada, y por ello había decidido tomar cartas en el asunto.

Vestía una blusa blanca a juego con los pantalones cortos, que remarcaban sus interminables piernas morenas, y ocultaba su rostro detrás de unas enormes gafas de sol. A pesar de estar bajo techo, no se las había quitado. Quería ocultar el rostro hinchado después del reciente ataque de llanto. Entre las manos sujetaba un húmedo pañuelo.

Una lágrima rebelde rodó por su mejilla. Aunque se había prometido no llorar, no hacía otra cosa desde que había acudido al psicólogo la semana anterior y este había intentado persuadirla de la suerte que tenía por lo bien que le iba en la vida y le había sugerido, como única solución a sus desvelos, tomar más pastillas de las que ya consumía.

Levantó la vista hacia la mujer de mediana edad y gesto adusto que tecleaba con furia en la máquina de escribir, rodeada por montañas de papeles. El ventilador del techo agitaba sus aspas para combatir el calor de Los Ángeles en pleno verano y a esa hora de la tarde. Deslizó la mirada por la portada de una popular revista que se hallaba encima de la mesa y sintió cómo un puño invisible le estrujaba el corazón.

En la foto central aparecía ella junto a Oswaldo, ataviado con un esmoquin de chaqueta blanca y un fino bigote sobre sus labios de pez. Los ojos, saltones, miraban a la cámara mientras la sujetaba posesivamente por la cintura. Ella sonreía con expresión vacía.

«¿Cómo va a devolverme las llamadas Lenny?», pensó. «Seguro que ya ha visto la prensa».

Las ganas de llorar la acuciaron.

—Puede usted pasar. —Hasta después de unos segundos no entendió que la secretaria se dirigía a ella, pues no había nadie más en la habitación.

Carlos Meléndez, estadounidense de origen hispano, tenía fama de ser uno de los mejores en defender a artistas que denunciaban abusos o que reclamaban indemnizaciones a las grandes productoras, a las que solía sacarles cantidades astronómicas. Tenía fama de comportarse como un auténtico tiburón en los tribunales, y se comentaba que jamás había perdido un caso.

Samy accedió al despacho y vio a un cuarentón con chaqueta bien planchada y el cabello veteado de gris engominado hacia atrás, haciendo resaltar la raya lateral. Su pulcro aspecto contrastaba con aquellos ojos oscuros, que erradicaban de golpe cualquier impresión frívola que pudiera causar su imagen.

—Buenos días, señorita. Tome asiento, por favor. —Le señaló amablemente la silla situada al otro lado de la mesa.

—Buenos días —saludó ella con timidez. Agarrada al bolso, no quiso desprenderse de las gafas de sol.

—Dígame en qué puedo ayudarla.

—Quiero que me ayude a acabar con los abusos físicos de mi representante, Oswaldo Rodríguez —soltó, sin preámbulos.

—Adelante, la escucho. —El abogado se encendió un cigarrillo después de ofrecerle uno a ella, que lo rechazó.

Samy, sintiéndose más segura, comenzó a narrarle los continuos episodios a los que se veía sometida. También el lenguaje soez con el que se dirigía a ella, el cual resultaba cada vez más humillante.

—¿Me puede enseñar el contrato que firmó con su representante, señorita...?

—Por supuesto. —Ella rebuscó en el voluminoso bolso—. Mi nombre es Samanta Montoya —le aclaró, tendiéndole el documento.

—Espero que no le importe que lo ojee mientras usted continúa hablando. Le aseguro que estaré atento a todo lo que diga.

Ella le narró la forma sutil en la que la había introducido en una espiral de drogas y alcohol, los cuales mermaban su voluntad cada vez más.

—Quiero rescindir el contrato mediante el que lo nombré mi representante. Quiero que me deje en paz y continuar con mi vida. Quiero denunciarle para que todo el mundo conozca el tipo de persona que es. —Finalizó su alegato. Ahora que había verbalizado sus sentimientos, se sentía más tranquila.

Carlos se levantó y se sirvió un vaso de agua de una jarra.

—¿Le apetece?

—No, gracias. —Esperaba con ansia su opinión.

—A ver cómo se lo explico, señorita Montoya. —La cadencia de sus palabras era lenta, como si estuviera eligiendo cuáles emplear—. El problema no es el contrato, el cual es legal en todos los términos. Las cosas que usted me cuenta no aparecen recogidas en ninguna cláusula de los términos contractuales. Usted debe elegir lo que desea: si conservar su carrera, o bien gastar ingentes cantidades de dinero y de tiempo para acabar hundida, repudiada y olvidada para

siempre. Siento ser tan crítico.

Un silencio sobrecogedor se instaló en el despacho.

—Debe pensarlo con detenimiento —continuó él—. Si desea demandarlo a pesar de todo, deberemos reunir pruebas y testimonios, y le adelanto que no será fácil, puesto que las personas que vean su trabajo peligrar nunca declararán a favor de usted. Su caso podría sentar un precedente a nivel social, pero que apenas supondría un ligero rasguño en la imagen de su representante. Sin embargo, para usted, supondría la ruina profesional y personal. Sería como si cavara su propia tumba.

»Por lo tanto, mi consejo es que, por su bien, se rodee de gente buena, porque el mundo es así de cruel y solo sobreviven aquellos que aguantan y son los más fuertes. En su profesión, el talento llega a constituir una cualidad secundaria. Solo saldrá adelante si puede resistir. Conozco a mucha gente que mataría por estar donde usted ha llegado.

Aquellas palabras supusieron un auténtico mazazo para su ya quebrado espíritu.



Samy caminaba hacia el coche con los hombros encorvados por el peso que sentía sobre ellos. En el interior de su mente reinaba la devastación.

«¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntó, desesperada.

Hasta ese momento había albergado una minúscula esperanza de que su situación cambiara. Se había negado a aceptar la realidad: si deseaba ser una artista de renombre y que su carrera prosperase, tendría que claudicar ante Oswaldo. En los últimos meses había alcanzado su cota de popularidad y ya incluso cantaba canciones compuestas por ella misma. Después de publicar un *single*, estaba grabando su primer disco en solitario, y ya había firmado los contratos para la promoción en varias ciudades de Estados Unidos.

Desgarradores sollozos se dejaron oír desde el interior del automóvil estacionado en el desierto *parking*. Pasado un rato, se quedó sin fuerzas, pero aún dominada por la angustia que le aprisionaba el pecho. Ya no podía más. Agarró el bolso y lo volcó en el asiento del copiloto. Con manos frenéticas, rebuscó entre los pintalabios, el peine, la agenda... hasta dar con lo que buscaba: un frasquito plateado. Desenroscó el tapón y vertió su contenido sobre el espejo de la polvera. Formó una raya con pulso tembloroso y la aspiró hasta no dejar rastro del polvo blanco. De inmediato experimentó el conocido alivio. Solo eso la tranquilizaba. Cerró los ojos y aguardó a que invadiera su torrente sanguíneo para recuperarse. Más calmada, arrancó el vehículo y se dirigió al estudio donde la esperaban para grabar.

Cuando llegó, tuvo que aguardar a que el grupo de acompañamiento finalizara su parte, sentada en un pequeño sofá de escay. Cuanto más meditaba sobre el asunto, más hundida y aniquilada se sentía. Oyó abrirse la puerta que daba al exterior y en ese momento se le erizó el vello de la nuca. Delante de ella se hallaba el protagonista de sus pesadillas.

Él se detuvo al verla y esbozó una sonrisa que la asqueó. Un escalofrío de miedo recorrió el cuerpo de Samy cuando Merlín se sentó a su lado y, con una mano, lentamente, mientras ella se

aferraba al bolso, le recorrió el escote; le desabotonó la blusa y empujó los tirantes del sujetador por sus hombros. Ella le permitió que dejara al descubierto sus senos, paralizada por el miedo. Para su completa degradación, notó cómo su cuerpo respondía a sus caricias, excitado. La tensión trepaba por su vientre mientras él le recorría el muslo hasta llegar a la entrepierna. Con dedos hábiles, le apartó el bolso del regazo y abrió la cremallera del *short*; frotó su sexo suavemente con el pulgar hasta introducirle el dedo corazón en la húmeda vagina, lista para recibirlo. A pesar de la sensación de repugnancia que albergaba por sí misma, comenzó a gemir, y le suplicó que no se detuviera hasta poder liberarse con el ansiado clímax.

El gemido de gozo llegó y escapó de su garganta.

Tras unos instantes confusos, su mente regresó a la realidad, y comprobó horrorizada que el personal del estudio la observaba, de pie cerca de ella. Habían presenciado toda la escena y la miraban con gestos de asombro y repulsa.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Eres una calientapollas muy ardiente. —Con una sonrisa de desprecio, Oswaldo se chupó los dedos, que aún conservaban los flujos de su vagina—. Zorra, haz tu trabajo y comienza a cantar —ordenó antes de alejarse.

Su maltrecho espíritu descendió a los infiernos mientras se recomponía la ropa. Se sentía una basura por no haberlo detenido. Sus compañeros pasaron por su lado sin emitir comentario alguno, pero el desprecio hacia ella flotaba en el aire.

Las arcadas secas y profundas subieron por su estómago. Se arrastró hacia una papelera cercana y vomitó todo lo que tenía dentro.

Nunca se había sentido tan sola. Ya ni siquiera podía llorar. Había realizado su elección.

CAPÍTULO XIX



La carrera de Misha estaba acabada. Los contratos habían ido decayendo como si se tratara de una larga cadena de fichas de dominó. Los promotores de los conciertos habían decidido querellarse contra él por las grandes pérdidas en publicidad a las que tendrían que hacer frente. Lo acusaban de comportamiento indebido, a pesar de que hubieran sido retirados todos los cargos en su contra. La presencia de su padre en Londres, junto con una docena de abogados, le había valido para salir de la cárcel. Hasta ahora no había sabido de nada ni de nadie que se hubiera interpuesto en la férrea voluntad de Alexei, quien empleaba todos los medios a su alcance, incluida la violencia, para alcanzar sus fines.

Allan había logrado liberarlo de la celda en la que había tenido que pasar aquella noche que solo quería olvidar. De vuelta en el hotel Astor, frente a una botella de vodka, con la prensa internacional dispersa a su alrededor, observaba derrumbado cómo el esfuerzo y la pasión de toda una vida se desmoronaban en un instante, igual que casas de adobe sacudidas por un terremoto.

—Deberías dejar de leer la prensa. Muchos de esos periodistas pueden llegar a ser unos desaprensivos. —El abogado británico entró en el salón para informarlo de los detalles de la acusación, puesto que había pasado la jornada en la comisaría.

—¿Quieres una copa? —Misha le sirvió un vaso de vodka y se lo tendió, anticipándose a la respuesta.

—No, gracias. No suelo beber tan temprano, y te aconsejo que tú tampoco lo hagas. Debes mantener la cabeza fría para salir de esta.

—¿Quién eres, mi padre?! —Nada más pronunciar esas palabras, comprendió que estaba pagando su frustración con la persona menos indicada—. Lo siento. No debería arremeter contra ti de esa manera.

—Disculpas aceptadas. Soy consciente del momento tan delicado por el que estás atravesando. —Desde luego, no todos los días se encontraba uno el cadáver de su mujer en casa y, además, era inculpado por su asesinato—. Al parecer, Pandora debía mucho dinero relacionado con el consumo de droga. ¿Hasta qué punto eras consciente de ello?

El agujero en el que Misha se hallaba metido se hizo más profundo. Se sentía culpable de haberla descuidado tanto. Debía haber estado más atento.

Él la había odiado por sucumbir ante las dificultades de la vida y no haber luchado, a pesar de que sentía el alma anestesiada y desprovista de emociones. Por primera vez, comenzaba a comprender los motivos que podían haber llevado a su madre a dejar de luchar, a rendirse a la desesperación que producía el genuino sufrimiento del alma. Había que ser muy fuerte, o tener una razón de peso que te impulsara a levantarte y seguir adelante. Su madre lo había tenido a él,

pero eso no había sido suficiente para que eligiera luchar. La echaba de menos. Siempre que la recordaba, la añoraba, aunque lo hubiera abandonado a su suerte.

—Casi siempre estaba colocada —contestó, haciendo a un lado sus cavilaciones—, pero jamás me interesé por los detalles. —El sentimiento de culpa se acrecentó en su interior—. Era una persona inestable y celosa. Pensé que desentendiéndome de ella conseguiría que el problema se arreglara solo. Ahora me arrepiento; quizás, si yo hubiera actuado de otra manera, no estaría muerta.

—Eso no lo sabes. Cuando bajas a un pozo tan hondo nadie sabe las consecuencias. —El abogado hizo una pausa y tomó fuerzas para decirle algo que sabía que lo heriría—. También he averiguado que se prostituía, incluso antes de conocerla, para financiar sus caprichos extras. Supongo que pasabas tanto tiempo de viaje que no te enterabas de nada.

—Eso jamás lo sospeché. —Cerró los ojos e inspiró. El dolor del pecho se agudizó y temió sufrir un infarto. Sin embargo, siguió respirando y no sucedió nada—. Estaba al tanto de las malas compañías que la rodeaban, pero preferí permanecer ciego, consumido por mi obsesión por la música. —Las ganas de llorar arreciaron dentro de él. Lo único que deseaba era que lo dejaran solo.

—También he podido averiguar que en los últimos tiempos se relacionaba con uno de los representantes más importantes del panorama artístico: Oswaldo Rodríguez.

Misha escuchaba estupefacto. No entendía cómo dos personas que se habían querido, o al menos eso creían, se hubieran distanciado tanto en tan poco tiempo. Habían vivido ajenos el uno al otro. Él siempre había priorizado la música, nunca nadie le había enseñado a amar a una mujer. Se había dejado arrastrar por la pasión, confundiendo ese sentimiento con el verdadero amor.

—Indagando entre algunos *paparazzi* que la seguían, me he enterado de que pensaba dar un giro a su carrera y probar suerte como actriz. Por lo visto, era cada vez más habitual verla en fiestas en compañía de Oswaldo; se dice que este iba a anunciar su fichaje para interpretar un papel secundario en una película de Warner.

Alexei hizo entrada en el salón de la *suite* seguido por Grigori. Ambos se acercaron a él y lo abrazaron largamente, sin pronunciar palabra. Misha los dejó hacer, arropado por el consuelo que le brindaban sus muestras de cariño y apoyo.

—Hijo —la voz de su padre, usualmente fría, sonó alterada—, han atrapado al asesino de Pandora.

—¿Cómo es posible? ¿De quién se trata?

—El camello que le vendía los estupefacientes. Ha confesado que acudió a tu casa para urgirla a que pagase todo lo que le debía. Solo pretendía asustarla, pero la discusión se le fue de las manos.

Misha notó cómo un enorme peso se le quitaba de encima. Se sintió mal por sentir alivio en vez de pesar por el trágico final de Pandora.

Allan se incorporó como un resorte.

—Si me disculpáis, voy a investigar todos los detalles. En cuanto pueda, volveré y os informaré.

Grigori lo acompañó hasta el ascensor, donde intercambiaron unas palabras. La mirada que Allan cruzó con él despertó sus dudas, que se filtraron a la velocidad de la luz en su pensamiento.

A la mañana siguiente, la prensa recogía la noticia de que Mikhail Alexeievich Volkov había sido exonerado y que el asesino confeso se enfrentaría a una posible cadena perpetua. También se insinuaba que la mafia rusa y la larga mano de Alexei Volkov podría estar detrás de la rápida resolución del caso.

Misha dejó los periódicos encima de la mesa y se giró para observar el tráfico londinense. Sus sospechas se acrecentaron, y se juró a sí mismo no parar hasta averiguar la verdad. No consentiría que un inocente pagara por un crimen que no había cometido. No se detendría hasta encontrar al verdadero culpable.

Aquellos rumores, no obstante, terminaron de hundir su carrera. Ninguna orquesta contrataría a un director sospechoso de haber asesinado a su propia esposa.

CAPÍTULO 20



Los escasos rayos de luz que entraban por las ventanas se abrían camino atravesando el denso humo del umbrío local, a pesar de que las caprichosas volutas no cejaban en el empeño de cerrarles el paso. Samy se acercó a la barra y pidió una botella de *bourbon*, se tomó una anfetamina y la tragó bebiendo un largo sorbo directo de la botella. Se limpió la boca con el dorso de la mano y, tambaleándose, se dirigió al escenario del *pub*.

Samy Moon, la famosa estrella del pop, no necesitaba hacer bolos, pero estas actuaciones le recordaban sus comienzos y no quería prescindir de ellas. Se habían convertido en una necesidad. En realidad, era lo único que elegía por iniciativa propia en su actual vida.

A sus veintiocho años, vivía peligrosamente sumergida en una espiral devastadora de sexo y drogas que la iba hundiendo cada vez a más profundidad en el pozo de la depresión. La velocidad a la que descendía era directamente proporcional a la fama que había adquirido. Todo el mundo hablaba de ella, para bien o para mal, y las entradas para sus conciertos se agotaban con meses de antelación. Sabía que todo aquello la estaba destrozando, pero se comportaba ajena a ello. Su otrora aspecto juvenil se había esfumado, y aparentaba bastantes más años de los que tenía. Estaba muy delgada, y con marcadas ojeras negras debajo de los ojos. Solamente la droga le aliviaba el sufrimiento.

La hermosa voz, grave y desgarradora, hizo que todos guardaran silencio. Cantando, narró la historia de una jovencita que quería ser famosa y no lo logró.

*Cariño, ¿qué puedo hacer por ti?
Pronto descubrirás que estás sola.
Pregunta y te dirán que es así.
Nadie hará nada por ti.*

Al finalizar el estribillo, las lágrimas le inundaban los ojos.

Se levantó del taburete y saludó con profesionalidad al público, que la ovacionaba con un cálido aplauso.



Al día siguiente habían quedado a las cuatro para realizar la prueba de sonido del concierto de Houston, Texas. Era el primero de la gira que tenían programada a lo largo de Estados Unidos.

Había veces en que, en sus pesadillas, soñaba que volvía a actuar en Europa y que su familia descubría en lo que se había convertido. Oswaldo se había dado cuenta de sus temores, y por eso, cuando deseaba que obedeciera, la amenazaba con organizar una segunda gira por el Viejo Continente.

—El primer sitio que visitaremos será Madrid, cariño. Invitaré a toda tu familia y les mandaré entradas para que vayan a verte.

El terror se apoderaba de ella, y permitía que la manoseara para que cambiara de idea.

Los dedos de Samy se deslizaron con facilidad sobre las cuerdas de la guitarra acústica. La rasgaba repetidamente para comprobar que estaba afinada y que sonaba bien. Le vino a la mente el recuerdo de su vieja guitarra española, que hacía mucho tiempo que no tocaba, y sintió una punzada de dolor. Ese era el tipo de pensamientos que no quería recordar, ya que los había encerrado bajo llave en el fondo de su corazón. No podía consentir que salieran a la superficie porque, si lo hacían, ella querría morirse. La idea de dejar de vivir rondaba a menudo por su cabeza durante los últimos tiempos. La consideraba la única salida posible a su desesperación.

Realizó una señal y tañó los primeros acordes de su último éxito. El grupo la acompañaba, sincronizado.

*Cariño, ¿qué puedo hacer por ti?
Pronto descubrirás que estás sola.
Pregunta y te dirán que es así.
Nadie hará nada por ti.*

—Vamos a tomarnos un descanso. Hay algo en el bajo que no suena bien y debemos averiguar la causa.

El escaso público al que habían invitado a asistir al ensayo la aclamó.

—¡¡¡Samy!!! —El grito de Merlín se oyó en todo el escenario—. ¡Ven ahora mismo a hacerme una mamada!

Los integrantes del equipo se detuvieron al oírlo y todas las miradas recayeron en ella.

Samy se pasó con lentitud la correa de la guitarra por encima de la cabeza para desprenderse de ella y colocó el instrumento con mucho cuidado en el soporte. Su rostro no traslucía ningún sentimiento. Con su blusa de tirantes, la falda vaquera y las botas tejanas, se dirigió, con la gracia felina que la caracterizaba, hacia las bambalinas. Sabía que, si no lo obedecía, los gritos aumentarían y que, si hiciera falta, la arrastraría por el pelo delante de todo el mundo. Se detuvo un instante para esnifar una raya de coca que la ayudara a soportar lo que le aguardaba.

Oswaldo se hallaba sentado en una silla detrás del escenario, entre cables y amplificadores. Tenía la bragueta abierta, pese a que la privacidad allí era casi nula, y se sacudía el pene para mantenerlo erecto. Se acercó a él, que la hizo arrodillarse.

—Abre la boca, zorra. Quiero que te llegue hasta la garganta y que luego te lo tragues todo. No quiero ver ningún resto en los labios. ¿Me oyes? —La agarró por la melena para inmovilizarla y le introdujo la polla en la boca de un violento empujón.

Ella obedeció a sabiendas de que todos eran conscientes de lo que estaban haciendo, pero a esas alturas carecía de emociones. Observaba la escena desde fuera, se veía allí arrodillada como si de otra persona se tratase.

Percibió el momento en que alguien se situó detrás de ella.

—Métesela para que se corra. Abre más la boca, puta.

Oswaldo la obligó a bajar la cabeza con fuerza; mientras tanto, le bajaron las bragas y la penetraron de golpe desde atrás. No supo qué le produjo más dolor: si la propia violación o la vejación que suponía.

Sin derramar una lágrima ni emitir el más mínimo sonido, hizo lo que se esperaba de ella. No era la primera vez. Obediente, tragó el semen con profundo asco mientras quienquiera que fuera el otro tipo se corría en el interior de su vagina sin ninguna protección.

—Te has portado muy bien, furcia. —Merlín acercó su rostro empapado en sudor y la besó, metiéndole la lengua para reafirmar su posesión sobre ella.

Samy no se dio la vuelta para comprobar quién era su cómplice. A esas alturas, podía haber sido cualquiera.

—Continuamos. Todo el mundo a sus puestos —ordenó de nuevo el técnico de sonido.

Las violentas arcadas ascendieron desde su estómago hasta que arrojó la última gota de bilis que había en su cuerpo. Una chica del coro se compadeció de ella y le acercó una botella de agua y clínex para que se enjuagara la boca y se limpiara los restos de semen de los muslos. Cuando terminó, volvió a su lugar y se echó la guitarra al hombro sin alzar la mirada.

Sabía que el tiempo se le acababa. No podría soportar aquella situación durante un periodo mucho más largo. Pensaba que ya no podían causarle más daño, pero su alma se desangraba inexorablemente.

Había vendido su alma al diablo y este la había recompensado con lo que ella más deseaba en el mundo: ser artista.

CAPÍTULO XXI



A Misha le había costado un año asumir que nunca más dirigiría una orquesta. Se había instalado en su tierra, Kamchatka, donde la naturaleza lo había ayudado a sanar las heridas interiores que le había ocasionado la muerte traumática de Pandora. Purgaba la culpa de que la persona que se hallaba en la cárcel acusada de matar a su mujer pudiera ser inocente, a pesar de que su padre y Allan, incluso Grigori, que era en quien más confiaba, le aseguraran que a ellos no les constaba. Todos le aconsejaban que aprendiera a aceptarlo y comenzara a vivir en paz.

Su Flying Dutchman ceñía el viento y rompía el agua de la bahía de Avacha a toda velocidad. Colgado del arnés, Misha cerró los ojos e inspiró el aroma del agua salada que le rociaba el rostro. Inhaló la fresca brisa mientras observaba las enormes gaviotas que lo sobrevolaban, escudriñándolo con curiosidad. Su piel había adquirido un tono dorado tras tantas horas al aire libre, y el cabello rubio contrastaba con los iris grises, ofreciendo un aspecto más saludable.

Había retomado la vieja costumbre de dar largos paseos por el bosque. La primavera asomaba con timidez, como si temiese no ser bienvenida. Pequeños charcos persistían en las zonas más sombrías, y el viento que soplaba de tanto en tanto seguía siendo helado; sin embargo, los primeros brotes de capullos diminutos ya poblaban las copas de los árboles.

Había retomado también los baños en las mismas aguas termales en las que se aseaba cuando era un crío, e incluso encontró, después de tantos años, el pedazo de tela podrido donde envolvía el trozo de jabón para lavarse. Solo al volver allí, a Siberia, se había dado cuenta de hasta qué punto pertenecía a aquellos páramos agrestes y salvajes.

Atracó la nave en el pantalán que había construido en la orilla que daba a su casa y, después de enjuagarla con agua dulce, se encaminó hacia la vivienda, pues debía prepararse para la cita que tenía esa tarde. Entró y se dirigió al equipo de música, donde empezó a sonar la *Primavera*, de Antonio Vivaldi. Enseguida Misha cayó en el embrujo que la música ejercía sobre él y la sangre comenzó a burbujearle en las venas.

Después de tomar una ducha, se sirvió una copa de vino y lo paladeó frente al ventanal que daba a la bahía. Gracias al éxito del que había gozado durante los años anteriores, había podido invertir sus primeros ahorros en construirse una casa cerca del bosque y a la orilla del agua. Desde allí podía contemplar los volcanes, cuyas cimas nevadas presidían el paisaje.

Llamaron al portón exterior y comprobó a través del videoportero que había llegado la visita que esperaba. Anticipándose a que sonara el timbre de la puerta, la abrió e hizo una reverencia acompañada de una floritura.

—Hola, Sonja Kuznetsova. —Se fundió en un sentido abrazo con su antigua profesora.

—Sigues siendo un jovenzuelo descarado. —La anciana le sonrió con cariño y lo besó tres

veces.

Su aspecto no había cambiado demasiado. Quizás la nariz, antes puntiaguda, se había curvado un poco más en la punta, y el peinado que lucía era más moderno, con flequillo muy corto hasta la mitad de la frente. A pesar de sus ochenta años y de tener el rostro surcado de arrugas, conservaba el carácter y la energía que siempre la habían mantenido activa.

Cuando Misha había comenzado a ganar dinero, le había regalado una casita, donde habitaba rodeada de gatos. Vivía retirada, impartiendo clases particulares de piano en su domicilio, más como entretenimiento que por necesidad.

—¿Te apetece beber algo? —le ofreció él, cortés.

—Nunca le voy a decir que no a un buen vaso de vodka.

—Cuéntame las novedades. Me tienes en vilo.

—Aquí traigo los currículums de los candidatos que he seleccionado. Revísalos con calma y me das tu opinión.

Misha siempre había tenido en mente fundar una escuela de música en Petropavlovsk, pero había estado tan atareado, inmerso en viajes y conciertos por el mundo entero, que había dejado ese sueño aparcado de forma indefinida. Sin embargo, ahora que estaba de vuelta era la ocasión perfecta para abrirla junto a Sonja. Ella la dirigiría, con su ayuda, y él impartiría clases a los alumnos más desfavorecidos, mediante un sistema de becas.

—Creo que estos son los perfiles más adecuados. —Seleccionó dos carpetas después de haberlas estudiado—. ««Natalia Ivanova —leyó—, licenciada en Piano en el Conservatorio de San Petersburgo. Luka Tachenko, violinista, egresado del Conservatorio de Moscú». Yo mismo podré impartir clases de chelo y otras asignaturas hasta que obtengamos un número suficiente de alumnos para contratar a más profesores. —Depositó los documentos encima de la mesa—. No le daré más vueltas; me pondré en contacto con ellos de inmediato, ya que me fío totalmente de tu criterio.

Ambos se encaminaron hacia la parcela que había adquirido Misha, y donde ya había empezado la construcción de la escuela. Le había encargado el diseño del proyecto a Nikolai, un joven arquitecto de la zona, porque estaba decidido a impulsar y favorecer todo lo que pudiera la economía local y así contribuir al desarrollo de la región, que dependía demasiado del sector primario.

La futura escuela de música sería un edificio moderno, con la fachada de madera y grandes ventanales para disponer de luz natural, y provisto de una moderna caldera que calentaría las aulas. Deseaba evitar por todos los medios que los alumnos pasaran el mismo frío que él había soportado durante su infancia. Tendría salas de práctica insonorizadas, despachos que conformarían el ala administrativa y, además, se había permitido un lujo que también formaba parte de sus sueños: un pequeño anfiteatro, con la mejor acústica, para dar conciertos a nivel local, ya que aspiraba a formar una orquesta con los futuros alumnos.

—Mira, también han comenzado a llegar los instrumentos musicales que has pedido —le advirtió Sonja.

—¡Tan pronto! —La noticia lo puso nervioso. Aún no contaban con ningún espacio acabado para albergarlos, y con tantos obreros trabajando en el recinto temía que recibieran algún golpe y se deterioraran.

Sorteando escombros y personas, se acercó a los grandes paquetes apilados en lo que sería la entrada. Buscó al empleado de la agencia de transportes y lo encontró apoyado en uno de ellos, llevándose un cigarro a los labios. Aquel detalle lo irritó sobremanera.

—¡Maldito sea! —lo increpó—. ¿No se da cuenta de que estas cajas contienen instrumentos que cuestan miles de rublos? No puede usted fumar cerca. Mucho menos, tratarlos de cualquier forma.

—Oiga, no me grite, que yo solo soy un humilde repartidor —lo encaró el otro—. Aquí le dejo la orden de entrega. —Sacó unos papeles del bolsillo de su cazadora. Misha leyó con atención.

—No pueden quedarse aquí —le dijo, sin más explicaciones—. Vaya usted y llévelos a la dirección que le voy a dar. —Escribió los datos de su propio domicilio—. Le aviso que, como lleguen con el menor rasguño, demandaré a la agencia.

—¿Y quién me va a pagar el trabajo extra? —El individuo puso los brazos en jarras—. Según mi albarán, la entrega es correcta.

—Yo mismo, no se preocupe. —Sacó unos billetes del bolsillo, cantidad de sobra para cubrir los gastos, y se los entregó, cada vez más irritado.

—Trato hecho. —Mostrando los dientes debajo del bigote, el repartidor le arrancó el dinero de la mano.

—Ayúdenlo a cargarlos otra vez en el camión —indicó Misha a unos albañiles que andaban cerca, con tono imperioso. Él mismo supervisó la delicada operación.

Ese fue el comienzo de la escuela de música que llevaría el nombre de su madre: Katia Chabanova.

CAPÍTULO 22



El timbre del teléfono logró colarse a través de la neblina narcótica que empañaba su cabeza. Samy se hallaba tumbada, medio inconsciente, en el sofá de la habitación de hotel que compartía con Oswaldo. La mesa auxiliar estaba repleta de frascos de medicinas y ceniceros desbordados de colillas; había botellas y vasos y restos de comida sobre la moqueta. Si le hubiera importado su aspecto, se habría apresurado a cubrir su desnudez con una bata, pero permaneció como estaba. El maquillaje de los ojos se había convertido en un borrón negro, y los labios eran apenas un manchón rojo en el centro de su cara.

Alargó el brazo, tanteando la superficie para descolgar. Normalmente no se molestaba en hacerlo, pero necesitaba que aquel ruido incesante se acallase de una vez.

—Hola. —El saludo sonó como el graznido roto de una gaviota.

—Samanta, ¿eres tú? —Su corazón aleteó. Era la mayor efusividad que le habían permitido mostrar las drogas hasta ese momento.

—Cintia... —Sus ojos comenzaron a inundarse de lágrimas—. ¡Cuánto me alegra oírte! —exclamó, con sinceridad. Se incorporó despacio, aferrándose a la tapicería con dificultad.

—¿Puedes hablar? —preguntó su amiga, preocupada— ¿Te pillo en mal momento?

—Dame un minuto, por favor.

Posó el auricular para dirigirse al cuarto de baño, con la intención de espabilarse. Allí se enjuagó la cara: los chorretes del rímel se agrandaron. Preparó una raya de coca. Ya ni contaba las que esnifaba al día, porque cuando pasaba algunas horas sin hacerlo las fuerzas la abandonaban y le costaba incluso levantarse del lecho.

Las telarañas de su mente comenzaron a disiparse. No quería demorarse demasiado, así que se apuró y regresó al salón para volver a coger el auricular.

—Ya estoy aquí. Perdona, pero tenía que ir al baño. —En ese momento, escenas de las dos compartiendo el minúsculo estudio en Madrid desfilaron por su memoria. Pese a las dificultades y estrecheces, había sido una época realmente bonita y había forjado una amistad inquebrantable entre ambas. Recordó cómo era ella en aquel tiempo, y los sueños en torno a los que giraba su vida. En ese instante cayó en la cuenta de que esa etapa no volvería jamás. Un sollozo se quedó atrapado en su garganta—. ¿Cómo me has encontrado? —La incógnita se abrió paso en su cabeza.

—Lenny me ha ayudado. —Cuando escuchó el nombre, el herido corazón de Samy dejó de latir. No había habido un día en que no lo echase de menos—. Es una larga historia, Sam, pero te lo contaré todo. Antes quisiera explicarte el motivo de mi llamada.

—Sí, claro —fueron las únicas palabras que atinó a contestar.

—Andrés me ha abandonado —Samy captó los sollozos a través de la línea de teléfono— y estoy embarazada. El muy cabrón me ha dejado tirada. Ya no tengo trabajo porque he engordado y nadie quiere contratar a una preñada.

—¿Has acudido a Koldo y a Leyre? Aunque conmigo fueron bastante injustos, ellos seguro que te echarán una mano.

—Cerraron el bar hace ya algunos meses y se marcharon al pueblo. Prefieren llevar una vida más tranquila. Esta ciudad es muy dura, ya lo sabes.

A Samy se le rompió el corazón y la acompañó en el llanto. Lo hizo tanto por su situación como por la de Cintia. Si su amiga supiera en lo que se había convertido su vida...

—Dame ahora mismo tus datos bancarios. Te voy a mandar algo para que vayas tirando mientras pienso en la forma de ayudarte con lo de tu trabajo.

Anotó los números y descubrió que su amiga seguía viviendo en el mismo piso que ambas compartieron.

—¿Podrías buscarme algo? —suplicó Cintia—. No quiero vivir de la caridad ajena, y ya solo me quedáis Lenny y tú. Hasta ahora he sobrevivido con la ayuda económica que me ha prestado él; se está portando muy bien conmigo. Hace un año nos encontramos en la calle por casualidad y quedamos para tomar café. Desde entonces no hemos perdido el contacto. Nunca habla de ti, y yo tampoco lo he presionado porque supuse que algún día tú me lo contarías.

—¿Has hablado con tu familia? Cuando nazca el bebé, su apoyo sería importante para que pudieras desempeñar un nuevo trabajo.

—Mi padre tiene Alzheimer y mi madre lo cuida. No puedo añadirle una carga más.

—Deja de angustiarte y relájate; seguro que se me ocurre algo. Quizás puedas ser mi ayudante y encargarte de todas las tareas que odio. Te llamaré pronto. Cuídate. —Le mandó un beso antes de colgar. Su corazón clamaba por estar con su amiga, así como por recuperar las riendas de su destino, aunque pensaba que no se merecía nada.



Tumbada en el sofá de la *suite*, pasó las horas siguientes con la mirada perdida en el infinito. Samy rememoró sus comienzos en Jerez junto a su familia, a la que había descuidado enormemente durante los últimos años. Descubrió que todas las escenas que recordaba de su infancia y juventud se correspondían con momentos felices. También evocó, emocionada, sus inicios en Madrid junto a su querida amiga. Sin el apoyo de Cintia, nunca hubiera conseguido que se fijaran en ella. Con nostalgia y tristeza, se acordó del día de su primer encuentro con Lenny y lo feliz que fue con él... hasta que todo se torció por su propia culpa.

Distinguió su imagen borrosa reflejada en el cristal de la ventana que daba al balcón. Comer poco y mal y beber en exceso había provocado que su aspecto físico se deteriorase mucho. Sus rasgos se habían afilado como consecuencia del abuso de sustancias tóxicas. Sus ojos eran ahora dos cuencas hundidas, y la maravillosa melena, que siempre había causado sensación, lucía apagada y sin vitalidad. La piel canela se veía reseca y sin brillo. Era consciente de que había envejecido de forma considerable. Hasta ese momento, le había dado igual, pero la conversación

con Cintia la había hecho afrontar la realidad, y lo que veía no le gustaba nada.

El pestillo de la puerta sonó al abrirse y supo que Oswaldo había llegado. Hizo su entrada en la *suite* portando un ramo de rosas púrpura, las preferidas de él. A ella ese color le repugnaba.

—Hola, muñeca. Mira lo que te traigo, son para ti. Tenemos que celebrar que has vendido veinte mil copias. Tendrás tu disco de oro. —Los labios de pez se alargaron para formar una sonrisa grotesca.

Oswaldo hizo sitio, apartando la basura, para dejar las flores encima de la mesa. Al menos no le reprochó el desorden y la falta de limpieza, que tanto le desagradaban.

Samy lo miró en silencio, con frialdad, el corazón petrificado por el sufrimiento que ese hombre le había infligido. No experimentó alegría alguna por las ventas porque sabía el precio que había tenido que pagar a cambio. En su mirada despuntaron el desprecio y el odio cuando lo vio allí de pie, luciendo una de sus estrambóticas camisas de seda. El pantalón ajustado y la barriga prominente, que sobresalía por encima, solo acentuaban el inicio de su decrepitud. El escaso cabello que quedaba lo llevaba pegado al cráneo con gomina, y nunca se quitaba el sombrero con el que ocultaba su incipiente calvicie. Pensó en cómo había podido soportar que la tocara con aquellas asquerosas manos.

—¿Qué te ocurre, pequeña? —La voz de Merlín ya no sonaba tan amable—. Parece que has llorado. —Quiso tomar asiento junto a ella, en el borde del sofá, para demostrarle un falso cariño. Bien sabía Samy de lo que aquel monstruo era capaz, pero, por primera vez, no le daba miedo.

—Déjame en paz. —Lo apartó con un manotazo, haciendo que él se resbalara. No se había metido nada desde hacía horas y el cuerpo le pesaba como una losa.

—Asquerosa. —La cara de Oswaldo se transformó en una mueca de furia—. Estoy harto de tu actitud y de tus lloros, siempre quejándote. Las letras de tus canciones son cada vez más deprimentes y no me gusta lo que insinúas en ellas. No creas que no me he dado cuenta. —Se inclinó sobre ella, amenazándola con el dedo.

Samy observó aquel rostro congestionado y baboso que se cernía sobre el suyo con una máscara de odio. Una arcada se le formó en el estómago, y se inclinó hacia un lado justo a tiempo de vomitar la repugnancia que le causaba encima de sus impolutas botas blancas.

—Eres repugnante —exclamó él, retirándose lo más rápido posible—. No pienso seguir aguantándote. Te has convertido en un patético desecho humano. Te advierto que, como vuelvas a componer otro tema de esos, te despediré y te demandaré.

—Pues, hazlo —le contestó.

—Acabaré contigo, puta. —Salió a grandes zancadas, dejando el ramo de flores abandonado sobre la mesa.

Samy se incorporó realizando un gran esfuerzo. Preparó una raya buscando entre los restos que había sobre la mesa y se tragó una pastilla apurando el *whisky* que quedaba en un vaso. No recordaba a la gente con la que había estado de fiesta la noche anterior.

Reunió la poca energía que le quedaba para hacer el equipaje con lo más imprescindible. Telefonó a la compañía aérea y reservó asiento en un vuelo para volver a casa. No pensaba permitir que ese maldito cabrón se le acercara nunca más.

Horas después, acomodada a bordo del avión que la llevaría a Madrid, mientras cruzaba el océano sobrevolando las nubes, su alma se sintió libre por primera vez en mucho tiempo, y en su interior renació la esperanza de que, quizás, aún podría arreglar todo lo que había destruido.

Parte II



CAPÍTULO XXIII



Sentía un placer inmenso dirigiendo la pequeña orquesta compuesta por veinte músicos. Su corazón rebosaba de felicidad. Había creído que no volvería a experimentar la satisfacción de sostener entre sus dedos una batuta; no recordaba el motivo.

El salón de la casa donde se hallaba no era demasiado grande, pero sí luminoso y estaba aireado. Con lentitud, sin que Misha pudiera preverlo ni entender por qué, el ambiente se tornó cargado y la decoración, a base de pesados cortinajes y abigarradas tapicerías, contribuyó a que le resultara asfixiante. Algo no iba bien. El sudor le empapó las sienes y sentía un reguero correr espalda abajo. Levantó los brazos con la esperanza de que los músicos no percibieran sus axilas húmedas, y el apremio por concluir la pieza se volvió acuciante. Empeoró cuando el sonido del desafinado clarinete se impuso a los demás instrumentos, y él trató de solucionarlo haciéndolo callar con una imperativa orden de la batuta. Sin embargo, el horror se incrementó cuando los violines hicieron su entrada formando una cacofonía de ruidos. Comenzó a encontrarse verdaderamente mal. Las náuseas y los mareos eran ya insoportables. Aterrorizado, pensó que aquello no le podía estar ocurriendo a él. Por el rabillo del ojo divisó al público, que se ponía en pie para marcharse, y él se vino abajo agarrándose el pecho. Le faltaba el aire. Cayó al suelo en medio de un ataque de ansiedad; lo último que percibió fueron los gritos que le exigían el regreso de Pandora.

Misha despertó con la respiración acelerada y el corazón desbocado. Tardó unos minutos en procesar que había sufrido otra de sus pesadillas, y que, en realidad, se encontraba acostado en su cama, en la casa de Kamchatka; donde se sentía cómodo y seguro. Permaneció quieto sin atreverse a cerrar los ojos, esperando a que la calma lo invadiera y que el ritmo cardiaco se estabilizara. Un pellizco de angustia le apretó el pecho como si fuera un puño. Los ojos se le encharcaron cuando tomó consciencia de que ya no podría dirigir una orquesta en público nunca más en su vida, y las lágrimas rodaron por sus mejillas, incontrolables.

Respiró hondo y se impelió a cerrarle el paso al descorazonamiento, ya que si la oscuridad anidaba en su interior corría el riesgo de no poder expulsarla de nuevo.

Se limpió el rostro con el dorso de la mano y decidió levantarse. No sabía si algún día el dolor que le provocaba permanecer alejado de los escenarios se mitigaría, pero, mientras tanto, seguiría volcado en la creación de la escuela. Le gustaba vivir en el anonimato, pero echaba mucho de menos el reconocimiento del público.

Desde la ventana de su despacho, observó que un taxi se detenía ante el portón del jardín de su casa. Sabía quién era aun sin verlo, ya que le había anunciado su llegada. Al cabo de un instante, el portón se abrió y por él asomó la cabeza castaña de Allan, su abogado. Enfundado en un elegante abrigo de cachemir, portaba la sempiterna cartera de piel llena de documentos. Se detuvo unos segundos para apreciar la casa y, a través de sus ojos, Misha supo que valoraba aquella construcción moderna de madera, con grandes ventanales, edificada junto al agua. La espesa vegetación la rodeaba, de modo que apenas resultaba visible entre las copas de los árboles.

Sonó el timbre, y Misha acudió a abrirle la puerta y fundirse en un largo abrazo con él. Hasta ese momento, no se dio cuenta de cuánto lo había echado en falta.

—Pasa, viejo amigo. No sabes la alegría que me da volver a verte. —Su presencia allí lo intrigaba, pero decidió no preguntar.

—Hola, Misha. ¡Estoy encantado de haber hecho un hueco en mi agenda para poder visitarte! ¡Por fin voy a conocer tu refugio más secreto! —El visitante lanzó un silbido de admiración al ver la sala de estar, revestida de gruesas alfombras y con las paredes cubiertas de obras de arte—. Amigo, ahora me doy cuenta de por qué no hay quien te saque de aquí. Me encanta este sitio.

—Déjate de cumplidos y acomódate mientras nos traen algo que llevarnos a la boca. —Lo invitó a sentarse en el salón frente a la chimenea encendida. Olga, la chica que se encargaba del hogar, se ocupó de trasladar las pertenencias del visitante a la habitación de invitados.

Los dos se pusieron al día de las novedades durante toda la tarde, dilatando el momento de exponer la verdadera razón de la presencia de Allan en Petropavlovsk. Este le contó todos los chascarrillos del mundo al que una vez perteneció, y del que permanecía exiliado. Habían reído y bebido mientras comían y disfrutaban de su mutua compañía, hasta que las luces se encendieron y las sombras se apoderaron del paisaje exterior.

—Misha, supongo que imaginarás que, aparte de por el placer de verte, me he trasladado hasta aquí por un motivo.

La temida hora había llegado. Sabía que las noticias no serían agradables.

—Debo admitir que me da miedo preguntar.

Un largo silencio se instaló en la sala mientras continuaban degustando las bebidas sin emitir sonido alguno. Solo se escuchaba el crepitar del fuego.

—Me ha llegado una propuesta para ti, pero quiero que me prometas que la vas a estudiar con detenimiento antes de dar una contestación. —Esas palabras dispararon todas las alertas en el músico.

—No des tantos rodeos y dime de qué se trata. —De repente, quería saberlo. Necesitaba conocer la propuesta con una urgencia que no sentía desde hacía mucho tiempo, tanto que casi lo había olvidado.

—Amigo, creo que no te va a agradar. En otro tiempo, ni habría contemplado la posibilidad de sopesarla antes de arrojarla directamente a la papelera, pero sabemos que las circunstancias han cambiado. —Se inclinó hacia la cartera, que había dejado cerca, y extrajo de ella un gran sobre marrón, que depositó delante de su cliente—. Como ya te he dicho, estúdialo con calma. Ahora, si no te importa, me voy a descansar; mañana responderé a todas tus preguntas, cuando estés preparado.

Cuando Allan se hubo retirado, Misha cogió el sobre, que le quemaba en las manos, y sacó los papeles. Se trataba de un contrato; comenzó a leerlo con impaciencia: le proponían participar en una gira de cinco conciertos junto a una artista pop, una tal Samy Moon. El nombre le sonaba, pero no logró ubicarla en ese momento. Nervioso, rebuscó en el interior del sobre hasta dar con unos pequeños recortes de prensa, que se esparcieron sobre la mesa. También había una foto de una chica. Al observarla, el corazón le dio un vuelco. Tenía los ojos verde turquesa más impactantes que Misha había visto en su vida. Miraban a la lejanía y estaban bordeados por una espesa capa de pestañas, del mismo tono oscuro que su cabello. Ambas tonalidades contrastaban

con el color cobrizo de su piel, haciéndola hermosísima.

Cogió los recortes de prensa en los que se reseñaba su breve carrera de estrella fulgurante, salpicada de orgías y escándalos. Comprendió por qué su abogado había solicitado una reunión con él sin darle explicaciones. No paró de leer hasta que se embebió de los detalles más escabrosos, pero llegó un momento en que no pudo soportarlo más y se levantó, furioso y dolido.

¿Cómo era posible que a alguien se le hubiera ocurrido por un instante que el renombrado Mikhail Volkov se iba a unir a aquella miserable? Eso solo ocurriría por encima de su cadáver.

A primera hora de la mañana siguiente, sin apenas haber pegado ojo, se dirigió al bosque. Necesitaba estar solo y recobrar parte de la serenidad que le había sido arrebatada al recibir aquella descabellada proposición.

Realizó una larga caminata dejándose envolver por la naturaleza. El canto de los pájaros, el susurro de las hojas y el zumbido de los insectos conformaban una armonía para sus sentidos. Cuando el cansancio comenzó a hacer mella en él, se dio la vuelta para dirigirse a las aguas termales. Allí se tumbó; era su remanso de paz. Dedicó un buen rato a observar cómo los tímidos rayos de sol se abrían paso entre las ramas de los árboles, formando un juego de luces.

Se preguntó cómo había podido sucederle a él todo aquello. Su única alternativa para volver a los escenarios pasaba por rebajarse a actuar junto a una desconocida recién salida de las cloacas. No sabía cómo tomarse semejante humillación en su caché.

Cuando llegó a su casa, ya había pasado el mediodía. Al entrar, se encontró a Allan y a Sonja saboreando un vaso de vodka mientras charlaban como viejos amigos, escuchando música de fondo.

Aquella voz... aquella voz lo embrujaba y lo hacía vibrar. No había sentido nada parecido jamás. No la había escuchado antes, o la hubiera reconocido de inmediato. Lo supo con certeza: no era de las que se olvidan. Obraba magia cuando cantaba. Sin duda, era una verdadera artista.

—¿Te acuerdas de cuando actuábamos juntos? Imagínatela cantando con una orquesta dirigida por ti. —Sonja cerró los ojos, sonriendo para sí misma. Sabía que su chico necesitaba tiempo para asimilar la nueva situación. Había sufrido mucho.



Después de una semana sin dormir y de prestar oídos a toda la música que encontró de Samy Moon, Misha reconoció que volver a dirigir era lo que más ansiaba en el mundo. Durante el tiempo que llevaba alejado del escenario se había sentido como si le hubieran amputado un brazo y, sin embargo, continuara experimentado dolor en él.

Tampoco podía desdeñar las condiciones económicas. Había gastado una fortuna en su defensa judicial y en tratar de limpiar su imagen, así como en la construcción de la escuela. Necesitaba ganar dinero con urgencia, ya que no quería depender de su padre y sus negocios turbios.

Comprendió que no le quedaba más remedio que aceptar la propuesta.

Firmó el contrato para la gira y Allan se marchó. Misha acordó con su antigua profesora que, mientras él estuviera ausente, ella se haría cargo de sus asuntos allí. Solo esperaba regresar lo más pronto posible y que acabara aquella degradación.

CAPÍTULO 24



Había transcurrido un año desde que Samy había ingresado en una clínica madrileña, y el proceso de rehabilitación había sido para ella como un infierno. Ahora era consciente de que cuando llegó a España e internó en el sanatorio, lo hizo en un estado realmente lamentable. Las garras de las drogas se habían apoderado de ella, destrozándola por dentro. Durante los primeros meses había pasado la mayor parte del tiempo acostada, sin apenas fuerzas para hacer otra cosa que no fuera observar el vacío, o mirar por la ventana. Eso acarreó como consecuencia la imposibilidad de participar en terapias y de relacionarse con los demás pacientes hasta bastante más tarde. También hubo que tomar en consideración que las medicinas que le prescribieron para ayudarla a pasar el síndrome de abstinencia contribuyeron bastante a su letargo. El médico le aseguró que también era necesario curar el alma, y eso requería más tiempo que la propia sanación física.

Sentada en un banco del jardín, salpicado de pinos, palmeras y cubierto por un extenso manto de césped, Samy observaba a los visitantes que habían acudido a la clínica mientras aguardaba la llegada de Cintia y Fanny, la hijita de esta. Gracias a sus amigos había sobrevivido a aquel duro proceso en el que su organismo se había liberado al fin de la droga. Su familia, cuando se enteró, la había repudiado, tal como ella temía. Ahora era una mujer mancillada y la vergüenza de todos los gitanos de Jerez. Solo su madre y su hermana se atrevían a llamarla de vez en cuando, a escondidas del padre.

En la clínica se insinuaba que pronto recibiría el alta, y eso la asustaba. Al principio eran comentarios sutiles, aislados, pero poco a poco se habían vuelto más frecuentes. Ella hacía como que no los escuchaba, porque cada vez que pensaba en enfrentarse al mundo real, este se le antojaba una selva indómita y el corazón le palpitaba con fuerza. El sudor le cubría la frente y sus miembros tiritaban de pánico. En esa burbuja pacífica y protectora se encontraba a salvo de todos; era un remanso de paz para su espíritu maltrecho.

Desde que Lenny y ella se habían reencontrado, él comenzó a encargarse de sus asuntos, como antaño. De forma natural, sin que ninguno hubiera hablado sobre ello, se preocupaba de manejar a la prensa y los rumores que habían surgido acerca de sus problemas con las drogas y el abandono a Merlín. Había paliado las campañas de desprestigio con notas de prensa que contrarrestaban los comentarios que filtraba Oswaldo, en los que la acusaba de ruptura de contrato. Samy carecía de contacto con el exterior dado que el reglamento del centro lo prohibía para que nada alterase la recuperación de los pacientes hasta la sanación total. Sin embargo, algo había oído a través de los propios internos, a los que les llegaban las noticias por mediación de familiares y amigos. A pesar de ello, Lenny la había mantenido protegida contra todos.

—Hola, Samy. —La voz de su amiga la sacó de sus pensamientos.

—¡Os estaba esperando! —exclamó con alegría. A Samy se le iluminaron los ojos cuando vio el carrito que empujaba su amiga—. Hola, preciosa. Eres una auténtica hermosura. —Se incorporó para saludar a Fanny, que gorjeaba sonidos ininteligibles y tiró al suelo el peluche que sujetaba. Samanta se agachó para devolvérselo. Aquel bebé le había arrebatado el alma desde que nació—. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó a Cintia, que tomó asiento con aspecto cansado.

—Muy bien, gracias. Fanny es un auténtico diablillo que no me deja respirar en todo el día. No puedo quitarle un ojo de encima porque todo lo que se le ocurren son travesuras. No quiero ni pensar en lo que hará cuando aprenda a caminar.

—Ten paciencia, amiga mía. Cuando salga de aquí, podré ayudarte a criarla. Viviremos las tres juntas, como en los viejos tiempos.

Lenny apareció de súbito. Se sentó a su lado sin saludar a nadie; ni siquiera miró a Fanny a pesar de que a Samanta le constaba que perdía el seso por ella. Parecía alterado.

—Samy, tenemos que hablar.

—Si os parece, yo voy a pasear a la niña para que podáis charlar con tranquilidad.

Samy se preguntó si había dicho algo que pudiera molestarla, pero enseguida lo descartó. Se inclinaba más bien por pensar que algo había sucedido entre aquellos dos que no le habían contado. Hacía tiempo que venía notando cierta tensión entre ellos cuando estaban juntos. No pararía hasta averiguarlo, ya que eran las dos personas a las que más quería en el mundo, y los únicos que habían permanecido a su lado.

—¡Oh, no! Quédate, por favor. No hay nada que me guste más que estar cerca de Fanny. —La interpelada balbucía feliz, subida al regazo de la cantante.

—Como quieras —se rindió Cintia—, pero si te demanda demasiada atención no digas que no te lo advertí. —La joven madre parecía agradecer el rato de descanso.

—Bobadas. —Desechó el comentario con una mano—. Esta ricura nunca molesta. Es la mejor. —Comenzó a hacerle arrumacos mientras el bebé sonreía radiante. Fanny era uno de los pocos motivos de alegría que le quedaban.

—Tengo que hablar contigo seriamente —reiteró Lenny, con formalidad—. He estado trabajando en una idea para propiciar tu vuelta a los escenarios. No quise decirte nada para que no te agobiaras, pero he lanzado una propuesta y... nos la han aceptado. Ese contrato representa una oportunidad de oro y necesito que lo comentemos. De ese modo, el público conocería otra faceta tuya y reflexionaría sobre los bulos que han girado en torno a tu persona.

—Pero los tres sabemos que no todo lo que se ha dicho sobre mí es falso. ¿Verdad? —señaló con tristeza.

—Deja esa actitud derrotista y escucha lo que tengo que proponerte —la regañó Lenny—. Tú nunca has sido una cobarde. —Le tomó la mano entre las suyas y se la besó con cariño. Aquel gesto era lo más cerca que habían estado de la intimidad que un día existió entre ellos.

—Tú me dirás. —Tantos rodeos le causaban escalofríos, que se sumaban al temor de volver a los escenarios.

—He hablado con el representante legal de Mikhail Volkov, el director de orquesta, y hemos acordado una gira juntos por Europa, cinco conciertos en total, versionando algunos temas clásicos. La publicidad os ayudará a ambos a reflotar vuestras respectivas carreras. Además, podréis llegar a un público más amplio: él a tus fans y tú, a los suyos.

La noticia cayó como un mazazo en Samanta. Se acordaba vagamente de haber visto a ese hombre en la prensa. Le había parecido un estirado de narices.

—¿Te refieres al ruso mafioso al que acusaron de asesinar a su mujer? —Solo el hecho de tener al bebé en su regazo impidió que se levantara para huir de allí—. Creo que es una idea descabellada. Ese tipo es un delincuente. Solo escuchar tu sugerencia me produce angustia.

—Lo estás prejuzgando, igual que la gente hace contigo tachándote de drogadicta sin moral.

Las palabras de Lenny le dolieron porque sabía que eran ciertas.

—No creí que las cosas estuvieran tan mal —susurró. Devolvió al bebé a su madre.

—No entiendo por qué rechazas la idea, Samy. Sería un golpe maestro en tu reaparición formar pareja musical con él durante un tiempo. Estoy seguro de que el mundo caerá rendido a vuestros pies. Te pido que confíes en mí.

—Me da miedo. Temo enfrentarme al exterior, esa es la causa de que ponga tantas pegs. No me siento preparada —confesó, con lágrimas en los ojos.

—Hazme caso cuando te digo que sí lo estás. Te prometo que esta vez no me apartaré de tu lado —aseguró su representante. Samy sabía que se sentía culpable de haberla abandonado en manos de aquellos depredadores.

—Y yo te atenderé en lo que necesites. No olvides que me prometiste un trabajo —bromeó su amiga—. Eso, si no te importa que la pequeña venga con nosotros, claro. Lenny tiene razón: esta vez no estás sola.

Samy inhaló hondo y se obligó a esbozar una sonrisa.

—¡Qué buena idea! —Miró a la pequeña Fanny; lo que más ilusión le hacía era la perspectiva de tenerla cerca—. Contrataremos a una cuidadora para que nos ayude. Seremos una familia, todos unidos; con vosotros a mi lado, estaré segura.

No se sentía tan resuelta como quería aparentar, pero sabía que había llegado la hora de ser valiente y salir al mundo. Ella sola no lo conseguiría, pero junto a sus queridos amigos tendría al menos una oportunidad. Por primera vez en mucho tiempo, la esperanza renació dentro de ella.

CAPÍTULO 25



Las lámparas de araña del techo reflejaban la luz que se filtraba a través de los amplios ventanales que flanqueaban el salón de tarde del hotel George V de París. La estancia olía a las flores frescas que adornaban los jarrones, una proliferación de rosas, claveles y gladiolos de colores que lo hacían asemejar a un vergel. La ornamentación de las paredes era profusa y grandiosa.

Misha vestía una impecable chaqueta azul marino combinada con camisa blanca y corbata de Hermès. Atendía desde hacía media hora a los medios, sin que Samy Moon hubiera hecho acto de presencia en la rueda de prensa programada con el fin de anunciar al mundo su vuelta a los escenarios y dar detalles acerca de los futuros conciertos que se celebrarían en París, Londres, Hamburgo, Viena y Milán.

—¿Nos puede proporcionar información sobre su actividad durante estos últimos meses? — La pregunta la hacía una reportera de *Le Figaro* de ojos saltones y dientes de roedor.

—Me he dedicado a abrir mi propia escuela de música.

—¿Cómo ha transcurrido su vida después del desagradable incidente? — Esa mujer estaba a punto de hacerlo perder los nervios. Solo quería sacar a relucir toda la basura del pasado.

Misha, nervioso porque su compañera no llegaba y empezaba a temer que lo dejase allí plantado haciendo el ridículo, se obligó a no perder el control que lo caracterizaba.

El enfado bullía en su interior. El comportamiento de Samy Moon le parecía una desfachatez y una imperdonable falta de cortesía. Él llevaba allí desde el principio, aguantando las preguntas impertinentes de la prensa. Todavía no había tenido el dudoso gusto de conocerla, pero, por lo que había investigado sobre ella, la consideraba muy capaz de dejarlo tirado. Su carácter le parecía voluble y antojadizo.

Ignoró a la periodista como si fuera tan solo un gusano en su camino y buscó con la mirada a Lenny, el representante de Samy Moon. Lo descubrió echando un vistazo al reloj de pulsera, señal inequívoca de que también estaba impacientándose. Avanzó abriéndose paso entre reporteros y productores musicales para llegar hasta él, pero, entonces, en la entrada se formó un revuelo que lo hizo detenerse.

De pronto estalló la locura. La masa de fotógrafos se desplazó al unísono hacia la puerta, empujando y gritando para atraer la atención de ella, y en un instante Misha se quedó solo en la estancia.

Samy Moon hizo su entrada triunfal. A pesar de vestir como una estrafularia, era tan guapa que costaba desprender la mirada de ella. Con aquellos rasgos extremadamente bellos, era capaz

de cautivar al mismísimo diablo. Los medios de comunicación nacionales e internacionales la rodeaban como un enjambre. Ella sonreía seductora, con un pitillo apagado entre sus voluptuosos labios pintados de rojo.

La artista hizo una parada en el umbral, posando con la desfachatez que solo puede irradiar una actriz consumada. Conocedora del impacto que causaba, se dedicó a girar y a moverse para que pudieran captarla desde todos los ángulos y en todas las posturas imaginables. Apoyaba la mano en el marco de la puerta, se inclinaba, sonreía, lanzaba besos...

El estupor que produjo en Misha su entrada se acrecentó cuando este se fijó en su indumentaria: una camiseta negra, dos o tres tallas menor, le comprimía el busto y dejaba al descubierto el ombligo; en la pechera destacaba, impreso en purpurina plateada, un puño con el dedo corazón estirado. Encima lucía una cazadora negra muy corta, y la falda de cuero dejaba al descubierto sus interminables piernas, aún más largas por efecto de las altísimas plataformas. Se había maquillado en exceso, resaltando sus ojos verdes con sombras negra y morada. El cabello lo llevaba recogido a la altura de la nuca, en un apretado moño religado a base de pequeñas trenzas.

—Encantada de conocerte. —Lo saludó en voz alta y se acercó a él con pasos majestuosos, seguida de su cohorte. Su voz era seductora, como la que una reina dirigiría a su súbdito. Agarró el cigarrillo apagado entre los dedos índice y pulgar para lanzarle a la cara un humo inexistente.

Misha correspondió al saludo como un autómatas, por puro instinto, y se inclinó para besarle la mano.

Ella le sonrió.

Misha tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para mantener el muro de hielo que lo protegía. Su rostro pareció tallado en piedra mientras la ira en estado puro discurría por sus venas.

La descarada de Samy Moon acababa de declararle la guerra.



Lenny atisbó a Cintia entre el público y se aproximó a ella con la preocupación cincelada en el rostro.

—¿Qué te parece eso? —Abarcó el salón con vaguedad para que no lo percibiera la prensa—. No tiene buena pinta, ¿verdad? —A pesar de la pregunta, su mirada aún conservaba un matiz de esperanza de que aquello no se convirtiera en un auténtico desastre.

—Ella olfatea a su presa para decidir qué actitud tomar. —El comentario de Cintia tampoco resultaba muy esperanzador.

—Yo creo que, como siga provocándolo, conseguiré espantarlo. —Allan se les unió—. Costó mucho convencerlo para que accediera a actuar con ella.

Las tres personas más cercanas a ellos fueron testigos del desarrollo de la rueda de prensa, que habían ensayado a la perfección (cada uno por su cuenta) y que transcurrió sin sobresaltos porque ninguno tuvo a bien salirse del guion establecido. Eso los hizo lanzar un suspiro de alivio.

Eran conscientes de que si el acuerdo no salía bien, lo más probable era que no hubiese una tercera oportunidad para ellos.

Cuando el turno de preguntas finalizó, ambos se colocaron delante de un cartel en el que se anunciaba la primera de las actuaciones, que tendría lugar en la sala Pleyel, en la capital francesa. Las cámaras disparaban a discreción para captar la imagen insólita de dos de los artistas más controvertidos y antagonistas del momento: un director de orquesta instruido en música clásica y una cantante sin formación académica, pero poseedora de una de las voces más bonitas del mundo.

Él posó envarado, con expresión hierática, luciendo su atuendo clásico; ella, llamativa y estrambótica, adoptó diferentes posturas, disfrazada con las prendas que se le había antojado ponerse para la ocasión.

Hielo y fuego: una mezcla explosiva.

CAPÍTULO 26



El aforo de tres mil personas de la sala Pleyel estaba completo. Misha curioseaba nervioso a través de los resquicios que quedaban entre los pliegues del gran telón rojo. Ese acto en sí le parecía de lo más humillante, porque jamás en otros tiempos se le hubiera ocurrido actuar de tal manera; sin embargo, en esa situación, después de caer hasta los infiernos, debía conformarse.

Desde que había aceptado participar en la gira, tenía el corazón en vilo y se preguntaba qué tipo de público se reuniría para ver actuar a dos artistas tan dispares como ellos. Le causó verdadera impresión la mezcolanza que descubrió en el público. En la primera fila se reunían una señora entrada en carnes, muy arreglada con un traje bermellón a juego con sus gruesos labios, un elaborado moño alto y enjoyada, con un chico joven que lucía rastas y *piercings*. Se notaba que este también había querido ponerse sus mejores galas: ropas holgadas de color azabache, botas de cuero con grandes suelas de goma y anillos plateados en todos los dedos de la mano. Del cuello y las mangas de la camiseta escapaban los tatuajes que cubrían su piel.

Misha pensó que las normas sociales y el protocolo se habían perdido en todos los órdenes de la vida contemporánea. Incluso el mundo del sinfonismo no era ya una excepción: entre los directores de cámara, la ausencia de vestimenta formal se había establecido de tal manera que algunos llegaban al extremo de utilizar como uniforme camisas negras desabotonadas. Por supuesto, ese no era su caso: para el primer concierto había elegido un espléndido frac negro con pajarita, que se adaptaba como un guante a su portentosa figura. No era partidario de las extravagancias modernas, puesto que el director de una orquesta sinfónica había sido tradicionalmente considerado como el paradigma de la etiqueta, pero ese rigor iba desapareciendo a pasos agigantados. Le parecía una falta de respeto hacia los músicos a los que iba a dirigir, que se veían obligados a vestir de forma adecuada.

—Gracias por ser tan puntual. —Los gestos de Lenny delataban que él también estaba nervioso. Se estiraba los puños de la camisa compulsivamente.

—¿Le falta mucho a tu representada para estar lista? No me gusta la impuntualidad; nos resta seriedad. —Se negaba a llamarla por su nombre. Era un acto de rebeldía con el que mostraba su desagrado hacia ella, aunque siempre intentaba ser cortés para que no se lo tachara de maleducado.

—Pensé que mostrarías una imagen más casual. La mayoría de los directores se decantan por un aspecto más informal cuando acompañan a artistas pop. —Lenny no pudo pronunciar en aquel momento unas palabras que a Misha le parecieran más inconvenientes.

—La relajación de las costumbres no nos impide ser exigentes con el atuendo que debe portar cada persona en cualquier faceta de la vida, no solo por respeto a la actividad que desarrolla, sino hacia los demás, que, en última instancia, somos los destinatarios de nuestro arte. No te olvides

de que los músicos también visten de etiqueta. —Misha introdujo el dedo índice dentro del cuello de la camisa, como si esta lo oprimiera. Fue un acto reflejo debido a la incomodidad que le habían provocado las palabras de Lenny.

Un revuelo de voces seguido de pasos acelerados resonó entre bambalinas.

—Parece que ya llega Samy.

La impaciencia de Misha y sus escasas ganas de encararla lo hicieron dar un paso adelante para salir al escenario. De inmediato, los calurosos aplausos del público lo envolvieron. Él correspondió con inclinaciones y se llevó las manos al corazón, agradecido de verdad por aquella inesperada acogida. La emoción del momento lo sacudió como una descarga eléctrica que lo devolvió a la vida. El tiempo que había permanecido alejado de la música se le antojó un mal sueño.

Una vez finalizado el largo aplauso, el público recobró el silencio, a la espera de que apareciera la estrella. Cuando las luces se apagaron, comenzaron a escucharse los primeros murmullos de incredulidad e impaciencia, dado que ella seguía sin aparecer.

Misha se volvió hacia el atril, donde yacían las partituras pulcramente ordenadas, y simuló revolver entre los papeles como si buscara algo. Un escalofrío le recorrió la espalda y el sudor frío se apoderó de su semblante.

«Esa hija del mismísimo demonio no me dejará aquí colgado, ¿no?». Intentó no entrar en pánico. Comenzó a arrepentirse de haberse presentado en el escenario de forma tan precipitada y sin esperarla a ella.

Pasó un rato, que quizás fueron segundos, hasta que las primeras y tímidas palmadas se transformaron en aplausos enfebrecidos que dieron la bienvenida a Samy Moon. Potentes aclamaciones y todo tipo de piropos llenaron el ambiente, expresando que durante su ausencia la habían echado de menos.

Cuando el director se atrevió a girarse, preparado para recibirla, ella pasó por delante de él, deslumbrante. Al contemplarla, el cuerpo de Misha reaccionó con una tensión inusitada en su bajo vientre. Ella, ajena a la impronta que dejaba, se exhibía con el rostro opacado por el exceso de maquillaje, el cabello recogido en pequeñas trazas pegadas al cráneo y una falda corta de cuero que dejaba al descubierto sus piernas. El torso lo tapaba a duras penas un chalequillo de flecos.

El desplante de que no lo saludara, unido a la falta de seriedad en su atuendo, lo hizo apretar los dientes. Una vena cerca del ojo comenzó a palparle. No estaba acostumbrado a que lo ignoraran cuando ejercía de director de orquesta. Sin embargo, ella se paseó por el escenario como si no existiera el resto del mundo. Sus pasos eran elásticos y le recordaron a los de algún tipo de felino cuando rondaban por los páramos salvajes de Kamchatka.

Por fin se hizo el silencio cuando Samy Moon se sentó en la banqueta frente al piano. Comenzó a tocar sin respetar su señal de inicio. Estupefacto y rabioso, hizo una indicación a la orquesta para que la siguiera. Habían consensuado arrancar el repertorio con una adaptación del bolero *Piensa en mí*, del famoso compositor mexicano Agustín Lara. Luego, continuarían con una selección de las mejores composiciones de la propia artista.

Perplejo por su osadía, Misha la miró durante unos instantes; ella esbozó una sonrisa sardónica que le confirmaba que aquella era su venganza por no esperarla para salir a escena. La vio cerrar los ojos antes de empezar a cantar, y cuando eso sucedió, logró que el mundo desapareciera. Él se sumergió en el hechizo de la música y dejó fluir a través de las manos y de la batuta su complejo mundo interior.

Al finalizar el recital, el teatro entero se vino abajo. Ambos entrelazaron sus manos porque la magia de la música había conseguido que, al menos durante un par de horas, olvidaran sus diferencias. Saludaron con pasión y ella incluso dio unos pasos hacia atrás, cediéndole, con un ademán, el protagonismo.

La orquesta también se puso en pie cuando él se lo indicó para recibir las felicitaciones por su impecable actuación. En ese instante, los labios de Samy dibujaron una trémula sonrisa que evidenció lo pequeña y vulnerable que era bajo la gruesa coraza con la que se protegía.

Los ojos de Misha ardieron de pasión. Dentro de su corazón de hielo algo se agitó, pero de inmediato recordó que ella era un felino salvaje difícil de domesticar.

CAPÍTULO 27



La gira seguía su curso tal como había comenzado: con equipos trabajando a destajo para que todo funcionara a la perfección y con sus protagonistas ignorándose el uno al otro. Durante los breves espacios de tiempo en los que coincidían, apenas movían la cabeza a modo de saludo o se reconocían a través de una mirada.

Habían desembarcado en Inglaterra, país donde tendría lugar el segundo de los conciertos. El emblemático Royal Albert Hall de Londres se hallaba repleto de fans que habían aguardado haciendo cola durante días para adquirir las mejores entradas. Todos querían ver actuar a la pareja musical de moda. «Fuego y hielo», como le gustaba a la prensa calificarlos, en alusión a sus orígenes. Los habían encumbrado de la noche a la mañana, pero ninguno de los dos daba demasiado crédito a la situación porque conocían de primera mano lo efímera que puede ser la fama. Nadie había tenido que explicarles que debían trabajar duro para conseguir que aquello durase más allá del momento.

El edificio donde actuarían se asemejaba a una tarta nupcial: su planta ovalada, con la fachada de ladrillo rojo y la techumbre de cristal, que lo protegía de las inclemencias del clima londinense, recordaba a un gran pastel cubierto de nata. Las ventanas con columnas y los frisos constituían los elementos decorativos de los que no debía prescindir cualquier buen dulce.

Samy se había informado y le habían comunicado que se habían vendido más de cinco mil entradas, lo que suponía el máximo de su capacidad. El concierto de París había sido un éxito rotundo y la adoración por Samy Moon había vuelto con fuerza.

Los ensayos eran continuos, y ninguno de los dos había faltado jamás a ninguno. Ambos eran conscientes de lo que se jugaban y, como profesionales que eran, se lo tomaban con la debida seriedad. Pasaban las horas repitiendo cada mínimo detalle, y ninguno de los dos daba por finalizada la jornada hasta que todo discurría a la perfección, según sus criterios. Samy se había dado cuenta de que ambos eran igual de exigentes. Pese a ello, el trato entre los dos era prácticamente inexistente. Se saludaban con la cortesía requerida entre dos compañeros de trabajo, pero ya habían dejado claro con sus respectivas actitudes que ninguno era del aprecio del otro.

Esta vez, fue Samy la que se adelantó y aguardó para que ambos salieran al escenario juntos. Lo observó acercarse con paso majestuoso; le evocó a un dios griego acudiendo a la llamada de sus fieles. Vestido de manera impecable con su sempiterno frac, parecía provenir de otra época. En el mundo de Samy ya nadie vestía así. Tan serio, tan controlado y taaan previsible; su comportamiento siempre correcto despertaba en ella una vena de malicia que no había creído poseer hasta que lo conoció. Buscaba provocarlo, tanteando sus límites para comprobar si en

algún momento perdía el control. Disfrutaba sacándolo de sus casillas y viéndolo hacer esfuerzos por dominarse a la vez que mantenía aquella pose tan fría como los inviernos en su tierra. Aquellas chiquilladas hacían la gira más agradable y divertida.

Se miraron a los ojos y se saludaron con apenas una inclinación de cabeza, sin palabras que a ninguno de los dos les apetecía malgastar, aunque solo fuera por mostrarse educados.

Entraron al escenario a la vez y fueron recibidos por un público entusiasta. Ella se recreó en las aclamaciones, agradecida; reconocía que aquello era lo que daba sentido a su vida. Intentar negarlo era como arrancarse algún miembro, o incluso el alma.

No se podía dejar que un felino de tierras áridas se pudriera encerrado, recordando, a modo de tortura, cómo era la vida en libertad más allá de los barrotes.



Misha estuvo a punto de tropezarse con sus propios pies cuando descubrió a Samy esperándolo para salir al escenario. Trató de ocultar la mirada de admiración que desencadenaba aquella figura de infarto; comprobó, con secreto placer, que la indumentaria que había elegido aquella noche había mejorado ostensiblemente, aunque seguía distando de sus cánones. Si se lo permitiera, él le aconsejaría que luciera la maravillosa melena suelta, sin artificios. También, que aquellos magníficos ojos no necesitaban tanto maquillaje, ya que por sí solos brillaban como aguamarinas sobre un fondo de arena. Los voluptuosos labios también adolecían de exceso de pintura; lo que sí dejaría como estaba, sin lugar a dudas, era el pantalón de cuero a juego con el chaleco que se ajustaba a su silueta como un guante. Las insufribles plataformas y aquellas uñas de colores que le recordaban a las garras de un animal selvático seguían allí, sin que él pudiera hacer nada para remediarlo. Sencillamente, Samy estaba espectacular, igual que estaría sin tanto aparato. Era una pena que la pobre careciera de gusto y de juicio. A pesar de todo, Misha no podía pasar por alto la atracción que ella despertaba en su masculinidad, poniéndolo a veces en un aprieto difícil de esconder.

Se detuvo a su lado y la observó con precaución, preguntándose si estaría tramando algo. La siguió al escenario; la vio avanzar entre los gritos de la gente, balanceando las caderas de aquella forma coqueta tan característica, sin el menor pudor.

En venganza por la jugarreta que ella le había gastado en la anterior actuación, esta vez él dio la señal de comienzo antes de tiempo. Con absoluto placer, contempló cómo ella tenía que esperar para empezar a cantar. Misha hizo repetir a los músicos la entradilla hasta tres veces. Ella, desconcertada, sonreía al público, disimulando. Misha se ladeó hacia ella y le dedicó una sonrisa maliciosa, que abrió paso a una carcajada ácida y llena de matices. Sintió un burbujeo en el estómago, como si se hubiera tomado una copa de champán.

En el rostro de ella se hizo patente la sorpresa. El público, al percatarse de lo que ocurría, prorrumpió en carcajadas y comenzó a batir palmas con emoción, considerándolo una broma que formaba parte del espectáculo. Ella aprovechó para ponerse en pie y saludar con una reverencia, aceptándolo con elegancia.

El concierto transcurrió sin más incidentes; como colofón, Samy interpretó la famosa canción

de Frank Sinatra: *New York, New York*, que hizo las delicias de los presentes y que todos corearon.

Juntos, se acercaron al borde del escenario para recibir la ovación final. Misha notó el cuerpo de ella envararse, pero no comprendió por qué; él solo vio caer a sus pies una peculiar rosa de color púrpura. Buscó entre el público qué podía haber ocasionado su azoramiento, pero no percibió nada extraordinario, aunque, con los focos cegándolo, resultaba difícil distinguir cualquier cosa.

Un profundo desaliento se apoderó de él, como si hubiera olvidado recordar algo importante.

CAPÍTULO 28



La pequeña Fanny apartó de un manotazo el trozo de bizcocho que Sam le había puesto delante. Las tres disfrutaban de un tranquilo desayuno en el hotel de Hamburgo, donde actuarían al día siguiente.

—Parece que está desganada —comentó Samy. Le parecía extraño aquel rechazo. Normalmente, el bebé se relamía cuando le daba algunas migajas.

—Hoy tienes peluquería y maquillaje antes de la sesión de fotos. —Cintia repasaba la agenda, concentrada en el trabajo sin apenas prestar atención a lo que ocurría alrededor suyo.

—Toma un trozo de pan, cariño —insistió. Estaba segura de que la criatura no se podría resistir a chupar aquel mendrugo.

La niña volvió a barrer lo que le daban y comenzó a golpear enérgicamente el sonajero contra la mesa, emitiendo grititos.

Samy, preocupada por el alboroto que estaba causando, dirigió una mirada a la mesa en la que se encontraba Misha, con tres periódicos desplegados ante él. En ese momento se limpiaba la boca con la servilleta, haciendo gala de unos excelentes modales. Samy no podía entender cómo lograba lucir siempre tan impoluto, afianzando su opinión de que era un hombre frío y estirado. Parecía tallado en piedra, ya que apenas dejaba traslucir sus emociones. Se mostraba siempre tan impenetrable que creyó sufrir una alucinación cuando lo vio sonreír. La intrigó aún más; averiguaría si toda aquella pose pudiera ser solo una fachada.

Cintia cogió el biberón y se lo plantó delante a la niña, apartando todos los chuscos que Samy había depositado en la trona con el objeto de tentar su apetito. Samy observó, asombrada, cómo Fanny lo agarraba por las asas y comenzaba a beber sin la menor protesta.

—No debes ofrecerle alimentos que no están incluidos en su dieta. No es bueno para ella. Ya lo hemos hablado varias veces —dijo Cintia, algo molesta.

La artista se mordió el carrillo para evitar sonreír mientras su asistente la reprendía. A sabiendas de que acababa de quedar en evidencia, lanzó una mirada en dirección a Misha para constatar que este seguía sumido en sus lecturas matinales, ajeno a todo. Para su sorpresa, detectó en él una sonrisa que le demostró lo pendiente que estaba de ellas. A Samy le entraron ganas de sacarle la lengua, burlarse de algún modo, pero se contuvo por la paz, ya que esa misma tarde tendrían ensayo. No obstante, la actitud de él la divirtió tanto como la de la niña.

—Eres una criatura adorable —dijo, acariciando el rubio cabello de Fanny. Esa pequeña le había robado el corazón.

Cintia aprovechó para describirle el estilismo que luciría en el próximo concierto.

—Hasta ahora estás haciendo elecciones perfectas —alabó Samy. Desde que había contratado a Cintia como asistente personal y asesora de imagen, se sentía muy a gusto con su apariencia. Sin duda, el exquisito gusto de la exmodelo la ayudaba a decidir con acierto sobre los atuendos. Además, Cintia le había repetido en varias ocasiones lo contenta que se hallaba de trabajar junto a ella.

—Buenos días. —Lenny las saludó muy serio y tomó asiento en la silla que estaba libre.

Ambas le devolvieron el saludo, pero Samy enseguida notó la tirantez entre sus compañeros. Ninguno soltaba prenda de lo que les sucedía, a pesar de sus intentos por averiguarlo. Ella había pensado que se desvanecería una vez que comenzara la gira, pero, lejos de ello, la situación estaba estancada.

—Voy a revisar si el peluquero y la maquilladora han llegado. —Cintia se retiró con la niña.

—No deja de resultar paradójico que, a pesar de que tú y yo hemos sido pareja, nuestra amistad fluya sin problemas y que, en cambio, la relación entre vosotros cada vez sea más tensa. Es verdaderamente extraño. —Dirigió las palabras al vacío, sin hablarle a nadie en concreto, mientras se llevaba la taza de café a los labios.

—Discúlpame. Había olvidado que debo realizar algunas llamadas. —Lenny se levantó del asiento.

Sin embargo, Samy no estaba dispuesta a ponérselo fácil lo siguió con pasos acelerados.



Se detuvieron en un rincón del *hall*, desde donde Misha los observó discutir acaloradamente hasta que ella se alejó, airada. Lenny pareció cambiar de opinión y volvió a entrar en el restaurante para desayunar algo.

—Buenos días, Lenny. —Lo saludó con cortesía—. Me gustaría que me acompañaras, ya que querría comentar contigo algunas cuestiones. —Misha tuvo la impresión de que el representante de Samy aceptó tomar asiento junto a él más por cortesía que por otra cosa

Comentaron algunos detalles de la gira y Misha comprobó, complacido, la eficiencia con la que aquel hombre llevaba a cabo su trabajo. Tuvo que reconocer que al principio su aspecto descuidado había influido en su opinión acerca de él, pero a medida que pasaba el tiempo cada vez le agradaba más su forma de tener todo controlado sin sobresaltos. Incluso había comenzado a plantearse la posibilidad de contratarlo como representante, ya que Allan era abogado y no podía compaginar sus asuntos con las labores que desempeñaba en su prestigioso bufete de Londres.

—El otro día —comenzó, como quien no quiere la cosa—, al final del concierto, mientras saludábamos al público, alguien arrojó a los pies de Samy una rosa de color púrpura. No sé si fue casualidad, pero percibí cuánto la alteró aquel hecho.

—Yo tampoco entiendo el motivo, pero no tardaré en averiguarlo. —La palidez de su rostro delataba que mentía, no obstante, Misha decidió aceptar la respuesta.

La actitud de Lenny aumentó su intriga, por lo que se prometió seguir investigando. No quiso revelarles que, después de rebuscar sin cesar en la memoria, se había acordado de que aquellas peculiares rosas de aspecto fúnebre eran las preferidas de su mujer, y que en los últimos meses antes de que esta falleciera las había visto a menudo adornando algún jarrón en su casa.



En algún lugar de Estados Unidos, a muchos kilómetros de distancia, un hombre leía la sección de cultura del periódico, que recogía una foto de Sammy y Misha durante la última actuación. Un arrebatado de cólera lo hizo arrancar la página y estrujarla. Se llevó el vaso de *whisky* a los labios; el pulso le temblaba y la ira lo inundaba por dentro. Había cometido un error al pensar que la había destruido. Aquella mocosa le había demostrado que estaba hecha de un material más fuerte que el hierro.

No iba a permitir que triunfara después de haberlo dejado tirado. Él la había convertido en lo que era, y aprendería por las malas que nadie alcanzaba el éxito sin su consentimiento.

Esta vez, se aseguraría de que aprendiera bien la lección y de que no la olvidara.

CAPÍTULO 29



Misha había decidido tomarse un descanso y pasar la tarde en su habitación. Leía los informes que le había mandado Sonja sobre la escuela de música, de los que dedujo que las obras estaban prácticamente terminadas. Deseaba inaugurarla pronto, ya que aquel proyecto era su mayor orgullo, pero tendría que posponerlo hasta que cumpliera con los compromisos adquiridos.

Pensó en Samy y sonrió. ¡Cualquiera diría que empezaba a caerle bien! La encontraba divertida, valiente y osada, y, por encima de todo, una artista maravillosa, pero eso jamás lo admitiría delante de ella.

«Ya tiene un ego demasiado grande como para que yo lo alimente».

La preocupación por la salud de su padre había aumentado en los últimos días. Cada vez que conversaba con él notaba su respiración trabajosa del otro lado de la línea. Aunque Alexei aseguraba que se debía al natural cansancio producido por la edad, Misha conocía su propensión a fumar y beber y a las largas jornadas de trabajo, y le producía inquietud.

Desde el pasillo llegó hasta él cierto alboroto que fue creciendo; aunque las voces sonaban apagadas, escuchó el sonido de las puertas al abrirse y cerrarse y le causó extrañeza porque lo normal era que aquel pasillo estuviese tranquilo. Intrigado, se dirigió a la mirilla de la puerta y captó la salida de unos individuos de la habitación de Samy Moon, situada unas puertas más allá de la suya. Lo intranquilizó observar que uno de ellos llevaba puesta la capucha de la sudadera y el otro, una voluminosa gorra con visera, para ocultar sus facciones.

Después de aquel incidente, Misha trató de calmarse, sin éxito. Su sexto sentido le decía que algo no marchaba bien. Había sabido por la prensa que Samy era una extravagante, y que la gente que la rodeaba no siempre era trigo limpio, pero, para quedarse tranquilo, se dirigió al dormitorio de su colega y llamó a la puerta. Nadie contestó. Debía de estar descansando.

La música tampoco lo relajó como solía. Un zumbido se había instalado dentro de su mente y lo alertaba de que sucedía algo extraño. Decidió bajar para dar una vuelta por el *hall* y cerciorarse de que los individuos a los que había visto no se hallaban por los alrededores. No le daban buena espina.

Recorrió el corredor que conducía a la cafetería del hotel, clausurada a aquella hora de la tarde, y escuchó notas discordantes según se acercaba. Apretó el paso.

Encontró a Samy con el camión desgarrado y el cuerpo desmadejado sobre el teclado del piano, al que se empeñaba en arrancar una melodía amarga.

—Samy, dime, ¿qué te han hecho? —Porque no albergó la menor duda de que ese estado lo

habían provocado aquellos individuos.

Al incorporarla, observó horrorizado que su rostro estaba seriamente golpeado. Su labio inferior sangraba y tenía los pómulos hinchados. También vislumbró cardenales en los brazos.

Se juró a sí mismo que los causantes lo pagarían muy caro.

Con premura, antes de que alguien los descubriera, se quitó la camisa y cubrió con ella el cuerpo de Samanta. La cogió en brazos y se la llevó a su propio cuarto. No se fiaba de dejarla sola en su dormitorio.

Después de recostarla en la cama, descolgó el teléfono.

—Grigori, te necesito. —Pronunció unas breves palabras en ruso e interrumpió la conversación para marcar el número de la habitación de Cintia y el de Lenny. Necesitaba ayuda.

Con cariño, la abrazó para incorporarla mientras le limpiaba la sangre del rostro. Descubrió que la habían pinchado en los brazos, probablemente la habían drogado. Aquella gentuza pretendía devolverla al infierno del que tanto le había costado salir.

Ella se echó a llorar con un llanto débil, como el de un gatito, contra su pecho, y él hubiese querido consolarla y arrancarle del alma aquella aflicción, pero algo le decía que Samy necesitaba desahogarse hasta caer rendida, hasta que su corazón se resquebrajara del todo y volviera a componerse.

«No sospechaba que estuviera tan rota». Le acarició la espalda trazando suaves círculos para que lograra descansar.

Era tal la furia que borboteaba en sus entrañas que el niño solitario que había luchado por sobrevivir resurgió, dispuesto a atacar, como el oso cuando se alza para despedazar a sus presas, o como el águila que desciende en picado desde los cielos sin desviarse de su objetivo.

Unos golpes en la puerta lo avisaron de la llegada de Lenny y Cintia, que observaron espeluznados el estado en el que se encontraba su amiga.

—Retiraos, la voy a limpiar —ordenó Cintia, ocupando su sitio junto al lecho.

Los hombres aguardaron en el estrecho pasillo de la entrada.

—La han golpeado y drogado. No he podido protegerla. —Las lágrimas pugnaban por salir de los desorbitados ojos de Lenny.

—A partir de mañana tendrá un escolta día y noche. Ya está organizado. —A él también le costaba dominar sus emociones. Ambos se encontraban muy afectados.

—Gracias. —El representante asintió con alivio, pero no pudo ocultar su sorpresa. Tal vez pensaba que Misha era un monstruo carente de sentimientos.

—¿Sabes quién ha podido hacer una cosa así?

—Lo sospecho. Ha recibido amenazas desde hace algunos días —Misha reprimió las ganas de zurrarlo por su incompetencia—, pero ella no está al corriente porque yo las he interceptado. La flor púrpura me hace sospechar del miserable de Oswaldo, su antiguo representante. Eran sus flores preferidas, y ella las detesta.

El director apretó la mandíbula, presa de la rabia.

—No deben quedarse a solas como medida de precaución, por si aparecen de nuevo. Esta noche dormiré en mi cuarto.

—Gracias, amigo. Yo cuidaré de Cintia y de la niña para que no les suceda nada malo.

El doctor al que habían llamado por mediación del hotel certificó que la habían molido a golpes y drogado, e insistió en que debían llevarla a un hospital para asegurarse de que no tuviera ningún hueso roto ni daños internos. Lenny le entregó una buena propina para compensar su discreción y le aseguró que lo harían a la mañana siguiente. Cintia terminó de asearla y ponerle ropa limpia.

Antes de retirarse, Misha los escuchó discutir. Cintia se negaba a permanecer cerca de él y afirmaba no necesitarlo. Misha se dio cuenta de que entre ellos había un sentimiento poderoso, pero guardó silencio y no se inmiscuyó.



Samy comenzó a tomar consciencia de que se hallaba en la cama, rodeada por unos brazos que la protegían y la hacían sentir bien. Abrió los ojos y contempló a Misha en la penumbra. Tenía los párpados cerrados y su respiración era pausada. Deseó besarlo, pegarse a él; su cuerpo se lo suplicaba. Tal era su deseo que un fuerte temblor se apoderó de ella con furia.

Él le acarició la piel con los labios y le susurró palabras de consuelo, mostrándole que no estaba dormido. Puede que unos simples besos en la oscuridad fuesen poca cosa, pero suficiente para abrirle a Samy una ardiente úlcera en el corazón. Hacía ya tiempo que se preguntaba cómo sería yacer con Misha.

Inmersa en sus sentimientos, notó el corazón tan acelerado que temió que se le saliera del pecho. No recordaba haber experimentado aquel anhelo estremeciéndole la piel con tan solo un roce o una caricia, ni que su aliento se hubiera detenido solo por percibir la respiración de un hombre sobre ella. Fue una sensación mágica y que la satisfizo en todos los sentidos, haciendo que volviera a caer en una inconsciencia reparadora.

CAPÍTULO 30



Por la mañana, prolongó el ensueño en el que Samy se había sumido al despertar.

Unos golpes en la puerta la pusieron en guardia.

—Servicio de habitaciones. —La voz, amortiguada por la madera, resonó desde el pasillo.

El miedo se apoderó de ella al recuperar de súbito todos los recuerdos. ¿Estaría en peligro? ¿Sería alguien que quería hacerle daño de nuevo?

Una mano misteriosa abrió la cerradura desde fuera y una amable camarera se adentró en la habitación.

—Buenos días, señorita. Con su permiso.

El saludo la puso en tensión de inmediato. No se fiaba de nadie.

—¿Cómo ha entrado usted? —Estaba sola en el cuarto.

—Un caballero que se encuentra en el pasillo me ha abierto la puerta. —La chica la observó con extrañeza. Samy debía de presentar un aspecto lamentable.

—¡Ah, sí! —Quiso aparentar normalidad—. Deje la bandeja en la mesa, por favor. Muchas gracias.

Se espabiló con rapidez y saltó de la cama tras comprobar que llevaba puesto uno de sus pijamas, aunque enseguida se percató de que no estaba en su habitación. Abrió el armario y allí encontró, colgados en hilera, los impecables fracs del director de orquesta, esos que lo hacían parecer tan rígido. Se lavó la cara e hizo un nudo con la melena; poco podía hacer para camuflar los moratones. Los recuerdos de la paliza desfilaron por su mente y se desinfló, sintiéndose tan solo como un caparazón vacío.

Salió del cuarto decidida a pedir explicaciones, pero, con las prisas, tropezó con un hombre de gran tamaño. Pensó de pronto en el *David* de Miguel Ángel o en algún dios de la guerra. Era alto y fuerte, la sondeaba con la mirada y la examinaba de los pies a la cabeza.

—¿Y usted es...? —El escrutinio la irritó. Sus ojos le recordaron a los de Misha, pero estos eran aún más duros y fríos. Pasado el primer instante, la alarma se apoderó de ella. ¿No estaría ante otro sicario de los que la atacaron la noche anterior?

—Soy Grigori, un amigo de Misha. Encantado de conocerla, señorita. —La expresión de su rostro se transformó y sus ojos sonrieron, a pesar de que no movió ni un músculo de la cara. Era la primera persona que Samanta conocía que sonreía únicamente con la mirada.

—¡Otro ruso! —exclamó, como si se tratara de una plaga.

No estaba de humor para aguantar a nadie y, además, no lo conocía de nada. Decidió ignorarlo y se dirigió a grandes zancadas hacia su antiguo dormitorio en busca de alguien que le pudiera ofrecer explicaciones. El individuo echó a andar detrás de ella.

Llamó con golpes sonoros y Misha abrió la puerta. Vestía unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca. Ella lo contempló casi sin aliento. Nunca lo había visto con una ropa tan informal. Le pareció que incluso había rejuvenecido.

Misha la recibió con una sonrisa, y se formaron unas arruguitas en sus ojos. Una vez recuperada del asombro inicial, Samy se introdujo en el cuarto dándole un ligero empujón y cerró tras ella con un portazo, a propósito para que el extraño se quedara fuera.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras? —La voz de él denotaba preocupación—. ¿Puedo saber a qué se debe ese mal humor tan temprano? Te he hecho llegar un delicioso desayuno continental a la habitación.

—En el pasillo hay un compatriota tuyo que me está siguiendo. Dice llamarse Grigori.

—Es mi amigo, y tu nuevo guardaespaldas. A partir de ahora te acompañará a todas partes. —Sin saber muy bien por qué, esa respuesta la conmovió. No pudo evitar romper a llorar—. Por favor, explícame qué te sucede. —Misha se inclinó hacia ella y le retiró el cabello que le tapaba el rostro—. Voy a llamar a Cintia para que te vista y acudiremos a una clínica privada para que revisen que no tienes nada grave.

—¿Quién te ha dado permiso para decidir por mí? No pienso permitir que la prensa se entere de nada de lo que ha ocurrido. Me encuentro perfectamente. —Alzó la barbilla con soberbia. Nunca se había sentido tan cuidada, pero la arrogancia de él al tomar decisiones que no lo incumbían la exasperó.

—Ayer te golpearon sin piedad y te administraron droga. ¿Tienes idea de quién pudo ser? Debes hacerte unos análisis para contrarrestar el efecto. Alguien se está tomando muchas molestias para que vuelvas a ser dependiente. —Aquellas palabras la hicieron sentir un escalofrío de terror. Era lo peor que le hubiera podido decir. Por las noches aún revivía en sus pesadillas el tormento que había tenido que pasar para desengancharse—. Pronto comenzarás a sentir los síntomas del mono.

Samy disfracó de chulería el miedo a que alguien la dañara.

—Está todo controlado. Sé muy bien qué debo tomar para apaciguarlo.

Él la miró con una expresión indescifrable, pero que removi6 algo en su interior. Samy sintió como si sus lágrimas no hubieran caído al vacío. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, se sintió segura, pero no estaba preparada para revelar sus sospechas sobre la identidad de sus atacantes.

A pesar de haberle asegurado que estaba todo bajo control, le dolía la cabeza. El sufrimiento que le produjeron los golpes se había mitigado, sin embargo, los acontecimientos de esa mañana le habían provocado unas punzadas insoportables en las sienes.

Aquel era un enfrentamiento entre dos animales salvajes acostumbrados a sobrevivir en la naturaleza más despiadada, y que habían aprendido de la peor manera posible que no deberían confiar en nadie. Desconocían el significado de «pedir ayuda», y tampoco estaban

acostumbrados a recibirla. Eran un tigre siberiano y una pantera del desierto y ambos representaban las dos caras de un corazón roto.

Misha salió del cuarto, enfurecido por la actitud de Samy, y descubrió a su amigo sonriéndole con descaro, apoyado en el marco de la puerta para hacerle saber que lo había escuchado todo. Sin molestarse en dirigirle la palabra, se encaminó con paso firme en busca de Cintia. Porque, sin duda, Samy sufriría dolores.

Él se aseguraría de que todo se desarrollara a su manera. No estaba dispuesto a aguantar el mal carácter de aquella niña mimada carente de educación.

CAPÍTULO 31



Samanta jugaba con Fanny sobre la moqueta, manejando los grandes cubos de madera de un rompecabezas. Pronto llegaría Carmencita, la cuidadora, hermana de la camarera que las atendía, una chica inmigrante de dieciocho años y perteneciente a una familia numerosa, a la que ayudaba con un sueldo. Mientras tanto, Cintia trasteaba por la salita del cuarto contiguo, que hacía las veces de vestidor, preparando el atuendo que luciría su jefa.

—¿Dónde están las faldas cortas, camisetas escotadas y plataformas? —preguntó Samy con socarronería, acercándose al precioso traje de noche negro con cuello que colgaba de una percha enganchada al brazo de la lámpara.

—Menos es más. —Cintia comenzó a cepillarle la melena con fuerza.

—Pero tú sabes que a mí siempre me ha gustado el más y no voy a cambiar ahora. —Intentó mantener la cabeza erguida debido a los tirones.

—Por supuesto, llevarás lo que tú quieras. Al fin y al cabo, eres la que decide.

Samy la examinó por entre las pestañas a través del espejo, sin emitir queja alguna. Algo iba mal. Enseguida se sintió culpable por no haberle prestado la suficiente atención a su amiga, abducida como estaba por sus propios sentimientos. Los labios de Cintia estaban fruncidos y su vista, nublada; quizás había estado llorando. Le agarró el brazo con cariño para que se detuviera y sus miradas se encontraron en el cristal. Cintia no pudo sostener la mirada y rompió a llorar.

—Desahógate. —Le acarició la sedosa melena castaña—. Ya sabes que puedes contarme lo que sucede. No hace falta que trates de ocultar las cosas que te ocurren con la intención de protegerme. Sé que Lenny y tú lo hacéis, pero yo también puedo cuidar de los demás.

Cuando su amiga escuchó el nombre del representante, redobló su llanto. Samy dejó que se calmara mientras le entregaba unos clínex que siempre tenía encima del tocador. Cintia se sonó la nariz entre hipidos.

—Siéntate. —Samy se hizo a un lado y palmeó la banqueta—. Cuéntame lo que te sucede. No creas que no me he dado cuenta de la tensión constante entre vosotros, a pesar de que no conozco la causa.

—Coincidimos casualmente en la calle —comenzó a narrar Cintia, con la mirada perdida— cuando yo aún estaba embarazada de Fanny y me encontraba en una situación desesperada. ¡Figúrate la alegría que sentí al volver a verlo! Lo que en principio fue un bonito reencuentro después de varias citas se convirtió en algo más, hasta que empezamos una relación. Su ayuda fue imprescindible para mí en aquella época en la que nadie estaba interesado en contratar a una chica en estado, y con las prestaciones sociales apenas podía mantenerme.

»La esperanza y la alegría prendieron de nuevo en mi corazón después del abandono de

Andrés. Pero cometí el error de confesarle que lo amaba y eso lo distanció. Me dijo que tenía terror al compromiso después del dolor que le había causado vuestra ruptura, además de que nunca había deseado tener hijos.

»Ha seguido pendiente de nosotras y nunca hemos pasado necesidad. Fanny y yo tenemos todo lo que nos hace falta y más. Lenny ha sido muy generoso, pero se mantiene a distancia. Siempre he sospechado que aún te ama.

Samy se llevó una mano al cuello. Le desgarraba el alma el sufrimiento de sus mejores amigos. Ahora lo veía todo bajo un nuevo prisma: las miradas de amor y de reproche, la actitud a la defensiva de su amiga y las evasivas del representante.

—Gracias a ti he logrado ser independiente —prosiguió Cintia—. Veo mundo y puedo pagar todos nuestros gastos, aunque continúo amándolo y a veces siento que se me rompe el alma. Desde que te atacaron en tu habitación, él pretende cuidar de nosotras, pero no me fío de que no me parta el corazón de nuevo.

Samy pensó que el conflicto se había desarrollado delante de ella y había sido ajena a él. Le daba rabia haber estado tan centrada en sus problemas. Sintió que era una egoísta, aunque seguramente nada hubiera cambiado de haber sido consciente del problema. Lenny nunca la había defraudado tanto como en ese momento.

—Por favor —le rogó su amiga—, no digas nada y guarda el secreto. Esta situación la debemos solucionar nosotros.

—Te aseguro que no siente nada por mí. Si eso te preocupa, no debe hacerlo. Me habría dado cuenta. En la actualidad solo somos amigos, y estoy muy agradecida de que os hayáis ocupado de mí cuando más falta me hacía en la vida y mi familia me dio la espalda. Os quiero muchísimo y me encantaría que acabáseis juntos. Es mi mayor deseo, veros felices. Cuenta con mi apoyo incondicional. Me destrozaría perder la amistad de cualquiera de los dos.

Una vez que Cintia se recompuso, ambas se centraron en el trabajo. La artista debía prepararse para la sesión de fotos que tendría lugar en una de las salas del hotel. Se encontraban en Viena, y tenían que promocionar el concierto.

—Apenas faltan cinco minutos para la cita —le advirtió la estilista, echándole un vistazo a su reloj de muñeca—. Conviene que bajes ya para no hacer esperar a la prensa.

Cuando estuvo lista gracias a la ayuda de la exmodelo, que sabía peinarla y maquillarla como nadie, se abrazaron con fuerza.

—Te quiero. Todo se solucionará. —Se despidió de ella antes de dirigirse a la sesión fotográfica.



Misha, vestido con un elegante esmoquin del color de la noche, aguardaba en el salón del hotel la llegada de su compañera para iniciar el trabajo promocional de los últimos conciertos de la gira. Conversaba con el relaciones públicas de la cadena hotelera, el cual se había declarado

admirador suyo; entre los dos evocaron anécdotas de las actuaciones en directo a las que había asistido.

El director había logrado desarrollar un instinto que le permitía mantener una conversación con naturalidad mientras permanecía atento a todo lo que sucedía en la misma sala. Por ello, aunque se mostraba pendiente de las palabras del relaciones públicas, se mantenía alerta para captar el momento en el que Samy Moon hiciera su entrada.

Nunca se había sentido tan vivo como en ese momento. Su cuerpo se agitaba cuando estaba con ella. Se mentía a sí mismo cuando se decía que no la deseaba, pues una parte de su interior la anhelaba con afán.

La vibración de la puerta presagió su entrada, y Misha sintió una sacudida eléctrica que le recorrió el cuerpo. Giró la mirada, incapaz de seguir disimulando, y la observó acercarse con pasos elásticos y andares voluptuosos, enfundada en un vestido clásico de color negro que se fundía con sus curvas. Se fijó en la sonrisa que pintaban sus labios de mora y se le vinieron a la cabeza los besos compartidos.

—Hola, Misha. ¿Llevas mucho rato esperando? —La voz ronca y aterciopelada se deslizó por su piel como una caricia. Él balbuceó una respuesta. Por fortuna, el relaciones públicos se deshizo en halagos hacia ella, lo que le permitió alejarse para tomar aire.

Durante la sesión de fotos, posaron siguiendo las indicaciones de los profesionales.

—Miraos como si os tuvierais cariño —les pidió uno de los fotógrafos.

En ese instante, él captó en la mirada de Samy cierto amor. Esa expresión en público, a pesar de lo que habían compartido, lo confundió.

¿Qué estaría tramando ahora?

No se fiaba de ella. Debía mantenerse alerta.

CAPÍTULO 32



La pareja revelación, como los habían bautizado en algunos medios, aguardaba entre bastidores la señal para salir al escenario. Nerviosos, hacían frente a la actuación que pondría punto final a su gira juntos.

—Ha sido un honor para mí acompañarte en el escenario durante este tiempo.

Misha le besó el dorso de la mano y ella, desde bambalinas, lo observó dirigirse al lugar que ocupaban los músicos, los ojos humedecidos. No pudo emitir sonido alguno. La garganta se le había cerrado debido a la impresión que le produjeron sus palabras. La frase sonaba a despedida.



Un clamoroso aplauso lo recibió, y él correspondió a los asistentes con una profunda inclinación. Estaba agradecido, muy agradecido con los seguidores que le habían dado la oportunidad de volver a dirigir, y con el público que tan bien lo había acogido.

El teatro de La Scala de Milán, mundialmente famoso, era impresionante. Los focos de la platea iluminaban su silueta, haciéndolo parecer una hormiga negra en medio de la grandiosidad de aquel edificio de diseño neoclásico. Se volvió hacia la orquesta, semioculta por las sombras, y realizó un gesto para atraer la atención de sus integrantes. Un espeso silencio impregnado de expectación flotaba sobre los espectadores que abarrotaban el patio de butacas.

—Procuro olvidarte... —entonó Samy, a capela.

Las guitarras rasgaron la noche y las luces se centraron solo en ella.

—... siguiendo la ruta de un pájaro herido... —continuó.

Todos enloquecieron y gritaron su nombre. Los músicos emergieron de las sombras mientras el sonido de los violines se incorporaba a la melodía.

En la versión que habían hecho para ella de la canción compuesta por el célebre Manuel Alejandro solo sonarían los instrumentos de cuerda, incluidas las guitarras españolas.

Conocer a Samy lo había hecho cambiar y ampliar el estrecho horizonte en el que se había desenvuelto hasta entonces, incluso musicalmente. Aunque se hubiera dedicado en cuerpo y alma a la música clásica, estaba decidido a escuchar música moderna con más asiduidad; incluso valoraba editar un disco.

La contempló a escondidas, amparado por la oscuridad, y, al hacerlo, la emoción se instaló en su interior y le estrujó el pecho. Reconoció que, en verdad, era la estrella más brillante que había conocido.

Samy iba ataviada con un vestido rojo de lentejuelas que destellaban con el movimiento, y la melena azabache le cubría la espalda como un manto.

Cuando la contempló, sintió un ramalazo de deseo y tuvo que tragar saliva para empujar el nudo de emoción que le atenazaba la garganta. Cada vez que recordaba que tras el concierto y la posterior fiesta de clausura no la volvería a ver más, las ganas de llorar lo poseían.

Tenía que decidirse como fuera. Inventar cualquier excusa para que eso no sucediera.

Percibió, alarmado, que el violín principal había entrado una milésima de segundo tarde, y regresó a la realidad al notar que Ruperto, el violinista, lo censuraba con la mirada por la distracción. Se concentró en su tarea, trasladándose al mundo que tanto amaba, dejándose envolver por la melodía.

Hasta en eso lo había cambiado. Solo ella era capaz de sacarlo del éxtasis que lo embargaba cuando se sumergía en la música.



—Procuro alejarme de aquellos lugares en los que nos quisimos...

Las notas le salían a Samy del corazón. Esa canción constituía en su despedida particular. Tenía los sentimientos a flor de piel y sentía la mirada de él clavada en su espalda, atravesándola como una espada. Misha desprendía un magnetismo insondable, que la atraía con una fuerza desconocida.

—Lo que haría porque estuvieras tú, porque siguieras tú conmigo.

Elevó los brazos moviendo las muñecas, recordando sus orígenes, que había dejado tantas veces en el olvido.

Samy sabía que lo amaba, y aunque había asumido que él no le correspondía, para ella su presencia era como un bálsamo reparador, uno que había necesitado desde hacía mucho tiempo, sin ser consciente de ello. Por ello, estaba dispuesta a esperar y no le permitiría alejarse demasiado tiempo.

A través de su voz, liberaba su sentir. La música era el instrumento más poderoso del mundo, y también el lazo que unía los espíritus maltrechos y mediante el cual cada uno de ellos había encontrado un rumbo en la vida.

Cuando la última canción del repertorio dejó de flotar en el aire, Misha, entre las acaloradas ovaciones y los gritos pidiendo otra más, se acercó al micrófono que sostenía ella y lo cogió entre sus manos.

—Le dedico esta deliciosa sonata del maestro Beethoven, llamada *Claro de luna* —su timbre grave se expandió, potente—, a Samy Moon, la mejor compañera de viaje que he podido tener

durante los últimos meses. —La miró con una sonrisa sincera. El hombre de hielo se convirtió en fuego y el corazón de ella se derritió como la lava de un volcán—. Señoras y señores, les aseguro que, si ya es buena cantando, es aún mejor como persona.

El director se dirigió al solitario piano de cola y tomó asiento retirando la cola del frac. Acarició el teclado como si de una vieja amante se tratara y comenzó a ejecutar las notas musicales.

El público que atestaba La Scala lo escuchó arrebolado, guardando el máximo silencio, para estallar al final en vítores. El teatro se venía abajo.

Saludaron al público. Samy sintió el comfortable tacto de la mano masculina, pero su corazón se detuvo cuando cayó a sus pies un ramo de rosas púrpuras.

Creyó morir.

Un rato más tarde, tras los saludos y las felicitaciones de rigor, se dirigió al camerino con paso nervioso. La visión de aquellas flores la había alterado mucho. Grigori la siguió, pero se quedó fuera, vigilando, cuando se recluyó en el interior.

—Hola, querida. ¿Me has echado de menos?

Samy se llevó una mano a la garganta, donde el pulso latía enloquecido a causa del terror.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —logró balbucear.

—Tengo mis recursos. —Los labios de su antiguo mánager esbozaron una sonrisa perversa que ella conocía demasiado bien. Los recuerdos se le agolparon en la mente y pensó que se desmayaría—. Esa no es forma de saludarme después de tanto tiempo. —El tono de su voz era impostado y meloso—. Gatita, mira lo que he traído para ti para que veas cuánto te he echado de menos. —Estiró la mano hacia un jarrón que había depositado encima de la mesa del camerino, donde se hallaba un ramo gemelo del que había caído a sus pies.

Samy se volvió rápidamente hacia el pomo de la puerta e intentó gritar para pedir auxilio, pero uno de los matones de Oswaldo salió de su escondrijo y la silenció con la palma de la mano. Sintió asco, pero no iba a consentir que el miedo la paralizara. Sujetándola con brazos de acero, la hizo girar y la condujo hacia el representante.

Ella se dio cuenta de que estaba perdida y no tenía salida. Lo supo con la certeza de quien reconoce que ha llegado su final, por lo que se rindió y dejó de forcejear. Sobre la mesa, desplegadas en forma de abanico, vislumbró varias fotos donde aparecía ella en primer plano, practicando sexo en posturas de lo más obsceno. En una, la que le produjo más repugnancia, Samy miraba a la cámara, con el rostro bañado de semen y los ojos turbios por culpa de la droga. Oswaldo, frente a ella, sonreía con lascivia en plena eyaculación.

Fue lo último que alcanzó a ver antes de sentir una picada en el antebrazo y la sensación familiar de su mente empañándose con los primeros efectos de la droga.

CAPÍTULO 33



La fiesta posconcierto, en la que celebraban los éxitos obtenidos, ponía el colofón a la gira. El Excelsior Hotel Gallia de Milán estaba situado en pleno centro, cerca de la plaza del Duomo de la animada y elegante ciudad italiana, desde cuya terraza abarrotada se podía divisar la imponente fachada de la estación central.

Misha se hallaba cerca de las escaleras de mármol, rodeado del exquisito estilo *art déco* del interior, que convivía con cuadros y esculturas clásicos. Esperaba a Samy para realizar juntos una entrada triunfal en el salón donde ya se encontraba la mayoría de los invitados.

—Hola, Ruperto. —Saludó al violinista principal de la sinfónica estrechándole la mano—. Te agradezco tu ayuda en el escenario. Reconozco que se me había ido la cabeza a otro sitio. —Lanzó una carcajada amistosa.

—Para eso estamos, compañero. A menudo me cuesta desconectar de los problemas ajenos al trabajo.

—Gracias, amigo. Creo todos los miembros de la orquesta ya están dentro. Enseguida me uno a vosotros.

Ruperto sonrió, consciente de a quién aguardaba, y se adentró con su pareja, perdiéndose entre la multitud. A la fiesta asistían, además de los músicos, los técnicos de sonido y de iluminación, el personal encargado de la publicidad... y todas aquellas personas que habían colaborado para que la gira supusiera todo un éxito.

Misha no perdía de vista la entrada. El corazón le golpeaba el pecho debido a la excitación que le provocaba verla. Samy se retrasaba, pero él había aprendido que aquello era normal en ella y ya no le molestaba como al principio. Ahora sabía que necesitaba tiempo cuando quería lucir bella.

Cuando Samy hizo su aparición del brazo de su antiguo representante, a Misha se le heló el alma. Oswaldo avanzaba junto a ella, agarrándola por la cintura como si le perteneciera, y lo que traspasó los límites de su cordura y le pareció inaguantable fue el hecho de que ella se dejara hacer, incluso permitiéndole acariciarle el brazo con aquella manaza infecta hasta llegar a la mejilla.

¿Era esa la misma mujer que lo había mirado haciéndole creer que lo amaba? ¡Había sido un iluso! Unos celos terribles reptaron por su columna como una serpiente letal. En silencio, alcanzaron su cabeza y su raciocinio colapsó.

Los fotógrafos pululaban, como un enjambre de insectos, alrededor de ellos. Un *flash* le explotó en la cara, inmortalizando su expresión de asombro y enfado. Se recuperó y disimuló

esbozando una mueca grotesca, decidido a esperar hasta que se acercaran. La esperanza que había albergado de que ella lo amara aunque fuera un poco se diluyó en un segundo, dando lugar a una honda desilusión y tristeza.

La ira se apoderó de él como una ola gigante dispuesta a arrasarlo todo. Le causaba un profundo desdén aquel zafio personaje, al que despreciaba profundamente, sobre todo, desde que había llegado a su conocimiento la relación que había mantenido con su mujer. Se preguntaba cómo era posible que corrompiera a todas las chicas con las que se vinculaba.

Entrado en carnes, con escaso cabello y menos gusto para vestir, el sudor se había adherido a su rostro como pequeñas pústulas que supuraban. Los ojos saltones y aquellos labios bulbosos y prominentes le recordaban a los de un sapo. La sola visión de su persona le causaba auténtica repulsa.

—Quítale las zarpas de encima —masculló, para que solo él lo escuchara—. Como la vuelvas a tocar, te rompo la mano. —Cerró la boca con fuerza y los dientes le rechinaron.

El rostro de Misha se había transformado en una máscara aterradora. El fuego de Kamchatka avivaba en él al animal salvaje. Dentro de su cabeza, fantaseó con que un oso le desgarraba el rostro con sus zarpas y le arrancaba el corazón.

—Vámonos. —Oswaldo adivinó lo que iba a suceder si permanecía ante aquella bestia un solo minuto.

Misha reconoció los efectos de las drogas en la mirada de ella, tan familiares para él en otros tiempos debido al consumo de Pandora durante los últimos meses de su matrimonio. Las pupilas dilatadas, la actitud confusa, el andar tambaleante y la palidez mortal de su cara. A pesar de ello, le pareció detectar un efímero atisbo de reconocimiento en sus pupilas, pero, sin más, se rindió, como si hubiera perdido la partida. Intentó sujetarla agarrándole el brazo, pero ella se deshizo de él. Sus rasgos reflejaban angustia.

Oswaldo afianzó el agarre en su cintura con una sonrisa siniestra y siguió su camino frente a la mirada de él, que anunciaba tormenta.

Misha se marchó de allí furioso. Se sentía como un volcán en erupción en medio de la nieve.

¿Dónde estaba Grigori cuando más lo necesitaba?



La forma en que él pronunció su nombre cuando se acercó a ella, con matices oscuros y aterciopelados que revelaban una inmensa furia escondida, asestó un golpe demoledor en el maltrecho corazón de Samy. Parecía como si algo fundamental dentro de su ser, su mera esencia, se hubiera hecho pedazos, dejando en su lugar un caparazón vacío.

Zafarse de Misha fue lo más difícil que había tenido que hacer en su vida. Todo su ser clamaba para que la cobijara entre sus brazos y confesarle la verdad, pero debía ser fuerte y alejarlo de aquel demonio que la tenía atrapada, o lo destrozaría a él también con su influjo de corrupción.

Con el corazón partido en mil pedazos, consiguió avanzar quemando el puente que los había unido, destruyendo todas las naves y, con ello, cualquier posibilidad de retorno.

CAPÍTULO 32



Misha se sentía enfermo. Sacó una botella de *whisky* y bebió. Bebió hasta que las sillas y la mesa comenzaron a desdibujarse. Continuó bebiendo cuando estas empezaron a elevarse sobre el suelo. Se le vino a la cabeza el rostro de Samy e imaginó su cuerpo desnudo debajo del de Oswaldo y comenzó a vomitar.

Pasó toda la noche y el día siguiente dormitando inquieto. Desde la última vez que la había visto en la fiesta de despedida, su recuerdo se había convertido en una obsesión que le impedía comer y descansar. No pensaba en otra cosa que no fuera en Samy Moon.

Estaba enfadado con ella por haberse convertido en un juguete roto. Se había equivocado con esa mujer. En realidad, amaba el dinero y la fama más que a sí misma. ¿Acaso no se lo había demostrado volviendo a estar con ese ser despreciable?

El aire que respiraba se transformó en sudor sobre su frente y el estómago le palpitaba; le ascendía por el esófago un fuego salvaje. Comenzó a aporrear el teclado que siempre llevaba consigo; sus manos corrieron solas, tañendo notas furiosas. Los sonidos que él mismo creaba lo dominaron y se trasladó a una tormenta en medio del océano oscuro, donde las olas proyectaban sombras monstruosas contra las que debía luchar, hasta que se detuvo de forma abrupta. Cayó encima del instrumento, fatigado. Suspiró hondo y dejó escapar la angustia que alojaba en su pecho.

Alguien llamó a la puerta y un sobre se deslizó por el suelo, emitiendo un pequeño susurro. Misha se acercó a la entrada y por la mirilla atisbó a un individuo con capucha que se alejaba por el pasillo. Abrió de golpe y halló a sus pies un paquete de pequeñas dimensiones. Lo recogió, augurando que no contendría nada bueno.

Tomó asiento en el sofá porque las piernas le fallaron. Se quedó sin respiración al ver el contenido del sobre. En la primera fotografía, el rostro de Samy figuraba en primer plano, practicándole una felación a Oswaldo. Separó el resto de las instantáneas y fue dejándolas caer: en todas ellas se la veía practicar sexo con muchas personas diferentes, que la penetraban de todas las formas posibles.

Sintió asco; su alma estaba quebrada, reducida a cenizas. Misha deseaba morir.

Llenó los pulmones con el aire de la habitación, que se había convertido en escarcha y le hizo daño al inspirar, y reunió fuerzas para introducir el vídeo que encontró en el segundo paquete dentro del reproductor. Solo pudo observar las primeras escenas de la película. Luego lo apagó y los ojos se le cuajaron de lágrimas.

Lloró por Samy. Lloró por su vida rota, lloró por ese amor perdido. Se había enamorado de ella; soñaba con ella. Solo cuando la tenía cerca era feliz. Agotado, comprendió que, si quería permanecer a su lado, debía aceptar su lado oscuro y ayudarla a escapar de él. Durante los últimos tiempos, antes de conocerla, solo había sentido cansancio y apatía, pero junto a ella se sentía de nuevo como un jovencito. El corazón le latía con más fuerza, y cuando la contemplaba en el escenario se le cortaba el aliento.

El velo que le envolvió la mente como una telaraña y le impedía pensar se disipó, y de pronto comprendió el motivo por el que ella estaba bajo las garras de aquel ser despreciable. Fue un chispazo, como una bombilla eléctrica que se encendió de súbito. Asumió que la había chantajeado con aquellas imágenes y quién sabe con cuántas cosas más. Comprendió la amenaza que significaban para ella las rosas púrpuras y el motivo por el que su rostro se descomponía de terror cuando las veía. Comprendió por qué estaba drogada en la fiesta y supo que Oswaldo la quería así.

Se enfrentaba a un depredador sexual de la peor calaña, que la tenía subyugada cruelmente. Fue entonces cuando se enfundó en la coraza de frialdad que lo había ayudado a subsistir en su infancia. Estaba dispuesto a acabar con él.



Un singular grupo se encontraba reunido en el hotel de Los Ángeles. Entre ellos se encontraban las personas más allegadas a Samy. Ya habían transcurrido varias semanas sin noticias de ella. Habían denunciado su desaparición a la policía de Milán, pero esta dictaminó que se había ido con Oswaldo por su propia voluntad y no había movido un dedo. Ante la ausencia de noticias, y dada la pasividad de las autoridades, sus amigos planeaban una estrategia para llegar hasta el lugar donde creían que se hallaba.

Allan, el abogado y amigo de Misha, tomó la palabra.

—Estoy intentando que un juez me firme una orden de registro para que nuestras acciones los cojan por sorpresa. Necesitamos conseguirla para que todo se lleve a cabo por la vía legal. Acusaré a Oswaldo de secuestro y amenazas sobre la persona de Samy para lograr que la policía entre en su casa.

—Podrías acusarlo también de abusos sexuales e inducir a las personas a consumir drogas bajo extorsión. Ese cabrón se merece lo peor. He estado hablando con gente del mundo del espectáculo y todos coinciden en los métodos que emplea para someter la voluntad de los artistas; son siempre los mismos —apuntó Lenny, con la voz estrangulada por la preocupación—. No puedo evitar la sensación de haberle fallado de nuevo.

—Yo lo único que espero es que no sea demasiado tarde para ella. —Cintia se limpió las lágrimas con la mano. Lenny la rodeó con sus brazos y ella se refugió en ellos.

A Misha no le había pasado desapercibida la cercanía entre ambos. A Samy le encantaría saber que la relación entre sus amigos había cambiado.

Un manto de oscuridad le cubrió el alma. Casi no comía ni dormía debido a la preocupación por ella. Además, su padre había sufrido un ictus y su estado era muy delicado. Había hablado

con él y quería visitarlo, pero antes debía asegurarse de que Samy estaba bien. Alexei se había mostrado de acuerdo y le había transmitido todo su apoyo.

—Mis hombres han estado vigilando todas las residencias de Oswaldo y están seguros de que se encuentra en Los Ángeles —explicó Grigori—. Desde que llegaron en el avión privado hace cinco días, ninguno de los dos ha salido, y la mansión está fuertemente vigilada por hombres armados, dentro y fuera del recinto.

Grigori se sentía culpable por haber sido reducido por los gorilas de aquel desaprensivo y no haber protegido mejor a Samy. Para su absoluta humillación, lo habían pillado con la guardia baja y les resultó fácil dejarlo inconsciente. Misha lo encontró atado y amordazado en el interior del camerino de la artista la noche después de la fiesta, cuando acudió en busca de pruebas que confirmaran sus sospechas acerca de los actos de Oswaldo.

—¿Cuándo crees que recibirás la autorización? —La quemazón y la impaciencia devoraban a Misha por dentro.

—Espero obtenerla en unas horas; de hecho, salgo para el juzgado ahora mismo. —Allan se levantó de su asiento. Después de la terrible discusión que habían mantenido, y en la que había tratado de convencer a Misha para que esperaran a que la policía tomase cartas en el asunto, se había dado por vencido y le había prometido a su cliente que lo ayudaría en la loca empresa de rescatar a Samy por su cuenta.

—Gracias, amigo. —Misha le dio un abrazo.

—¿Cada uno tiene claro lo que debe hacer? Repasemos el plan —propuso Grigori—. Mientras Allan consigue el papel, Misha, uno de mis hombres y yo nos colaremos dentro de la mansión para buscar a Samy. Una vez que cumplamos el objetivo, permaneceremos dentro hasta que llegue la policía y podamos sacarla de allí con todas las garantías de seguridad. Lenny y Cintia llamarán a la ambulancia para que puedan atenderla de inmediato, y permanecerán a su lado hasta que os subáis al avión privado del señor Alexei, el cual estará preparado para despegar en cualquier momento. ¿Queda claro?

Todos asintieron con la cabeza.

—Sabemos que la operación conlleva muchos riesgos, pero debemos correrlos. No podemos esperar a que sea demasiado tarde.

—Mucha suerte, chicos. Tened cuidado, y traedla sana y salva —les deseó Cintia.

CAPÍTULO 35



Una furgoneta negra circulaba por las amplias avenidas de Santa Mónica. En su interior viajaban Grigori, Pietro (un hombre italiano que era la mano derecha de este) y Misha, armados los tres y pertrechados con sendos chalecos antibalas.

El músico jamás había pensado que llegaría a ejercer la violencia, a pesar de haber sido entrenado para ello. La posibilidad de que Samy estuviera en peligro activaba sus instintos más primitivos, haciéndolo empuñar un arma sin dudarlo. Ahora comprendía la insistencia de su padre en que lo instruyeran en el manejo de estas, así como en artes marciales. Pensó en su viejo. Ardía en deseos de verlo, pero lo apartó de su mente porque necesitaba toda su concentración para llevar a cabo con éxito aquella misión improvisada y casi suicida.

La mansión permanecía en silencio, como un caparazón deshabitado bajo la luz de la luna. El entorno también estaba solitario y vacío. Consultaron sus relojes, que habían sincronizado antes de salir, y se dirigieron al lugar, al otro lado de la tapia, donde Grigori había encontrado un punto ciego en el que las cámaras no grabarían durante cinco segundos. Era el tiempo del que disponían los intrusos para saltar y ocultarse.

Toda aquella información la habían conseguido sobornando a un empleado de la empresa que había instalado el sistema de videovigilancia, y quien también los había provisto de los planos de la vivienda. Con la información en sus manos, habían estudiado, como auténticos profesionales, el funcionamiento de los sensores de movimiento y las cámaras para buscar una forma de acceder al recinto.

Tres figuras oscuras sortearon la altura y cayeron sigilosas como gatos al otro lado del muro que circundaba la mansión. Avanzaron con extrema cautela, a veces reptando por el suelo como serpientes, otras saltando como monos, y algunas realizando contorsiones como si fueran saltimbanquis, todo para no ser vistos.

Ingresaron a la casa a través de la ventana del salón, por la que también se colaba la luz, dejando entrever las siluetas de los muebles, que se asemejaban a fantasmas. Se separaron y comenzaron a registrar una planta cada uno. Misha eligió la de arriba. Subió al piso superior, donde la escalera se dividía en dos pasillos. Caminó por el de la izquierda. Sus sentidos se mantenían alerta, como cuando salía a cobrar alguna pieza en las trampas, moviéndose silencioso y entre las sombras para acechar a su víctima.

Avanzó un metro hacia la primera puerta del pasillo, que permanecía cerrada, y apenas le dio tiempo a que sus dedos rozasen el pomo cuando sintió el frío del metal en la nuca.

—Como des un paso más, te descerrajo un tiro. Suelta el arma. —La voz gélida provenía de

un guardia de seguridad.

Hizo lo que le exigían y enseguida lo derribaron y lo inmovilizaron contra el suelo. La puerta a la que se había dirigido se abrió y dio paso a Oswald. Misha reconocería aquellos zapatos con puntera de charol blanco en cualquier parte.

—Te estaba esperando y no me has defraudado. Has venido a rescatar a tu amorcito, ¿no es así?

—Maldito cabrón. Quédate conmigo y suéltala a ella. —En respuesta, recibió una patada en el rostro. Un crujido retumbó en su cabeza; debía de haberle roto algún hueso. La sangre empezó a brotar, oscureciéndole la vista. El dolor le nubló la mente y estuvo a punto de perder el conocimiento, pero hizo un esfuerzo sobrehumano para no ceder. Samy lo necesitaba.

—Me entusiasman las historias de amor, sobre todo cuando no tienen un final feliz. Las que más me gustan son cuando ambos protagonistas están abocados a la tragedia. Lamento comunicarte que Samy se ha convertido en mi juguete preferido y todavía no he acabado con ella. La muy zorra me lo debe. Es una desagradecida a la que lancé a la fama y me abandonó para intentar brillar ella sola. Nadie se aparta de Oswald sin pagar las consecuencias.

—Eres un demente y un depravado. Ella es buena, bella e inteligente. Posee un talento natural que la hace brillar por sí sola, sin tu ponzoñosa influencia. Es fuerte y ha conseguido sobreponerse sin tu ayuda, cabrón.

—Nadie abandona a Oswald sin pagar las consecuencias —repitió, y a continuación soltó una risa enajenada—. Otras lo intentaron antes y pagaron caro por ello. Si no, haberle preguntado a tu mujercita. La ilusa pretendía ser actriz cuando solo era una escoria drogadicta que apenas podía mantenerse en pie. La muy atrevida me amenazó con contárselo todo a la policía, por eso tuve que matarla y untar a un miserable para que cargara con las culpas a cambio de cuidar de su familia.

El corazón de Misha dio un vuelco. En aquel momento encajaron las piezas del rompecabezas que siempre lo había inquietado. Sintió alivio al comprobar que su padre no había tenido que ver en el asunto, y también remordimiento por haber dudado de su palabra.

—Antes de acabar contigo, voy a asegurarme de que no volverás a tocar ni una sola nota más en tu vida —aseguró Oswald.

El matón que lo sujetaba lo hizo estirar el brazo derecho y extender la mano. Una enorme bota de puntera metálica le aplastó los huesos. El feroz alarido atravesó la mansión. El dolor fue tal que todo se volvió oscuridad.



Se despertó solo en el pasillo. Realizando un gran esfuerzo, logró sentarse. Se agarró el brazo herido, porque el menor roce hacía que un ramalazo de puro dolor le irradiara desde la extremidad hasta el pecho. Luchó, a fuerza de voluntad, por no volver a desmayarse y consiguió apoyar la espalda en la pared. Esperó un rato a que cesaran las palpitaciones e intentó limpiarse el rostro, que estaba bañado en sangre. Con lentitud, se incorporó.

Fue consciente de la algarada que provenía de la planta baja y se asomó por la ventana. Las

luces de los coches de la policía rodeaban la casa; el espectáculo le produjo un intenso alivio. Mientras caminaba con dificultad en aquella dirección, oyó la voz de Allan gritando.

En lo que duró un parpadeo, Grigori estaba delante de él.

—Cabrones —maldijo. Lo aferró por la cintura para ayudarlo a sostenerse.

—Tenemos que buscarla —articuló con voz entrecortada. Su amigo asintió.

Llegaron hasta una puerta que permanecía cerrada y Grigori detectó movimiento con el sensor portátil. Apoyó con cuidado al herido contra la pared y llamó. Respondieron en un idioma desconocido, al que el avezado exmilitar replicó. La puerta se abrió y alguien asomó la cabeza, pero no le dio tiempo a nada más antes de que Grigori le disparara. Todo sucedió en apenas unos segundos.

Misha se adentró en el cuarto. Allí estaba ella, acostada en un lecho. Se hallaba sumida en un letargo, profundamente drogada.

—¿Qué es lo que te han hecho, cariño? —Cuando la contempló, Misha se echó a llorar.

CAPÍTULO 36



El rostro de Samy estaba casi irreconocible debido a la hinchazón y los golpes. El labio lo tenía partido por varios sitios, con costras de sangre seca que se adherían a la delicada piel.

El ruso profirió un grito de impotencia tan desgarrador que resonó en todo el edificio. La sangre le hervía en las venas. ¿Cómo se podía ser tan vil y despreciable?

Se la veía tan pequeña y débil, acostada en aquel extravagante lecho de color rojo... Yacía inconsciente bajo los efectos de las drogas. Misha se acercó a ella y se situó a su lado, cuidando de no dañarla. Sostuvo sus antebrazos cosidos a picadas de aguja y se le escapó un sollozo. Se juró a sí mismo que el culpable y sus esbirros pagarían por aquello.



La atmósfera se había vuelto densa y oscura, pero Samy comenzó a sentir el rumor de voces aproximarse a ella igual que suaves olas rompiendo en la orilla durante una tarde soleada. Tardó un rato en reconocer quién era, hasta que la voz de Misha se coló en su pesadilla como un soplo de brisa fresca. Empezó a tomar consciencia de que había acudido a rescatarla. Entonces, su corazón se llenó de amor y de gratitud hacia aquel hombre tan frío al que le costaba mostrar su afectividad.

Solo cuando uno siente cerca la muerte descubre sus verdaderos sentimientos, y fue entonces cuando ella en verdad descubrió cuánto lo amaba.

La piel de su clavícula ardía bajo sus besos. Notó su olor próximo a ella y un calor sofocante ascendió desde su vientre hasta la garganta. Samy echó la cabeza atrás y dejó escapar un gemido. Estaba aturdida, no sabía en qué momento había perdido el contacto con la realidad. Sintió que la alzaban en brazos y se la llevaban.

Rasgaron un trozo de sábana del lecho y Grigori ayudó a Misha a atárselo a modo de cabestrillo. Una vez acomodado el brazo herido, el músico cogió el arma con la zurda, dispuesto a usarla si hacía falta en su huida hacia la ambulancia que esperaba en las inmediaciones.

—Cógela y sácala de aquí —le indicó a su amigo, frustrado por no poder hacerlo él mismo.

Salieron al pasillo con la precaución necesaria por si se topaban con nuevos matones de Oswaldo, pero, a excepción de la conmoción que se oía en la entrada, todo permanecía tranquilo y en silencio. Desembocaron en el vestíbulo, que constaba de doble altura, y vieron que los agentes habían tomado la entrada y apuntaban a Merlín y a los cinco guardaespaldas.

—¡Alto! Entregue el arma ahora mismo y tírense al suelo —les gritó un joven uniformado, bastante nervioso.

Le hicieron caso y permanecieron quietos con las manos en alto.

—Acabamos de rescatar a esta chica, que yacía inconsciente en una habitación. Le han dado una paliza mortal e inyectado drogas. Su estado es grave —explicó Misha, con la mayor serenidad posible—. Necesita asistencia médica urgente.

—He llamado a una ambulancia. En apenas unos segundos estará en la puerta —apostilló Allan, refiriéndose a la que ya tenía preparada.

—Usted —el que parecía estar al mando de la operación señaló a Grigori—, déjela en la ambulancia y vuelva aquí. Acompáñelo —ordenó a un compañero.

Misha, aliviado porque sabía que ella estaría a salvo con Cintia, se sentó en el suelo sujetándose el brazo, dispuesto a esperar hasta que le permitieran salir de allí para curarse sus propias heridas. Se miró los dedos destrozados y a continuación cerró los ojos reclinando la cabeza. Samy bien valía una mano.

Allan se acercó al mando superior y le hizo entrega de los documentos donde acusaba a Oswaldo de todo tipo de delitos, expresados en el enrevesado lenguaje jurídico. Dirigió la mirada al lugar donde se hallaba sentado Misha y, como si adivinara sus pensamientos y temiera que este perdiera la paciencia, se adelantó hasta situarse cerca de él y le lanzó una heladora mirada de advertencia para que se comportara.

La puerta se abrió con estruendo e hizo su aparición el abogado defensor de Oswaldo, que intentaba contrarrestar con vehemencia los cargos en contra de su cliente. El policía optó por detenerlos a todos y trasladarlos a la comisaria para que un juez de guardia decidiera sobre el asunto mientras los compañeros procedían a registrar la casa en busca de drogas, armas, personas o cualquier prueba que hallaran.



La ambulancia medicalizada llegó presurosa y estacionó en la entrada de la mansión para asistir a la paciente. Cintia bajó del vehículo y se llevó un nudillo de la mano a la boca para reprimir un sollozo al contemplar el estado en el que se encontraba su amiga. Subió al vehículo tras la camilla y, una vez que los sanitarios la revisaron, Samy pareció recobrar por unos minutos la consciencia a causa del ajeteo.

—Ya te encuentras a salvo, soy Cintia —susurró mientras le agarraba la mano—. No vamos a dejar que nadie vuelva a hacerte daño.

—Estás aquí. Creí que todo había sido un sueño —murmuró antes de volver a desmayarse.

CAPÍTULO 37



Había transcurrido un mes desde la llegada de Samy a la mansión que Alexei poseía en Grecia, a la orilla del Mediterráneo. Durante los últimos días, pasaba más horas despierta y disfrutaba sentada en una cómoda butaca cerca de las ventanas abiertas, por donde entraba la brisa marina. Allí pasaba el tiempo observando la playa privada donde rompían las olas y los cruceros que navegaban a lo lejos. Disfrutaba del olor a salitre que se filtraba a través de los visillos, los cuales se mecían al ritmo suave que marcaba el mar.

La propiedad del padre de Misha consistía en cinco hectáreas de terreno que se elevaban en lo alto de un promontorio dominando el mar. Las aguas turquesas, mucho más profundas de lo que parecía a la vista, rodeaban los blancos muros, de modo que solo se podía acceder a la vivienda a través de una estrecha carretera que la unía a la ciudad más cercana y a su aeropuerto. Una escalinata de piedra daba acceso a la pequeña playa privada de arenas blancas, donde solo tenían permitido el baño los habitantes de la casa. Al mediodía, cuando el sol arreciaba, arrancaba destellos de las paredes encaladas, cegando a quien se empeñara en fijar la mirada. Las contraventanas, del mismo color de las aguas, aportaban un toque de alegría al conjunto residencial. Samy nunca había contemplado nada igual.

A veces veía a Fanny bañarse en compañía de su madre o de su niñera, pero se negaba a pasar tiempo en su compañía porque, a pesar de la insistencia de Cintia, no deseaba que en la niña quedara grabada la imagen del despojo humano en el que se había convertido.

Lenny entró en la estancia para trabajar a su lado, como él aseguraba. La obligaba a pasar ratos charlando sobre los asuntos de su carrera y le llevaba revistas para simular que todavía existía algún proyecto profesional, cuando en realidad su salud era precaria. A veces, veía en alguna portada la imagen de Misha con una férula en una mano, dirigiendo una orquesta en algún lugar del mundo. Un sentimiento autodestructivo la impulsaba a buscar noticias sobre él con avidez, aunque su sola visión fuera como un puñal asestado directamente en el corazón. Tal era el dolor que sentía.

—Buenos días —la saludó su amigo—. Hoy tienes muy buen aspecto —mintió, como cada mañana. Samy estaba extremadamente delgada.

—Hola, Lenny. —Se esforzó en ofrecerle una tenue sonrisa, que era a lo máximo a lo que podía aspirar estando tan débil.

—Me alegro mucho de que vayas recobrando fuerzas. —Agarró con delicadeza la esquelética mano, donde resaltaban los huesos.

—¿Cómo hemos llegado a esta casa? —Al fin había formulado la pregunta que le quemaba la garganta desde hacía días, y que no había querido hacer debido a que ya le daba igual morir que seguir viviendo.

—Misha sabía que aquí no te buscarían, ya que su padre es muy estricto en cuestiones de seguridad, y este quiso acogernos cuando él se lo pidió —explicó Lenny, tomando asiento a su lado.

No hubo ningún indicio que revelara los pensamientos que atravesaron la mente de la artista. Aparentó la más absoluta indiferencia, pese al dolor que le provocaron sus palabras.

—¿Su padre también vive aquí? —Desvió sus grandes ojos, que ahora ocupaban casi toda su cara.

—Así es. El pobre hombre sufrió un ictus hace unas semanas y se halla recluido aquí desde entonces. Está bastante delicado.

Lenny aguardó a que ella mostrara con algún gesto que había comprendido las noticias, pero fue tal su frialdad que lo preocupó más aún. Su alma sangraba a causa del estado en que se hallaba su amiga.

—¿Esa es la causa por la que Misha no me visita? —Giró la cabeza hacia el horizonte, como si no existiera nada que pudiera perturbarla.

—Está cumpliendo con sus compromisos profesionales. —El representante no pudo evitar que las palabras se le atascaran en la garganta. Impotente, contempló el daño que le causaba aquella nueva mentira.

Samy volvió a mirar por la ventana, esta vez para evitar traslucir el temblor de su barbilla. Estaba avergonzada, muy avergonzada, y comprendía que Misha hubiera huido despavorido y que no quisiera verla.

Ella simplemente había dado por hecho que era una prisionera en aquella casa, pero, en realidad, lo seguía siendo de la jaula en la que la habían obligado a encerrarse de nuevo: la droga. Un sudor frío le perló el cuerpo. Era la manera de la que se valía su organismo para reclamarle su nueva dosis de veneno, y comenzó a llorar presa del desconsuelo.

Había llegado la hora de arrancarse su amor de cuajo y dejar de albergar esperanzas. Deseaba estar sola, llorar hasta que no le quedara más dolor dentro, extirparse el corazón para dejar de sentir.

En ese momento Cintia acudió a llevarle la medicina que la aplacaba y se quedó junto a ella hasta que superó los peores momentos y logró quedarse dormida.



A la mañana siguiente, realizando un esfuerzo ímprobo, se recogió el cabello con una cinta, aunque necesitara detenerse para reponer fuerzas a cada rato. Se aseó y, con la ayuda de Cintia, acudió a visitar al dueño de la casa, dispuesta a agradecerle que los hubiera acogido con tanta amabilidad.

En la puerta de la habitación, ubicada en otra ala de la residencia, había un guarda de seguridad que tocó con los nudillos la puerta cerrada y a continuación les cedió el paso.

Samy encontró allí a su alma gemela: un anciano devastado físicamente que se hallaba

sentado en una silla de ruedas. Ya solo quedaba la caricatura de aquel hombre corpulento al que había visto a través de fotografías. Únicamente los ojos oscuros conservaban algo de fuerza y vitalidad. La grotesca mueca que había adoptado su boca como consecuencia del ictus había vuelto sus facciones casi irreconocibles.

Un enfermero acercó una silla para que ella tomara asiento cerca de él y los dejaron solos.

—Buenos días. Quería venir en persona para agradecerle que me haya acogido en su casa en estos momentos tan difíciles. No quiero que piense que soy una desagradecida o que no valoro lo suficiente la protección que me está ofreciendo.

«Puedes quedarte el tiempo que quieras», escribió en una pizarra, sobre la que apoyó su mano izquierda, paralizada y retorcida.

—Es usted muy amable. —Samy le regaló una sincera sonrisa—. Me temo que quizás tenga que abusar de su hospitalidad, ya que no me hallo en mejor situación que la suya. Es inútil intentar engañar a nadie: me siento destruida a todos los niveles.

Él le dirigió una mirada comprensiva.

«Eres joven y tienes mucho talento. La vida da muchas oportunidades».

Samy no quiso añadir que, pese a todo, su hijo la había abandonado allí como si fuera una mascota. Se limitó a mirarlo sin saber que se asemejaba a una gacela acorralada, sintiendo que sus fuerzas menguaban.

—Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí. —Tomó con suavidad la mano buena del hombre y la besó con dulzura en el dorso.

Él la agitó en el aire a modo de respuesta, indicándole que podía marcharse, igual que un rey acostumbrado a que el mundo le rindiera pleitesía.

—Si no le importa, volveré a visitarlo. —Tras incorporarse con esfuerzo, se alejó dando pequeños pasos.

CAPÍTULO 38



Aquellas dos personas provenientes de mundos tan distintos fueron adquiriendo durante seis meses una rutina que ayudó a ambos a mejorar. Al principio, cuando Samy acudía a verlo, él la recibía vistiendo una elegante bata que le cubría la ropa de dormir, mientras que la invitada solía llevar algo poco más elegante que un chándal. Las visitas eran breves, de media hora, pero entre ellos se fue afianzando una amistad y cariño, hasta que los dos, sin apenas darse cuenta, comenzaron a esperar con ansia aquellos encuentros y a arreglarse adecuadamente para mostrar un aspecto lo más digno posible.

Las mañanas transcurrían entre ejercicios y fisioterapia para recuperar la forma física; a media tarde, después de haber descansado del esfuerzo agotador que les suponía, se reunían en el salón, donde ella le leía en voz alta los libros que él elegía. Otras veces escuchaban música o practicaban al ajedrez, juego en el que ella demostró ser una avezada aprendiz. Además, Samanta comenzó a insistir en que tomaran el té al aire fresco, cargado de vitaminas, en la terraza, para que así su cutis cogiera un poco de color y se fortaleciera con los rayos del sol.

Doña Gertrudis y Silvia, madre y hermana de Samy, aparecieron un buen día en el vestíbulo con sus maletas, provocando una auténtica sorpresa. Enseguida descubrió que Alexei había dado su consentimiento a aquella visita. Los gritos y exclamaciones de bienvenida resonaron por toda la mansión, y la presencia de las mujeres inundó la casa de felicidad. Don Tomás Montoya, su padre, se había excusado alegando una gira inexistente, puesto que apenas se movía de Jerez porque se le hacía cada vez más difícil. Su madre le aseguró que Pepa, una vecina, se encargaría de echarle un vistazo durante su estancia en el extranjero.

Samy, conocedora de la forma de querer apocada y prudente de su progenitor, se dijo que, cuando ella misma se repusiera, lo primero que haría sería ir a visitarlo para limar asperezas. Era consciente del gran paso que representaba que su hermana y su madre estuvieran allí, ya que aquello significaba que su familia la perdonaba. Aunque le habían negado su apoyo cuando más lo necesitó, decidió que no les guardaría rencor, pues ella misma reconocía que había cometido muchos errores y que había hecho sufrir a sus seres queridos. Además, echaba mucho de menos a su padre.

Las reuniones alrededor de la mesa se hicieron más multitudinarias, y los juegos, paseos y baños con la pequeña Fanny en la playa se intensificaron bajo la aprobación de Alexei, que las observaba sentado en la terraza. Sin embargo, el ambiente de alborozo llegó pronto a su fin porque doña Gertrudis debía volver a Jerez junto a su esposo y a Silvia, que trabajaba en la City de Londres, se le habían acabado los días de vacaciones. A la hora de las despedidas, entre abrazos, se hicieron la promesa de volver a verse pronto.

—Las echo mucho de menos —admitió Samy ante Alexei. El corazón se le había arrugado de tristeza. Desde esa misma mañana, las horas transcurrían más lentas.

—Mucha felicidad. —El magnate ya conseguía pronunciar frases cortas, y eso lo ayudaba a salir del aislamiento al que se había visto sometido. Ella le dio la razón exhalando un suspiro y retirándole con toda naturalidad la saliva que a veces se le acumulaba en la comisura de la boca.



Un buen día, sin previo aviso, ella salía del mar alisándose el cabello y vio a Misha tumbado en la arena, mirándola. El corazón le dio un vuelco. Había imaginado la escena de su regreso mil veces, pero nunca pensó que ocurriría de esa manera.

Se detuvo en la orilla, con las olas lamiéndole los tobillos. Allí estaba él, como un lobo de las nieves, con el pelaje rubio, casi blanco, y los ojos grises.

—Creí que me habías olvidado —fue lo primero que se le ocurrió decir, pero la sonrisa ligeramente seductora de él canalizó toda su energía y se convirtió en un rayo de luz dirigido al corazón de Samy.

—Es usted difícil de olvidar, señorita Montoya —respondió, en voz baja—; sin embargo, espero que tú no hayas aprovechado este tiempo para hacerlo. —Misha contempló con fascinación el brillo cobrizo de su piel mojada.

—En realidad estoy furiosa, muy furiosa, porque te marchaste sin dejar ninguna dirección donde buscarte y nadie me ha querido dar tu teléfono por más que insistí. Eres un déspota —sentenció.

La carcajada de él le alegró el corazón a pesar del enfado. Ese hombre ejercía sobre ella una atracción que no merecía en absoluto.

—Parece que has recuperado el mal carácter, y esa es la señal de que estás más fuerte —bromeó.

—Te comportas como un auténtico engreído. —Haciendo un ligero mohín de desprecio, se tumbó en la toalla para secarse, intentando ignorarlo.

Él le sonrió. Nunca la había visto tan bonita.

—¿Me dejas darte un beso? —le pidió, inclinándose hacia ella y rodeándola con sus brazos.

Samy asintió apenas, traicionada por su propio corazón. Fue un beso suave y dulce, que revoloteó en su pecho como un pajarillo lleno de esperanza. Misha se acercó más y Samy gimió al sentir su tacto; sus respiraciones se acompañaron.

—Eres lo que siempre he querido... Eres todo mi corazón —le susurró él al oído.

Ella levantó la cabeza y lo apartó, rabiosa. Los cabellos flotaron en torno a ellos.

—Que sepas que he aceptado porque me salvaste la vida —se excusó—, pero no creas que vas a llegar después de tantos meses de ausencia sin explicaciones y embaucarme con palabras bonitas. —Gracias a Dios, había conseguido recuperar la cordura a tiempo.

—Reconozco que te debo una explicación, y que tenemos que hablar sobre ello. Perdóname,

pero yo tampoco me entiendo la mayoría de las veces. —Su rostro se había tornado serio.

—No me importa nada de lo que me quieras decir. En realidad, has llegado en el momento justo para despedirte, ya que me marchó. —Cogió la toalla extendida sobre la arena y se retiró como una sirena que vuelve al mar.

—¿Cuándo lo has decidido? —indagó, asombrado. Sus informadores en la casa no le habían advertido sobre ello.

—Ahora mismo. No quiero verte. —Alzó la mirada, altanera. Sabía que se estaba comportando como una mala pécora, pero le daba igual. Era su venganza.

—Por favor, te ruego que no te vayas. Ambos necesitamos tiempo para poder aclarar las cosas y expresar nuestros sentimientos. —Él se puso en pie para seguir sus pasos.

—Ya es tarde. —Samy se mostró inflexible. Él no merecía otra cosa, se repitió, con el orgullo herido.

—Te ruego que te quedes a mi lado. No puedo creer que vayas a largarte así sin más. —Estaba enfadado porque ella no le ofrecía la oportunidad de justificarse y resentido porque no le daba importancia alguna a su relación. No salía de su asombro ante la actitud intransigente de Samanta.

—Solo me queda lo que la vida no ha podido arrebatarme. Es hora de que descubra quién soy en realidad, porque jamás volveré a ser la misma inocente que salió de su tierra para ser artista, y debo descubrirlo sola. —Se alejó con el caminar de una leona, la reina de la sabana, la única con el poder de destruirlo de un simple zarpazo.

Samy reservó cuatro plazas en un vuelo, para Cintia, Lenny, la pequeña Fanny y ella. El avión saldría al día siguiente; hasta entonces, decidió mostrarse cordial pero indiferente a él. Para lograrlo, se imaginó cubierta de una capa de hielo, tan gruesa que nadie nunca conseguiría dañarla.

No iba a decirle, después de tanto tiempo, que aún se sentía sucia y que ese sentimiento le impedía estar con nadie.

CAPÍTULO 39



Samy se dirigió a la sala de estar de la casa del que había sido su anfitrión durante tantos meses para despedirse de él. Entró en la iluminada habitación y lo vio leyendo un libro cerca de la ventana, lugar en el que habían compartido numerosas tardes en compañía. Se le vinieron a la mente la cantidad de bombonas de oxígeno, camillas y carritos repletos de medicinas que abarrotaban la estancia la primera vez que lo visitó, y respiró aliviada al comprobar que todo aquello había desaparecido y que había recuperado el aspecto que debía mostrar un salón destinado al ocio y al descanso.

—Alexei —llamó suavemente. Él dejó el libro sobre la mesa auxiliar y la miró con ojos tristes a través de las lentes que llevaba puestas.

—Querida, estás bellísima. Acércate para que pueda contemplarte.

—Siempre tan galante y cariñoso. —Sus cumplidos siempre lograban que se sintiera halagada.

Ya no era la Samy de antes, y eso se reflejaba también en su manera de vestir. Para viajar había elegido una falda de tubo y un jersey del mismo color que los zapatos salones que calzaba. En otros tiempos hubiera lucido pantalones con rotos o un simple chándal. Sin embargo, ahora quería presentarse ante el mundo lo más hermosa posible porque aquella era la manera en la que se sentía segura.

—Te marchas —aseveró él.

—Sí. He venido a despedirme. —Tomó asiento en un taburete cerca de Alexei.

—Albergaba la esperanza de que en el último momento ocurriera algo que impidiera vuestra partida. —Aquella era una clara alusión a la llegada de Misha.

—No puedo ser tan egoísta y quedarme aquí contigo apartada del mundo. —No quiso detenerse a dar explicaciones para las que no estaba preparada—. Quiero volver a España e iniciar una nueva vida. Fanny necesita ir a la guardería y yo debo seguir recuperándome. Cintia y Lenny me cuidarán muy bien.

—Conozco de sobra tus razones y ya sabes que cuentas con todo mi apoyo, pero no debes reprochar a un viejo egoísta que insista por última vez —la regañó con cariño.

—Esto no es un adiós, es un hasta luego. Prometo escribirte a menudo y telefonaré todas las semanas. No creas que te vas a librar de mí con facilidad. —Se arrolló sobre la mullida alfombra, a su lado, y posó la cabeza sobre su regazo buscando su cercanía.

Alexei le acarició la mejilla con cariño antes de que Samy se incorporara para partir. No quería alargar la despedida y que resultara más dura. Dios sabía que le había concedido demasiado otorgándole esos meses en su compañía. No iba a decirle lo mucho que la echaría de menos y lo terriblemente solo que se sentiría. Tampoco le contaría lo interminables que se harían

las noches y los eternos días que pasaría en aquel caserón solitario. No quería amarrarla con palabras impregnadas de melancolía.

Ahora tendría que centrarse en ayudar a restaurar el corazón roto de su hijo. Le resultaría muy difícil superar el vacío que dejaba en él aquella bondadosa muchacha. Habrían formado una pareja estupenda, unida por el fuerte lazo de la música, pero él bien sabía que el camino a veces estaba lleno de espinas.



Toc, toc, toc.

La llamada sonaba con insistencia en la puerta cerrada del despacho. Misha se hallaba en el interior, contemplando el paisaje desde el punto más alejado de la entrada, simulando que no la oía.

—Soy yo. Samy. He venido para despedirme. —El sonido de su voz le ponía los pelos de punta.

Silencio.

Toc, toc, toc.

—Abre, por favor. No me gustaría marcharme sin decirte adiós. —Esas palabras se le clavaron en el pecho.

«Como si a ella le importara destruir mis sentimientos», pensó.

En ese momento solo sentía una intensa ira que le corría por las venas.

Furia. Furia era lo que sentía. Las ganas de verla, la ilusión y lo mucho que la había echado en falta habían explotado dentro de él y se habían convertido en una ráfaga de furia que lo sacudía.

Toc, toc, toc.

Desde luego, no se rendía con facilidad. Debería haberlo imaginado.

Ella continuó hablando, pero él ya no oía sus palabras; lo único que escuchaba eran los latidos de su corazón, que le retumbaban en los oídos. El silencioso chasquido de su vida al romperse en mil pedazos.

Percibió el sonido de pasos, que se apagaba conforme ella se alejaba.

Creyó que no lo soportaría. Sintió una necesidad acuciante de ir tras ella y suplicarle que no lo dejara, pero se reprimió. No se humillaría más ante Samy Moon. Nada de lo que le había dicho la había hecho cambiar de idea, y ahora lo dejaba solo. Lo único que él había pretendido era ayudarla permaneciendo un tiempo alejado para que sanara y estuviera preparada para escucharlo, pero se había equivocado al suponer que eso era lo que ella necesitaba y ahora no tenía solución.

Samanta era como el aire invernal de su tierra, capaz de congelarle las venas con su descaro y,

a la vez, de fundir el hielo con su sola presencia y transportarlo a un lugar cálido. Se sentía abandonado. Se sentía desolado. También se sentía terriblemente enfadado.

Oyó el ruido del motor del coche distanciándose.

No le había contado que él se había criado como un perro de la calle y que no sabía cómo amar.



Samy se introdujo en el coche, que aguardaba con el motor en marcha, y miró hacia atrás para contemplar cómo se alejaba de aquella casa donde, de algún modo, había logrado ser feliz. Parte de su alma permanecería para siempre entre aquellos muros, en cuyo interior quedaban dos personas que significaban tanto para ella.

Lágrimas de tristeza le rodaron por el rostro. Aún no estaba segura del todo de estar haciendo lo correcto. En la vida era difícil saber de antemano si una decisión sería la acertada. Solo el paso del tiempo resolvía esa duda, y en ocasiones ya era tarde para corregir los errores. Sin embargo, la mayoría de las veces, si te dejabas guiar por el instinto, no te equivocabas.

Sentía que había llegado el momento de volver a encontrarse consigo misma, aunque el corazón se le quebrara en pedazos. Debía centrarse en su recuperación y comenzar a escribir sobre una página en blanco.

CAPÍTULO 40



—No corras y siéntate a desayunar, que vas a llegar tarde. —Cintia cogió a la niña y la volvió a colocar en una trona. Después, continuó cortándole fruta para que se la dieran durante el recreo de media mañana. Su hija ya era todo un personaje, estaba llena de energía y disfrutaba relacionándose con otros niños en el jardín de infancia.

—¡Papá! —La niña posó el vaso de leche para saludar a Lenny, que se inclinó para besar a su hija.

Se habían casado al llegar a Madrid y él había adoptado a Fanny como hija suya. Desde entonces, los tres formaban una familia feliz. Aún no entendía por qué le había costado tanto tomar aquella decisión, ya que era lo mejor que había hecho en su vida. Amaba a sus dos chicas por encima de todo y se había convertido en un afamado representante dentro del *show business*. En su cartera de clientes se encontraba Misha, a pesar de que ninguno de ellos había vuelto a ver al ruso desde que salieron de Grecia. Lenny respetaba los sentimientos de la pareja, por lo que intentaba mantenerse al margen al desempeñar su trabajo.

—Vais a llegar tarde —lo azuzó su flamante esposa.

Lenny comenzó a beberse un café a sorbos, concentrado en la lectura del periódico.

—¿Quién anda por ahí? —Samy hizo su aparición luciendo ropa de deporte. Todas las mañanas entrenaba durante al menos una hora antes de desayunar. Gracias al ejercicio y a una vida ordenada, había conseguido lucir de nuevo las curvas de antaño—. Mira lo que te he traído. —Le enseñó a Fanny un pequeño monigote hecho con pan que elaboraban en la panadería frente a la que pasaba a diario.

La niña lanzó gritos de deleite y la rodeó con sus brazos, y Samy pudo aspirar el dulce aroma de la infancia mezclado con colonia para bebé.

—No se me ocurre una mejor manera de empezar el día. —No había nada en el mundo que la reconfortara más que las muestras de afecto de la pequeña.

El bullicio y las prisas continuaron hasta que padre e hija desaparecieron apresurados para no llegar con retraso. El primero debía dejar a la niña en la guardería antes de irse al despacho, donde estaban calentando motores para iniciar la promoción del nuevo álbum de Samy Moon en cuanto esta terminara de grabarlo.

—Cada día la consientes más —se quejó Cintia.

—Es verdad, perdóname. Ya sé que no debo hacerlo. Te prometo que no volverá a suceder. ¿Trabajas hoy? —preguntó, cambiando de tema. Ahora que su propia carrera había sufrido un

parón, su amiga volvía a posar para catálogos, pero ya no lo hacía por sobrevivir, sino para mantener su independencia económica.

—Sí. Me marchó ahora mismo. —Cintia infló una enorme pompa con el chicle que mascaba y lo hizo explotar cerca de la cara de su amiga, solo para fastidiarla

—No has cambiado nada. Sigues siendo la misma de siempre. —La apartó con una carcajada.

Samy se sentó a leer la prensa mientras desayunaba un café con leche y fruta. Le gustaba disfrutar de aquellos momentos de paz que se producían muy de vez en cuando. Tras su desintoxicación, practicaba la vida sana: se levantaba temprano y ejercitaba el cuerpo; después del aseo y de la primera comida del día, componía música. Las tardes las aprovechaba para grabar y trabajar en su nuevo repertorio. Acostumbraba a quedarse en casa por las noches, a no ser que salir fuera estrictamente necesario por cuestiones de trabajo. Era feliz, rodeada de gente que la amaba. Le gustaba la persona en la que había resurgido después de que la rescataran entre las cenizas.

Fue directa a la sección de cultura del periódico; ahí estaban las noticias que realmente le interesaban.

Clamoroso éxito de la orquesta sinfónica de Filadelfia dirigida por el aclamado Mikhail Volkov. El recital hizo gala en todo momento de un efusivo lirismo cargado de armonía. La ejecución bella y bien cuidada trasladó al público a un mundo elegante, refinado.

El corazón comenzó a golpearle el pecho. Leyó la noticia con avidez, dominada por las ganas de saber algo sobre su vida. Se alegraba tanto de sus logros...

Los ojos se le humedecieron al recordar las escasas sonrisas que él le dirigió, a pesar de ser un hombre tan serio. El mero hecho de conseguirlas y de ver cómo se le transformaba el rostro le provocaba un pellizco en el corazón.

La risa burbujeó en su interior cuando rememoró sus continuos retos y las discusiones, a veces infantiles. Junto a él siempre se había sentido protegida, incluso en los peores momentos. Sin embargo..., todo aquello había llegado a su fin. Al menos, perduraría en su memoria para siempre.

¡Cuánto deseaba verlo de nuevo! Mantener largas charlas y pasar tiempo junto a él.

Apartó la prensa con tristeza y se encaminó al estudio. Debía dejar de pensar en el pasado y vivir el momento. Su nuevo álbum estaba a punto de ver la luz. Se colocó los cascos y se concentró en escuchar la melodía de la última canción, a la que aún le faltaba la letra. De inmediato, comenzó a escribir. Siempre encontraba inspiración recordando los momentos mágicos que había compartido con Misha durante su corta relación.

CAPÍTULO 41



Misha acababa de llegar de Londres, donde había tenido lugar el concierto que todos los años organizaba una conocida ONG dedicada a proteger a los niños más desfavorecidos. Su padre seguía instalado en Grecia, a pesar de que podía elegir entre otros muchos lugares donde residir. Siempre había pensado que Alexei volvería a San Petersburgo, ciudad a la que tanto amaba; sin embargo, permanecía allí, a la orilla del Mediterráneo, como si estuviera aguardando a que ella volviera. Cada vez que esa idea se le pasaba a Misha por la cabeza, no obstante, se convencía de que era un disparate.

Grigori salió a recibirlo. Ahora que su padre se encontraba tan mermado, era él quien manejaba sus negocios. Tal parecía que a Alexei ya no le importaban demasiado.

Se fundieron en un abrazo.

—¿Cómo se encuentra? —No hacía falta que especificara quién.

—Algo mejor.

Misha asintió con la cabeza. Se sentía culpable por no permanecer a su lado durante temporadas más largas.

La casa seguía igual que la última vez. Tras intercambiar unas cuantas frases con Grigori en su idioma natal, pasaron al interior, donde el tiempo parecía que se hubiera detenido desde que salió de allí para seguir viviendo con el corazón roto a causa del rechazo de Samy. Los recuerdos se agolparon en su mente.

Alexei estaba sentado en un sillón, con los ojos cerrados. La potente voz rasgada de Samy Moon inundaba la sala. Los vellos de Misha se erizaron al oírla después de tanto tiempo y tantos anhelos destruidos. Su padre pareció despertar del letargo en el que se hallaba sumido y lo miró. Ambos se sostuvieron las miradas, que hablaban en silencio sobre amor y consuelo.

Misha estuvo a punto de derrumbarse al sentir el dolor de una flecha que le atravesaba el pecho. Entró en la estancia rodeado de fantasmas. Todos sus sentimientos se habían colado por un agujero hasta dejar tan solo un cascarón vacío que se mantenía en pie por pura inercia.

La portada del vinilo permanecía sobre la mesa. En ella se veía a Samy más joven, con una minifalda y un sombrero vaquero, tocando la guitarra. Nunca había visto aquella foto de ella. Entonces se dio cuenta de que sus sospechas eran ciertas: no era el único que la echaba de menos. No le extrañaba. Ella era la persona más fuerte, alegre y bondadosa que él había conocido, tanto como para colmar la vida de un hombre duro e implacable en amor, risas y alegría.

La música cesó. Su padre había apagado el equipo.

—¿No me vas a saludar, muchacho?

Se fundieron en un estrecho abrazo.

—Te he extrañado mucho, nana.

Los ojos del anciano se humedecieron al oírlo.

Charlaron sobre política, música y diversos temas en una conversación animada, y Misha se alegró de verlo tan jovial. Cenaron y, a continuación, se sentaron a tomar algo cerca del fuego. Grigori y él se sirvieron un vaso de vodka, y su padre alargó su vaso vacío sin pedir permiso ni disculpas. Era una orden para que le sirvieran un trago a él también.

—No deberías. No es bueno para tu salud —lo regañó.

—Paparruchas. —Agitó la mano en el aire—. ¿Quién dice que no puedo beberme una copa para celebrar la llegada de mi hijo?

Desistió de replicar. Sabía que sería inútil. Conocía el carácter implacable de Alexei.

—Es hora de que os deje. Hoy ha sido una jornada larga y quiero descansar. —Grigori apuró de un trago el líquido que quedaba en el vaso y se retiró.

Una vez que se quedaron a solas, el anciano habló con voz entrecortada por la emoción:

—Me alegro de tu llegada. Quería aprovechar para hablar contigo. —Esas palabras alertaron a Misha, ya que su padre jamás se mostraba tan circunspecto—. He hecho testamento y te he nombrado mi único heredero. Te lo dejo todo. —Alzó la mano para que lo dejara acabar—. Confío en ti para que conviertas mi imperio en algo honroso. Grigori ya ha comenzado a dar los primeros pasos para ese fin.

—Nunca he querido tu dinero porque jamás hubiera sido nada sin ti. Y me niego a hablar sobre estas cosas contigo; suena a despedida y no podría soportar que me dejaras. —A esas alturas, la emoción le había prendido la garganta, haciendo que su voz sonara quebradiza—. Me gustaría compartirlo todo con Grigori, ya que siempre ha sido fiel a ti y es como un hermano para mí.

»Juntos lograremos lo que nos pides, y seguro que mucha gente será feliz gracias a tu dinero. Es una promesa que te hago ahora, aquí, delante de ti. Yo siempre me dedicaré en cuerpo y alma a la música, que es lo que verdaderamente amo, pero respetaré tu voluntad y honraré tu memoria.

—Naderías. No me gusta que hables de tu persona como si no fuera lo bastante valiosa. Siempre admiré el coraje y la valentía con los que protegiste a tu madre sin contar con apenas recursos. Cualquier otro la hubiera abandonado a su suerte.

Misha reflexionó acerca de sus palabras ¿Poseía él realmente un corazón que ofrecer o estaba demasiado roto para poder darle cariño a alguien? No soportaba la idea de no volver a ver a Samanta. Sin ella, su futuro carecía de sentido, pero no había sabido explicárselo en su momento. Ella era fuerte y hermosa y no lo necesitaba.

En su cabeza comenzaron a sonar los acordes del *Invierno*, de Antonio Vivaldi, y eso le dio

ánimos.

—Lucha por esa chica. Siempre hay que pelear hasta el final por aquello que merece la pena. —El consejo de su padre le llegó directo al corazón, donde quedó grabado a fuego.

—Gracias, padre. Tus palabras me hacen mucho bien y me reconfortan. —A los dos les costaba expresar sus sentimientos, pero entre ambos siempre había existido un cariño genuino.

La había dejado marchar porque la situación de Samy le recordó a la de su madre y el pánico lo arrastró. Necesitó alejarse para que se recuperara y volviese a ser ella misma, y ahora se sentía culpable. Se había comportado como un tonto y había cometido un error para el que ya no había remedio.

Después de una noche reparadora, a la mañana siguiente notó el corazón más liviano. Salió al balcón y se asomó al Mediterráneo. La mañana era preciosa. Las aguas refulgían, semejantes a los ojos de Samy. Todo le recordaba a ella. Estiró los brazos por encima de su cabeza y percibió la húmeda brisa marina, que olía a sal. Respiró hondo hasta llenar los pulmones por completo y se sintió purificado. Poderoso como un enorme cóndor que extendía las alas antes de precipitarse al vacío desde un acantilado y volar en libertad, como si el mundo le perteneciera.

Lo había decidido: la buscaría, la encontraría y, si ella se lo permitía, permanecería para siempre a su lado. No se aferraría a más excusas porque la amaba con todo su corazón.

Descendió al piso inferior con pasos alegres para reunirse con Grigori y Alexei en el comedor, donde estos desayunaban.

—Os comunico que he tomado la decisión de luchar por Samanta y no volver a dejarla marchar. —Las palabras le salieron disparadas y sin preámbulos.

—¡Bravo! —gritó su padre, con alegría.

—Me alegro mucho. Cuenta conmigo para lo que necesites. —Su amigo se levantó y le dio una palmada en el hombro.

—Sin duda os necesitaré a los dos —les aseguró, con una sonrisa traviesa.

La mañana se les fue haciendo planes. Por primera vez en mucho tiempo, en el pecho de Misha burbujeó la ilusión y una renovada esperanza.

CAPÍTULO 42



El día de la reincorporación de Samy al mundo del espectáculo había llegado, y lo hacía por todo lo alto, como no podía ser menos. El estadio Santiago Bernabéu, en Madrid, había sido el elegido para tal evento. Un lugar de grandiosas citas y hogar de las estrellas más relevantes a nivel mundial. Sus gradas atesoraban los recuerdos de algunas de las actuaciones más épicas de todos los tiempos, y aquella prometía ser una de ellas, dado el interés que generaba entre sus seguidores.

A pesar de que Misha era poco dado a las aglomeraciones, había logrado unas entradas para él y para Grigori en la zona vip, cerca del escenario; se situaron detrás de un altavoz para evitar ser vistos. Una visera calada hasta las cejas le cubría el rostro, y la ropa oscura que llevaba impedía que destacara entre el público. Sabía, por experiencia, que aunque el estadio estuviera lleno y los focos encendidos, a veces, cualquier color llamativo podía atraer la atención desde el escenario.

—Esto está atestado. — Grigori contempló las gradas hasta la bandera.

—Hay mucha expectación por escuchar el nuevo álbum, y estoy seguro de que no defraudará. —El director se llevó una lata de refresco a la boca para darle un trago, controlando el temblor de su pulso. Un terror paralizante lo invadía por oleadas. Se jugaba mucho esa noche. Contuvo la respiración dentro de sus pulmones, aguardando a que Samy hiciera su aparición.

Las luces comenzaron a perder intensidad hasta apagarse, lo cual indicaba que el espectáculo iba a comenzar. Las voces se fueron acallando también. El escenario permaneció a oscuras, con tan solo unos focos cenitales iluminando una pequeña parcela en el centro.

Samy Moon salió a escena vestida de plateado. Las lentejuelas lanzaban destellos hacia las sombras que la rodeaban, haciéndola brillar. El color contrastaba con la piel dorada y la larga melena oscura, que le llegaba hasta la cintura. Misha pensó que no existía nada en el mundo que fuese más bello; sin duda, esa noche era la estrella más brillante del firmamento.

La música comenzó a sonar tenue, resaltando así la voz de Samy, que le erizó la piel. Una sensación de placer lo recorrió al escuchar a aquella a la que tanto había añorado. Los ojos se le humedecieron y se dio cuenta de que debía expulsar el aire de los pulmones para seguir con vida.

*Cuando cierro los ojos y pienso en ti,
mi corazón pronuncia tu nombre.
¿Te sucederá a ti lo mismo?
¿Te acordarás de mí?
Eras la llama que iluminaba mi vida
y te perdí.*

¿Sentirás tú lo mismo?
¿Estaré soñando?

La música sonaba dentro de su mente como un bálsamo suave y reparador. Se imaginó que podía oler el aroma a sol y a tierra que ella desprendía, y creyó que podría incluso besarla. La llama de la esperanza se había avivado en su interior.

¿Habría compuesto esa letra pensando en él? ¿Sería posible que aún lo amara?, se preguntó. Pronto lo averiguaría.

Miró a su alrededor y vio que el público la contemplaba con la respiración contenida, lanzando miradas de fervor. Algunos se balanceaban, como las olas en alta mar, siguiendo el ritmo en sincronía, como si de un baile se tratase. Otros escuchaban con los ojos cerrados, sonriendo, o incluso lloraban conmovidos.

En ese instante, Misha la admiró por su bravura y por su coraje, por la garra que poseía. Aquel ímpetu hacía que su amor por ella se mantuviese muy vivo.

Ya no existía para él un mundo después de Samanta Montoya. Se había comportado como un cobarde al permitirle partir de Grecia sin él.



La víspera del estreno, Samanta había posado en el *photocall* para la promoción de su nuevo disco, *Hielo y fuego*. Había lucido un vestido verde turquesa a juego con sus ojos. El cabello recogido le otorgaba un aspecto sofisticado. Ya no era la muchacha a la que le gustaba llamar la atención con sus atuendos atrevidos; sus preferencias se habían vuelto más sobrias y un poco más recatadas, sin que ello le restara un ápice de belleza.

—¡Samy, mira hacia aquí!
—¡Date la vuelta!
—¡Samy, sonríe!

Los fotógrafos se agolpaban detrás de una cinta amarilla. Llevaban unos diez minutos retratándola.

—Gracias, chicos, pero ya me tengo que ir. Me están esperando.
—¡Una más, por favor! —Los *flashes* seguían destellando sin cesar.

Samy alzó la mirada y le pareció distinguir aquel cabello rubio tan conocido para ella. El corazón dejó de latirle, pero, antes de que se pusiera en marcha de nuevo, la figura ya había desaparecido. Estiró el cuello para buscarlo entre el gentío, en vano. La decepción supo amarga en su paladar. Se estaba volviendo loca, creía verlo en todos lados.

Siguió andando hacia el salón donde se celebraría el cóctel. Lenny se detuvo para esperarla.

—¿Lo has visto? —susurró, esperanzada—. Me ha parecido que se hallaba entre la gente.

A su representante no le hizo falta que le dijera a quién se refería.

—Relájate, Samy. Él no vendrá.

—Disfrutemos de tu gran éxito. —Cintia se les unió, dedicándole una gran sonrisa.

—Tenéis razón —admitió con pesar, y se dirigieron hacia la multitud, que las engulló.

Había perdido la cuenta de las ocasiones en que había planeado ir a buscarlo, pero cada vez que lo veía en alguna revista, acompañado de las mujeres más bellas de todos los continentes, cambiaba de opinión.

¿Por qué iba a querer él estar junto a ella, conociendo como conocía su pasado?

Lo suyo tan solo había sido un capricho pasajero. De lo contrario, hace tiempo que él hubiera acudido a su lado.

Se hizo la promesa de jamás ir a buscarlo.

CAPÍTULO 43



Samanta se hallaba sentada ante el espejo del camerino, preparada para que comenzara la actuación en directo. Nunca había sido muy creyente, pero su madre le había entregado una estampita de la que era devota y ella no podía dejar de llevarla consigo, aunque fuera por superstición. Le daba la impresión de que, si la ignoraba, podía traerle mal fario, y eso era lo último que deseaba. La tranquilizaba pensar que allá arriba tal vez alguien o algo velaba por ella.

—Virgencita, ayúdame en este trance y no me abandones. —Rezó a la Virgen del Valle de Jerez de la Frontera. Había improvisado un pequeño altar bajo la estampa adornado con claveles rojos. Era la imagen de la madre de Dios que más fervor desataba entre los gitanos de su localidad natal—. No me dejes, mi gitana del Valle, mi flamenca del manto rojo. Reina de las reinas. —Terminó haciendo la señal de la cruz sobre el pecho dos veces antes de besarse las yemas de los dedos, cruzados.

Había pasado parte del día vomitando los restos del desayuno y también lo que no tenía en el estómago, debido a los nervios. Cerró los ojos e intentó aplacar las náuseas que le trepaban por el esófago. Estaba lista para salir al escenario y no quería estropear su bonita indumentaria.

Cintia aguardaba detrás de ella, en silencio. La conocía bien y sabía que debía ofrecerle su espacio para calmar los temblores que la acuciaban. Cuando Samy se sintió preparada, se puso en pie.

—Ha llegado la hora. Debemos irnos.

—Estás preciosa. Ten fe en ti misma y verás cómo todo sale bien. —La modelo la envolvió entre sus brazos para infundirle ánimos.

—Vas a triunfar. —Lenny le apretó las manos para transmitirle fuerzas entre bastidores, antes de salir al escenario—. En realidad, siempre lo has hecho. Ánimo —le susurró, justo en el momento en que el regidor le hacía una señal para que saliera al escenario y se enfrentara al público.

Sin pensarlo más, Samy dio un paso adelante, y luego otro, hasta llegar al centro de la escena. Aunque en la oscuridad no distinguía a su audiencia, podía percibir las respiraciones que aguardaban a que diera comienzo la actuación.

Con los pies bien plantados en el suelo, inspiró antes de enfrentarse a los primeros acordes. Al instante, sintió el cosquilleo que le subía por la columna vertebral, haciendo que se aislara de todo cuanto la rodeaba.

Concentrada en la música, elevó los ojos, que barrieron al público y se detuvieron ante una silueta que le resultó familiar. Un escalofrío la recorrió al encontrarse con esos ojos grises que la

miraban, pero al segundo siguiente, cuando volvió a fijar la vista en ellos, ya habían desaparecido igual que un espejismo. Las gradas permanecían en las sombras, y con los focos cegándola no veía con claridad.

Se quedó sin aliento un instante, pero logró reponerse y continuar entonando la melodía, con más fuerza, directa desde su corazón. Tan solo ella sabía que todas las letras estaban dedicadas a aquellos meses que habían pasado juntos.



Después de varias horas actuando, y una vez que las últimas notas se dispersaron en el aire, dobló la cintura para hacer una inclinación y saludar a todos aquellos que habían hecho realidad su éxito. La ovación tronaba dentro del recinto, y las lágrimas comenzaron a desbordar sus ojos. Los aplausos continuaron varios minutos, durante los cuales los músicos que la acompañaban correspondieron a los saludos con ella, que ya no disimulaba las lágrimas de felicidad. Cuando estaba a punto de retirarse, el público redobló su ímpetu, sin que ella entendiera por qué. Se giró para buscar a Lenny con la vista, y entonces vio a Misha a su lado, con una sonrisa espléndida dibujada en el rostro. No supo si era una alucinación o era real. Cruzaron una mirada intensa durante un lapso que les pareció infinito, y acto seguido se fundieron en un abrazo que reflejaba la intimidad que habían compartido en otros tiempos.

Los fotógrafos se volvieron locos y el público, febril. Nadie se esperaba aquella aparición. Se agarraron de las manos y tomaron distancia para comprobar que el otro era real, que seguía allí. Eufórica, Samy saludó al público sin soltarlo, momento que él aprovechó para depositarle un beso en la clavícula. Misha quiso alejarse para no restarle protagonismo, pero ella no aflojó el agarre. Sonriendo, volvieron a abrazarse, y ella, coqueta, se arregló la melena antes de continuar posando de cara a las gradas.

Lenny se acercó con cautela y le hizo entrega de algo al director. Este sacó de detrás de su espalda un enorme ramo de flores blancas y se lo tendió a Samy.

Ella sintió una satisfacción tan grande que casi la hizo tambalear. Algo dentro de sí se derritió, haciendo que su amor corriera como la lava de un volcán que acababa de entrar en erupción.



Misha, más nervioso que en toda su vida, le hizo entrega del ramo delante de miles de espectadores. El contacto con la piel de Samy fue como un chispazo que inflamó el fuego en su interior, igual que una hoja seca entre las ascuas de una hoguera.

—¿Me permites? —Le quitó el micrófono de las manos y, antes de que Samy pudiera reaccionar, se arrodilló ante ella. Ahora los nervios se habían evaporado, era como si estuvieran solos y él solo viera sus ojos—. Me harías el hombre más feliz del mundo si accedieras a quedarte conmigo. Quiero estar a tu lado, ir adonde tú estés. Eres el amor de mi vida.

Las miles de almas allí reunidas guardaron silencio, conteniendo la respiración para escuchar

la respuesta. No se oía ni el vuelo de una mosca.

Samy rompió a llorar. Nunca nadie le había dedicado unas palabras tan bonitas. Secándose las lágrimas con los dedos, sonrió.

—Sí. Yo también te amo —dijo en voz bien alta, acercándose a él para que todo el mundo la oyera. El público enloqueció de alegría. Los gritos se sumaron a las palmas y parecía que aquella locura no acabaría nunca.

Se besaron con la pasión salvaje de dos almas que se necesitan. Con el hambre de tanto tiempo perdido.

—Te deseo aquí y ahora, o en cualquier momento —le susurró al oído.

Saludaron a los espectadores cogidos de la mano y echaron a correr, dejando tras de sí una verdadera tempestad.

Lo que compartirían a partir de ese momento sería solo para ellos. Un amor que había quedado marcado por la experiencia, la traición y, ahora, por el perdón.

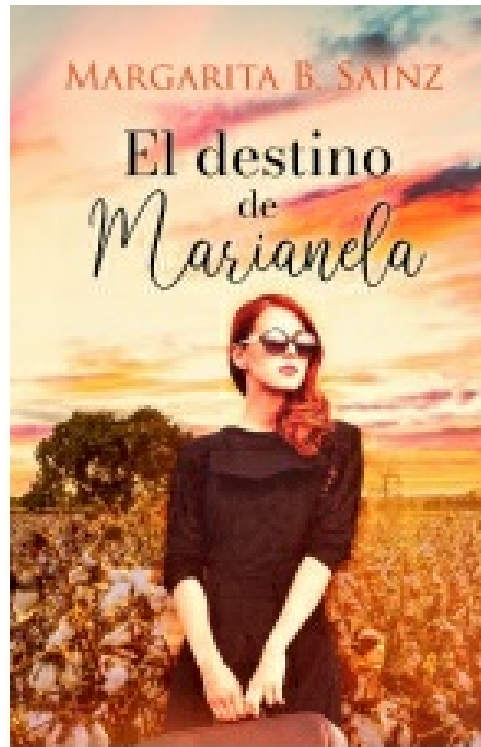


A miles de kilómetros de allí alguien reía a carcajadas y se golpeaba las rodillas con los puños.

—Mikhail Alexeievich Volkov —exclamó su padre, orgulloso—. Él sí que sabe hacer bien las cosas cuando pone empeño.

—Por favor, procure no alterarse. —El enfermero también sonreía.

Otras obras de la autora



Marianela Benítez de Paredes decide hacer frente a la herencia que le ha dejado su abuela, doña Soledad Gascón, vizcondesa viuda de Altozano. Criada en un mundo de lujos y caprichos, no se siente preparada para gestionar su legado, sin embargo, aceptará el reto que le impone el destino y se propondrá triunfar.

Esta es la historia de una joven que hallará su identidad en un mundo de hombres, de una madre que tratará de encontrar el olvido y de una hija que recobrará su pasado. Es una historia que habla de perseverancia, superación y esperanza. Es la historia, de una mujer que descubrirá el amor.





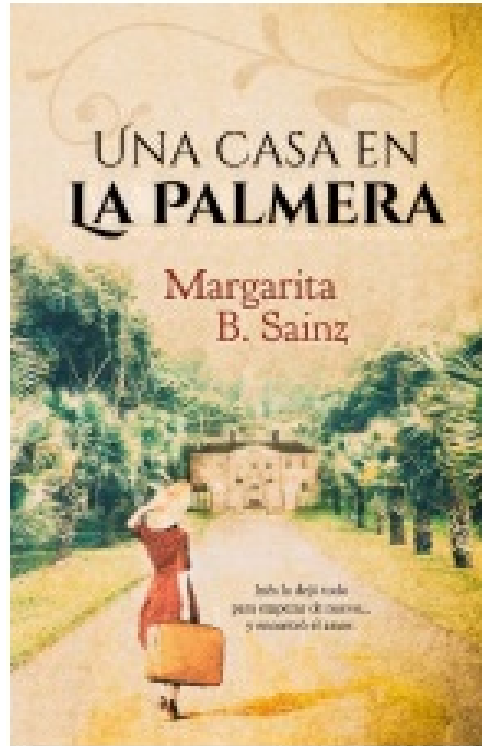
*Una historia de renuncias y peligros ambientada
en un país que se desangra.*

Dos familias enfrentadas pertenecientes a bandos contrarios. Una guerra fratricida. Un pasado que no se olvida ni se puede huir de él.

Juan De la Vega y Nacha Molina: dos jóvenes que se tendrán que enfrentar a sus sentimientos y luchar por los suyos. Dos familias; dos bandos distintos.

Esta novela narra con desgarradora crudeza las penurias a las que se vio sometida toda una generación. Es una historia de sacrificios, renuncias, de pérdidas... y también de amor.





*Inés lo dejó todo para empezar de nuevo...
y encontró el amor.*

Santander 1930. Inés Calleja se ve obligada a huir de su casa después que su novio la abandonase para casarse con otra. Humillada y rechazada por la sociedad, conoce durante el viaje a Lucía Madrazo, que también ha abandonado su pueblo dejando atrás un doloroso pasado. Juntas abrirán un negocio en Sevilla, donde triunfarán.

Pancho Madrazo, hermano de Lucía, regresa a España desde México, donde ha hecho fortuna. Atractivo y culto, es un hombre hecho a sí mismo. Cuando conoce a Inés sabe con certeza que es la mujer de su vida pero pronto descubrirá, y quizás demasiado tarde, que en la vida no siempre es posible conseguir todo lo que se desea.





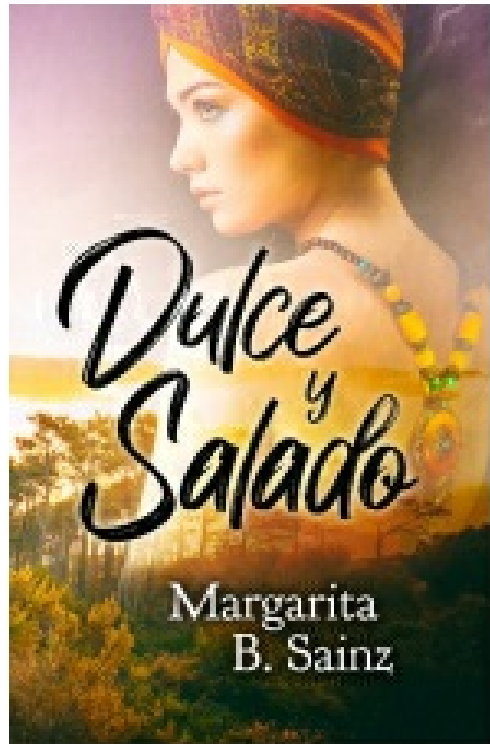
Violeta Baena nunca imaginó, al ojear aquella mañana la prensa, que su perfecta vida de esposa, madre y empresaria ejemplar, se derrumbaría como un castillo de naipes.

Algo se removió dentro de ella cuando leyó el manifiesto del que se hacían eco los medios de comunicación. Sabía a ciencia cierta que lo que publicaban era verdadero.

Un polvorín estalló en la ordenada sociedad sevillana alcanzando a muchos y salpicando en todas direcciones.

Violeta nunca imaginó, al leer aquella mañana la prensa, que su vida ya no volvería a ser la misma.





*Martín no quiere ningún tipo de compromiso.
Sara es una mujer independiente y con carácter.
Entre ellos saltarán chispas.*

Un romance actual en el que el destino jugará con la vida de los personajes, hace de esta novela un inmejorable debut de la autora Margarita B. Sainz.

Cuando se conocen Martín y Sara surge el flechazo y pasan la noche juntos después de una juerga loca. Sin embargo, ella desaparecerá en la madrugada sin dejar rastro...

Martín es un capitán de corbeta de la armada española, soltero y reacio a tener relaciones duraderas, llega a Madrid dispuesto a disfrutar de un merecido permiso.

Sara, independiente y con mucho carácter, es la propietaria del catering que organiza la fiesta de unos amigos comunes. Nada más conocerse surge una intensa atracción y pasan la noche juntos, pero de madrugada ella se va sin dejar rastro.

Martín se considera utilizado por Sara. No está acostumbrado a que lo traten así. Además, hacía tiempo que no se sentía tan atraído por nadie. Parecía todo tan perfecto...

Una inesperada enfermedad del padre de Martín los reunirá de nuevo. No piensa desaprovechar la oportunidad y planea tomarse la revancha. Ignora que el pasado que Sara arrastra consigo es un lastre demasiado doloroso que le hace imposible confiar en alguien.

¿Podrá el amor que sienten superar todas las barreras?



**Si quieres que compartamos cosas de los libros,
me puedes escribir a margaritabsainz@gmail.com**

^[1] Dirección General de Campos y Colonias de Trabajo Correccional, abreviado como «GULAG». Sistema penal de campos de trabajos forzosos.

^[2] Propietario rural ruso de posición acomodada.